



FOGGWILL

FAZAROLA

CABEZA



Fogwill se dio a conocer como autor de cuentos y relatos breves, terreno en el cual fue un maestro indiscutido de la literatura argentina de la última parte del siglo xx. Sus primeros libros fueron *Mis muertos punk*, *Música japonesa* y *Pájaros de la cabeza*, aparecidos durante principios de la década de los 80. Alfaguara publica ahora, en ediciones aniversario, dos de los títulos en formato facsimilar, reproduciendo las versiones originales y respetando los usos y costumbres editoriales de ese momento inaugural en la trayectoria literaria de Fogwill.

Fogwill

Pájaros de la cabeza

ePub r1.0

Titivillus 20.03.2025

Fogwill, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

SOBRE EL ARTE DE LA NOVELA

Las viejas madres: no pasa un día sin que se piense en ellas por un instante. Todos, o casi todos los hombres, difícilmente han de pasar un día de sus vidas sin distraerse algún instante para pensar en ellas, en las madres viejas. Están hombres tenaces, reconcentrados en lo suyo, y uno los mira haciendo, haciendo hacer, o procurando algo y hay un instante de sus días en el que pueden verse relámpagos de oscuridad —esas sombras— surcándoles las caras. Surcar —como relámpago, como cara— son formas de decir. Y decir que hay instantes en los que pueden verse relámpagos de oscuridad —o sombras— surcándoles las caras u opacando pupilas, son también modos de decir, maneras. Como “surcan la imagen de su rostro” o “secan las pieles blancas de los ojos”, o “les amargan las comisuras de los labios, bajándolas”, siempre son formas, maneras de decir. O de escribir. Escribir por ejemplo: “la noche está estrellada y una sombra les cruza oscuramente el rostro como un negro relámpago”, o escribir que “un relámpago oblicuo”, “surcó”, o “había cruzado”, algo. ¿O no existen relámpagos oblicuos? Sí, los hay. Hay relámpagos oblicuos que surcan y si no los hubiera, igualmente afirmar que oblicuos surcaron relámpagos de asombro rostros sería una manera de decir, de saber. Escribir, por ejemplo, acerca de la recurrencia de oblicuos temas como el de las viejísimas madres en la memoria de los tenaces hombres adultos, lo prueba, por instantes, algo les surca bocas, el ojo o la pupila del ojo y esa sombra, manera de escribirlo o de advertirlo, es también una manera de indicar que algo ha debido suceder detrás, en la memoria, bajo las caras verticales de esos reconcentrados. ¿Tal vez un pensamiento, un sentimiento, algún fragmento de la memoria repetidora que súbito ha subido para fijar por un instante la vida del tenaz? La respuesta sólo la puede proveer el arte de la novela. El arte de la novela, que parece complejo, resulta, si se lo observa desde lejos, una sencilla combinatoria. Está la historia, están la silla y la mesita de novelar, y sobreviene la intención de combinar algunas citas bajo palabreriles velos. Y ahora debo escribir la frase “es conveniente”: todo lo que transcurre después de “es conveniente” provoca una atención que nunca

el arte de la novela puede obtener en estos tiempos tan difíciles, en los que las historias transcurren siempre fuera de las novelas y se reclama apenas del novelista visitas esporádicas, flashes testimoniales en la televisión o declaraciones irritadas que alguien publica tardíamente en la prensa del sábado. La elección de sábado en este párrafo, en lugar de cualquier otro día de la semana, no es casual. Pero difícilmente un sábado u otro cualquiera de los seis días de la semana transcurra sin que hombres como yo puedan evitar detenerse por un instante sobre las viejas madres. Aquí el pleonasma: ¿Por qué redundar siempre diciendo “día de la semana” como si hubiesen días fuera de la semana? ¿Es porque la naturaleza lábil y evanescente de la sustancia de los días requiere que se los contenga siempre en intervalos, o en papeles, fragmentos de almanaque, pedazos de memoria pegados sobre la pared de un cuarto o contra la pared de la entera memoria? La memoria; esa frase. Memoria: vi alguien súbitamente detenido en la memoria. Surcado: detenido. Y detenido es también una manera de decir, en general, todos son modos de decir. Mismo manera es una forma de decir, más manual tal vez, menos formal que forma y sin la carga de cómodo ademán que lleva modo, pero manera, como modo, siempre es la forma que resulta de un trabajo del tiempo sobre los modos y las formas de hacer de los hombres. Graves, los hombres, siempre hallarán una manera más formal de disponer las cosas por escrito, a su modo, aun cuando escriban sobre los temas recurrentes de esas madrísimas viejas que surcan partes de sus vidas como sombras de la memoria cayendo oblicuas hacia el lugar donde el estilo se les impone. La retórica: la retórica propone otros caminos, otros modos. Escribir, por ejemplo, que el tema de las madrejas debe imponerse a todos porque todos se saben nacidos de madres y muertos de vejez, es cuestión retórica. Yo creo con fervor, y me atrevería a demostrarlo, que toda muerte es una precipitación acumulada de vejez. La bala que una madrugada de octubre de 1952 sesgó la vida de un puntero maoísta en el barrio de Bánfield, era una carga de vejez que atravesó su piel haciendo que todo el tiempo del universo se le pusiera adentro. Ése fue para él el sitio (no “el momento”, porque entonces ya no hubo más tiempo) del fin del universo. La muerte es sitio, ahí todo tiempo se acabó. Es sabido que el fuego es una oxidación muy rápida y que la oxidación es sólo una pausada combustión. La vida es una oxidación muy lenta y retaceada por medio de sutiles recursos de la materia orgánica y, paradójicamente, los biólogos denominan “vida” a esos sutiles mecanismos moleculares que sirven para explicar la vida como una reiterativa y despaciosa oxidación programada que sólo se interrumpe con la muerte. ¡La

vida es fuego lento planificado! Y esa masacre: una amplia oxidación muy súbita.

Se necesitaba tanto fuego reprimido en las cápsulas para significar al plomo con el poder de instalar bajo los envoltorios de los cuerpos todo el tiempo del mundo, negándoles por siempre la posibilidad de repetir su plan de oxidación medida y prolija. La muerte, m'hijo, es desprolijidad. *Papá... los gusanitos que salieron del vientre del muerto esa mañana de febrero de 1953, cuando lo exhumaron para corregir el acta de defunción y cerrar el sumario: ¿Venían de huevos que el vivo tenía adentro desde antes de morir o salieron de los huevitos de las moscas que lo picaron en el velorio, mientras toda esa gente pasaba alrededor del cajón envuelto con banderas rojas?* No responde. También murió: papá murió. Explicarlo: ¿cómo explicarlo? La explicación es una lenta sabiduría retaceada por mecanismos muy sutiles anclados en la interioridad del texto y esto es el arte de la moderación. ¿Sirven las madres viejas como tema para moderadamente documentarlo? Ellas, en este mundo que tampoco ha acabado, salen y entran como aires de las memorias de los pausados oxidantes que somos, reconcentrados en vivir. Vivir: leo escrito "vivir" aunque después de aquella explicación del óxido vivir ya no sea lo mismo. Respiremos: más óxido. Vivámonos y detengámonos en el instante de ver surcar las viejas madres como pruebas encanecidas de todo el óxido del mundo. Clarísimos hijos: clarísimos efectos de mecanismos naturales platearon las sienas, las nuca y los jopos de las viejadres. Pero aquí toda mirada natural es proscripta. La suma entera del trabajo de la humanidad parece destinada a establecer mecanismos precisos que desorientan cualquier intento natural de mirar las cosas. "De otra manera", parecen haber dicho, tenaces, tajantes. Y así han prescrito una manera oblicua de mirar para todo. ¿Qué ves? "Una foto sepia" ¿Y tú? "Una foto oxidada". Madres muertas o vivas oxidándose, son invisibles para el ojo natural. Nadie naturalmente ve más allá de su ojo. Sólo sombras oblicuas afloran a veces y lo encandilan por un instante y lo distraen de lo que hace, o hace hacer, o procura tenaz, adultamente. Mas: manos a la obra. La obra: ¡Escriba acerca de los esfuerzos de tanta humanidad para desalentar toda mirada natural sobre el tema! Ejemplo: el caso Alberto.

Alberto Marzo había comprado un Porsche colorado y negro. Cuando después de muchos trámites, el concesionario de la marca se disponía a entregárselo, un decreto de la Secretaría de Hacienda modificó los aranceles aduaneros y él debió pagar diecisiete mil dólares más por el mismo automóvil. Tiempo después el precio de los automóviles volvió a aumentar,

pero ya nadie quería Porsches, porque eran demasiado caros y cuando finalmente pudo venderlo, había perdido mucho más dinero que el que suelen perder los compradores de automóviles. Esta pérdida, más que la decrepitud de la vida de las personas y que la brevedad de la vida útil de los autos, fue para él la nítida señal del cerrado destino de los emprendimientos humanos. “Sí —pensó al venderlo— también los autos alemanes se oxidan, declinan y finalmente mueren. Pero lo peor es la terrible desvalorización que a poco de comprarlas padecen estas preciosas joyas de la industria europea...” “¿Sucederá lo mismo con todas las cosas de la vida...?” se preguntaba.

Pero la tarde que retiró su nuevo auto de la agencia salió resuelto a olvidar los diecisiete mil dólares de exceso de aranceles y se dispuso a disfrutar del flamante Porsche. Fue a San Isidro; pasó por su club; visitó casas de varios amigos, paseó con Carolyn por los suburbios asfaltados y de regreso a Buenos Aires fue haciendo escala en todos esos bares que tienen playas de estacionamiento frente a las mesas y tomó café mirando cómo la bruñida superficie de la pintura alemana de su Porsche parecía reflejarlas miradas de todas las parejas que a su alrededor bebían cafés y tragos largos contemplando sus respectivos autos estacionados obedientemente cerca de las mesas. Cinco veces se detuvo. Cinco veces bebió café con Carolyn mirando el Porsche y cinco veces Alberto estacionó y abrió la portezuela para que ella pudiese salir graciosamente de la baja butaca derecha de cuero casi desenvolviéndose, como un cisne que despierta y levanta su cuello oteando con el pico las primeras señales del amanecer en el cielo. Tanto café, o tanta excitación que le había contagiado el estreno del auto, aquella noche le impedían dormir: giraba entre las sábanas; de a ratos volvía la almohada y apretaba la parte fresca de la funda de lino contra su cara para sentirla como el augurio de la sombra refrescante del sueño que él invocaba y que no le llegaba desde ninguna parte. Pensó en el mal del insomnio y en los desgraciados que lo padecen todas las noches; pensó en su Porsche y en las miradas de las otras parejas en los bares con playas de estacionar. Ahora, en el recuerdo, todos los bares eran un mismo bar, las tantas playas por donde se había deslizado el Porsche eran la misma playa y todas las miradas eran millares de ojos mezclados en uno solo, confundándose. A veces la imagen del volante del Porsche como un timón, y las imágenes del velocímetro y el tacómetro como si fuesen brújulas, se colocaban frente a él y hasta le parecían reales. Después cruzaba oblicuamente su memoria el recuerdo de los diecisiete mil dólares del ajuste del precio y lo invadía la indignación, porque esa clase de sentimientos invaden. ¿Es que la evocación de las cosas que

indignan provoca una nueva indignación, o es el recuerdo del daño o de la pérdida sufrida el que convoca por contagio la sensación original hasta que en la memoria ya no se puede diferenciar el sentimiento recordado del sentimiento actual, o —como se diría actualmente— del sentimiento “real”? “Sueño —pensó— que estoy despierto y no puedo dormir; eso me pasa”. Pero no se podía dormir. Volvía a girar entre las sábanas y volvía a buscar la parte fresca de la almohada: frescura, calma, alegoría. Todo eso sintió mientras trataba de dormirse.

Y entretanto, en el living, Carolyn, cuyos padres la creían en casa de una compañera preparando maquetas para la facultad, desnuda, estaba leyendo.

Y seguía ella leyendo mientras él respiraba profundamente para relajarse y dormir, y volvía a pensar en los miles de dólares que le habían arrancado, pensaba en la velocidad y en la felicidad y después se reconfortaba recordando su habilidad para ganar dinero y se soñaba manejando por caminos sinuosos de Europa en un Porsche idéntico al suyo y aceleraba, frenaba, cambiaba con precisión las marchas con la mano derecha y acariciaba los pedales con sus suelas y hasta podía sentir el roce de sus muslos al oprimir el pedal del embrague, porque también movía las piernas entre las sábanas amarillas, como si condujese su enorme cama de soltero por un camino oscuro desconocido, en dirección al sueño.

Y leía, en el living, Carolyn. Desnuda, sostenía contra sus pechos una novela que Alberto le había regalado. Era un libro chiquito. “El Extranjero” se llamaba. “Es —había dicho el librero— un famoso Veseler del existencialismo. Eso le gustará a su amiga, según lo que usted me cuenta de cómo es ella...” Por eso él lo eligió. Y ella, que había tomado anfetaminas para adelgazar y no podía dormir, tampoco quería dormir porque deseaba terminar la novela esa misma noche. Que “iba a leerla de un tirón” le dijo cuando fue al living, después de haberlo acompañado por un rato en la cama.

—¿Qué te parece? —preguntó Alberto cuando había pasado más de una hora girando entre las sábanas que olían ya como el perfume de la muchacha.

—¡Genial!— y poco después, con algo en la boca —un caramelo un chicle— le preguntó: —¿Qué? ¿Estás despierto?— y cuando él dijo “sí” le repitió que la novela era “genial” y él se sintió contento, porque era algo elegido para ella, aunque sus tapas fuesen feas y costara sólo un millón de pesos, dos dólares, una cifra irrisoria comparada con los casi veinte mil dólares que cualquier ciudadano puede perder a causa de la arbitrariedad de un subsecretario de Hacienda.

Y mientras ella seguía leyendo, él contó ovejas. Después volvió a contar ovejas y pensó en el Porsche, rutas de Europa y ciclistas. Pasaron más ovejas. Notó muchachas holandesas, puntillas y pieles ambarinas entrevistadas en muslos que se revelan tersos al pedalear entre sedosas telas de vestidos plisados. Pisó prados con flores —tulipanes—, pasaron más ovejas, cruzó una sombra oblicua —diecisiete mil dólares— y volvió a armarse contra la oscuridad el panel titilante del Porsche y sintió olor a nafta, olor a lino fresco de la almohada, olor a tapizado nuevo de cuero y a auto nuevo y olor a ella, y después percibió el olor de las sábanas, con el perfume de ella, algo suntuoso, americano y verde, y después se durmió.

Estaba amaneciendo. Ella se fue a bañar. Había terminado su libro, que ya leído, no sería suyo ni de nadie y quedaría en el living hasta que alguien lo tomase prestado para no devolverlo jamás.

Él soñó sueños que después olvidó y despertó muy tarde. Tarde también, llegó a las oficinas y estuvo todo el día malhumorado y soñoliento. Los trabajos pendientes no pudieron concentrar su atención, y el malestar sólo cesaba cuando volvía a aparecer el impulso de bajar a la cochera, tomar su nuevo auto, y pasar a buscar a alguna amiga para llevarla de paseo lejos por la avenida Panamericana.

A su casa llegó a las seis. Estacionó, bebió un jugo de manzana, se duchó y se recostó sobre el sofá por unos minutos que pasaron muy pronto. Después pasaron horas —algo soñó— y despertó a las diez de la noche: tenía hambre, dolor de cabeza y casi no recordaba el auto. Bebió otro jugo de manzana y tomó dos aspirinas. No llamó a nadie, decidió no visitar a nadie —era muy tarde— y a las once salió en el Porsche para comer en un restaurante con playa de estacionamiento frente al hipódromo.

Vio poca gente conocida; comió lomo con jamón y dos huevos mirando el sobrio lateral de su Porsche colorado y negro que reflejaba, oblicuas, las luces de otros autos que pasaban veloces, cerca, por la avenida. Era miércoles, dormiría temprano, trabajaría durante el jueves y la mañana del viernes y dedicaría la tarde del viernes y el fin de semana a pasear en el Porsche. Eso se proponía, planificaba. Comió los restos fritos de la clara del último huevo, encargó postre y té de hierbas y pagó. Pero mientras el hombre traza sus planes, el mundo y los hechos del mundo se articulan para interferirlos y así le sucedió a Marzo aquella noche.

Había entrado en su casa, había cerrado las ventanas del living, se había desnudado. Lavó después sus dientes y ordenó su dinero, los documentos y los juegos de llaves sobre el tapete verde. Encendió un cigarrillo para fumarlo

sobre la cama, sin luz, como a él más le gustaba, y estaba entrando al dormitorio y ya había apagado todas las luces cuando tres breves zumbidos lo sobresaltaron: el timbre. Caminó hacia la antecocina prendiendo las luces a su paso. Alcanzó el receptor de teléfono que se apoyaba en la pared y habló:

—¡Aló! ¿Quién es? —Preguntaba.

—Correo —reprodujo la membrana metálica del auricular contra su oreja.

—¡Quién es! —Volvió a decir, pero esta vez no preguntó: exclamaba.

—Correo: ¡Cartero! —Explicó la voz.

Es admirable que las voces procesadas por los teléfonos y los equipos de sonido guarden en general una forma de semejanza con las voces de las personas. Alberto no reconocía esa voz ni creyó posible que llegase un cartero a esa hora. Sin embargo, estaba convencido de que si alguna vez pudiese oír la voz de quien habló contra la chapa de bronce que ocultaba el micrófono en la entrada del edificio, reconocería en ella la misma voz que acababa de oír por el auricular. No, no creía que fuese un cartero a esas horas. Sería un bromista, o un impostor; probablemente el novio de alguna de las mucamas de sus vecinos, citado por ella en la escalera de servicio. Seguramente —pensó—, sería eso: un bromista o un novio. Con frecuencia, el ejercicio de la narrativa sorprende a quien escribe, dejando en él la sensación de llevar algo urgente entre las manos. ¿Qué es? Y: “¿Quién sería?” se preguntaba Alberto. ¿Un bromista? ¿Un novio o el amante de una vecina o de la mucama de una vecina? Fue apagando las luces, camino al dormitorio. Miró en la oscuridad la brasa de su Camel como un insecto luminoso detenido en el aire. Bajo la oscuridad pitó frente al espejo y el insecto creció e iluminó rojizamente su cara. Prendió el velador de la cabecera de la cama. Se contempló fumar: camiseta blanca, calzoncillo blanco, tenues rayas azules. Apagó el velador. No había tomado café, se sentía bien. El humo placentero se difundía por su garganta hacia los bronquios y esa noche seguramente dormiría a pesar de la inesperada siesta del atardecer. Se recostó mirando el techo y fumaba sin pensar, cuando oyó el ruido de la puerta del ascensor multiplicando su eco por el palier vacío: alguien llegaba. Fue hacia el living y prendió la luz. Vibraba el timbre de la puerta. La luz siempre ilumina instantáneamente, pero parece desplazarse con la tardanza amenazadora de un látigo cuando interrumpe una oscuridad habitual. El ruido de la puerta del ascensor cerrándose indicaba la acción de un brazo fuerte, habituado a movimientos espontáneos y bruscos. Fue hacia la puerta y entornó la mirilla. En la penumbra distinguió el cuerpo de un muchacho joven vestido de cartero. Abrió la puerta y asomó su cabeza;

no quería mostrarse en calzoncillos —pudor— y el muchacho, familiarizado con esta clase de encuentros, le preguntó:

—¿Noveno B? ¿Señor Marzo?— y él dijo “sí” y tomó entre sus dedos el papel que el otro le alcanzaba. Después cerró la puerta y fue hacia su escritorio. Firmó el recibo con su lapicera de pluma y tomó de la cartera un billete verde de cincuenta mil pesos —la propina—, volvió a la puerta, volvió a abrirla y pasó el billete doblado alrededor del recibo al muchacho, que dijo “gracias” y giró hacia el ascensor. El cerró, trabó la puerta, y pronto le llegaron la vibración del gran motor eléctrico y los ruidos del ascensor cruzando pisos bajo de él. Cortó el papel del telegrama. Leyó. Decía: “Dr. Marzó” y después de un breve espacio en blanco, los caracteres regulares de una impresora eléctrica componían la frase “Señora Marzó falleció hoy”. En el ángulo inferior izquierdo dos palabras parecían firmar el mensaje —“Hermana Mari”— y más abajo había letras desordenadas, números, signos y códigos internos que sólo un empleado del correo podría descifrar. Él se dejó caer sobre el sofá, dejó caer sobre la alfombra la larga ceniza de su Camel, pitó después con fuerza el cigarrillo, y abandonó el papel del telegrama en la mesita de su derecha, entre el libro olvidado por Carolyn, un pomo de unguento y el monedero donde ella solía guardar su diafragma cervical. Imaginó el diafragma limpio y protegido por una leve película de talco. Apagó el Camel.

Después se levantó, cruzó el living y prendió las luces altas. Se miró en el espejo: era él; los ojos hinchados por la siesta le colocaban una ficticia apariencia de juventud. Dos pliegues a los costados de la cintura afeaban su silueta. Bajo el calzoncillo, las piernas fuertes y bronceadas parecían corresponder a otro cuerpo, no al suyo. Arriba, el corte en ve de la camiseta blanca dejaba ver los pelos de su pecho: rulitos negros, moteados de gris en algunos lugares. Los ojos miraban sus propias imágenes detrás del vidrio: cuatro ojos, unos contra los otros. Marrones claros —“ojos vascos” pensó— parecían limpios, vivos. Pero tenía la madre muerta. Fue hacia el tapete verde y tomó otro Camel. Prendió. Pitó con fuerza. Sostenía el cigarrillo contra el pliegue de piel del nacimiento de los dedos índice y mayor. La mano izquierda se apoyaba en su cadera. Visto de atrás, su lado izquierdo parecía un medio jarrito detenido en el tiempo a la espera de nuevas elecciones del narrador. El costado derecho se movía, fumaba, se desplazaba por el living. La cabeza cruzaba por instantes el espejo, oblicua, pensando qué debía hacer. ¿Qué hacer? ¿Llamar, por ejemplo, a alguien que pudiese avisar a la oficina que había muerto su madre y que no regresaría hasta el lunes, o el martes? ¿O

a alguien que se ocupase de liquidar las cuentas pendientes el viernes por la mañana? Se sentó junto a la mesa del teléfono, la agenda abierta, el Camel humeante siempre en la derecha. Levantó el receptor. No supo a quién llamar. ¿A quién llamar?

—Y pensar —pensó— que uno pasa su vida pensando en la muerte de los padres y cuando finalmente estas cosas suceden, descubre que ocupó todo el tiempo de su vida pensando en ese instante que al producirse lo sorprende sin saber qué hacer...

¿Qué hacer? Un bolso. Una muda de ropa. Pasajes a Santiago. Dinero. Cheques, tarjetas. La agenda grande para llamar a todos desde Santiago. No hay pasajes. O hay pasajes, pero no hay vuelos hasta mediodía. ¿Pedir a alguien que lo acompañe? A Santiago siempre es mejor ir solo. Cepillo de dientes, aspirinas, lapicera cargada. ¿Cigarrillos? Encendedor. Las llaves, todos los llaveros. Oprimió los botones del teléfono componiendo el número de Marina. Marina no dormía. “Marina —le dijo— murió mamá. Avisa a todos que me fui a Santiago, que vuelvo el lunes. El viernes, por favor, ocúpate de pagarle al portero. Dejo la plata en el escritorio verde...”. La mujer del teléfono contestaba que sí; después decía que no. Quería acompañarlo. Que no, le decía él. Era mejor ir solo.

Ella rogaba: quería verla por última vez. Él insistió que no: debía ir solo. Ella porfiaba, tenía que acompañarlo. Él, finalmente concedió: “si estuviese enferma, claro que te pediría que me acompañases, pero murió, ¿entendés? —preguntaba— murió, ya murió. ¡Está muerta!”

Después él oyó ruidos de llanto en el auricular, se despidieron y dejó el receptor sobre su horquilla, sin esperar que ella cortase la comunicación.

Y se ocupó de preparar su bolso mientras pensaba —ropa, mudas, camisas, un par de jeans— y calculaba que no debía esperar el vuelo del mediodía, que lo mejor sería ir en su auto. Cuando saliese del departamento lo decidiría. Vistió el conjunto sport azul y gris, anudó la corbata de seda azul oscura bajo su cuello y midió su barba, crecida con el día que terminaba. Eran las doce. Miró dos o tres veces el reloj.

Pensó en Marina, que quería ir sin saber para qué, llorando cerca del teléfono. “Asunto terminado” se dijo, y la frase borró la imagen de Marina junto al teléfono llorando. Campera: debía llevar campera. Buscó camperas en un placard, descolgó una y la guardó en el bolso. Era un bolso de cuero color ciruela; lo llevó al living. Buscó en su escritorio el manual de instrucciones del servicio del Porsche; estaba decidiendo; iría en su Porsche. Guardó el manual y sus documentos en un bolsillo exterior del bolso. Dejó el bolso

sobre la alfombra, junto a la puerta de la cocina. Se preparó un café instantáneo para beberlo antes de salir y fumó más. Bebió el café calculando el saldo de su cuenta bancaria, contó el dinero de sus bolsillos y separó varios billetes de colores, que después dejó sobre el tapete verde. Miró el reloj una vez más: eran las doce y veinte y dos vibraciones que recorrieron el departamento lo condujeron mecánicamente al receptor del teléfono del portero eléctrico: otra vez el correo. Presionó el botón del comando de la cerradura hasta oír por el auricular que la puerta de calle se abría.

Esperando, preparó un billete verde para el cartero: la propina. Esta vez era un hombre gordo y mal afeitado quien traía el telegrama y como ya su lapicera estaba en la agenda dentro del bolso de viaje, Alberto aceptó la birome cachuza que le ofrecían y firmó. El gordo dijo dos veces “gracias” antes de entrar al ascensor que se perdió verticalmente hacia abajo, con un zumbido.

Fue caminando hacia el sofá y rasgó el papel. Leyó, sentándose: “Dr. Marzó” y la frase “Señora Marzó muy grave venir urgente necesario”. “Hermanas Maris” lo firmaban. Revisó varias veces el texto. Después buscó a su derecha el otro telegrama, volvió a leerlo, comparó ambos, pensó en la ineficiencia general de los servicios públicos y encendió un nuevo Camel. Después comparó los bordes superiores de los telegramas: había en ambos una franja codificada, después un texto impreso que decía “*urgente certificado*” y dos espacios que decían “hora de emisión” y “hora de recepción”. Comparó: el primer telegrama fue emitido a las 22.00 y recibido a las 22.20; el segundo había sido emitido y recibido a las cifras 23.33. Según éste —el firmado en plural— la madre estaba grave. Según el otro, enviado antes, la madre estaba muerta. Alguno de ellos sería el verdadero. ¿Cuál? Volvió a leer, a comparar. Calculó: su madre estaba muerta o no estaba muerta. Alguien se equivocó al enviar alguno de los dos telegramas, alguna monja. ¿Cuál? Posiblemente, la primera monja, la del primer telegrama, acostumbrada a convocar a familiares de pacientes, usó una fórmula convencional al redactarlo. En ese caso, su madre estaba viva, Pero también podía pensar que una misma monja, para asegurar la recepción del telegrama, había preparado dos textos y que el mensajero que enviaron al correo había equivocado el orden de emisión.

Él había estado varias veces en la clínica geriátrica de Santiago y las monjas eran muy viejas. Aunque no eran madres, todas las llamaban Hermanas o Madres y algunas de ellas eran tan viejas que parecían mayores que las pacientes. De cualquier vieja monja pueden esperarse confusiones

como ésta —pensó Marzó— pero él no podía determinar cuál de ellas se había equivocado. Tomó el teléfono, y llamó nuevamente a Marina. Ella atendió, seguía llorando contra el micrófono. “Llora —pensó él— porque no quise llevarla, no porque se haya muerto mi mamá”.

—Prepárate —anunció— paso a buscarte en diez minutos.

Después le explicó que había llegado un nuevo telegrama, le leyó el texto, le transmitió sus dudas y ella volvió a llorar otra vez y él reclamó que se apurase, cortó la comunicación y recorrió el departamento apagando luces. Antes de salir verificó que los llaveros estuviesen en su bolsillo, y en el ascensor, cuando oprimió por hábito el botón que lo dirigía al garage del subsuelo, ya había decidido ir en el Porsche. Bajando, recordó que había una amenaza de huelga de transportes y que cuando las grandes compañías de ómnibus interrumpen su servicio, aunque sólo sea parcialmente, los vuelos de cabotaje se desordenan y quedan millares de pasajeros en las salas de espera de los aeropuertos, desconcertados, detenidos.

Él había ido varias veces a Santiago del Estero. La madre que había dejado la provincia en 1941 para casarse, cuando comenzaron a hablar de instalarla en una casa para ancianos eligió aquella clínica de monjas de Santiago. Quería morir en su tierra, había dicho. Él protestó, explicó las dificultades que tendría para ir a visitarla y ella le dijo que eso “era lo de menos” y que nadie tenía por qué ir muy seguido. Lo llamó algunas veces por teléfono y otras fue él a visitarla. Siempre se escribían cartas, y todos los meses Alberto mandaba por correo un cheque que puntualmente las monjas agradecían con una notita copiada en lápiz sobre el recibo. Eso era todo: Santiago está muy lejos de Buenos Aires.

—Son mil trescientos kilómetros... —dijo Marina después de admirar el nuevo Porsche, mientras dejaba su maleta en el asiento trasero.

Y estaban saliendo de la ciudad y ella aconsejaba:

—¿No convendría un remise?

Él dijo que no, que costaría un dineral.

—¿Y ómnibus?

Él explicó que habría paro.

—¿Y no hay vuelos de Austral?

—No —dijo él—. Austral no. Aerolíneas. ¡Pero no hay vuelos hasta las once y media...! —y después explicó que había un vuelo a Tucumán, desde donde se podía retomar a Santiago del Estero en taxi, pero que con el paro de ómnibus sería imposible conseguir un pasaje en ese avión, y que además, con

el Porsche llegarían en menos de diez horas. Después aceleró por la avenida vacía.

Ella preguntó si podía acelerar tanto con ese auto nuevo, si no era necesario asentar previamente el motor y él explicó que no, que según el manual, mientras no superaran el régimen de cinco mil revoluciones por minuto podrían ir a cualquier velocidad:

—En quinta marcha, a cinco mil vueltas del motor, se deben producir no menos de ciento cincuenta kilómetros por hora —anunció moviendo hacia atrás su butaca para adoptar una posición de manejo más descansada.

Después ella también desplazó su butaca, se llevó dos cigarrillos Parliament a la boca y encendió. Él recibió su Parliament entre los labios y mordió la boquilla sintiendo cómo los dedos de ella le rozaban el bigote.

Hablaron sobre los telegramas:

Que había un error —dijo él— o estaba muerta o no estaba muerta; no se podía saber. Ella dijo que desde que él la había llamado por primera vez sintió que estaba muerta y que no había dejado de llorar.

Ahora él creía que no: que no estaba muerta, pero que seguramente estaría grave y que moriría pronto. Ella, fumando, dijo que no y volvió a llorar.

Él la miraba por instantes aprovechando los flashes de luz que atravesaban el parabrisas cada vez que un ómnibus o un camión marchando en dirección opuesta cruzaba el Porsche. Hablaron del auto. Él buscó música y manipuló los botones de la radio sin encontrar un programa que le interesase y finalmente desistió. Tomó de la guantera una cassette de Santana y la introdujo en la ranura del estereofónico, y en seguida los sonidos llenaron la cabina del auto.

Recién miró el reloj del panel cuando estaban en la ruta y pudo conectar quinta marcha. Eran la una y diez; a cuatro mil revoluciones del motor, el velocímetro indicaba ciento treinta kilómetros por hora. Aceleró más.

Aquel Porsche tenía un andar sereno. Las agujas de los controles electrónicos del panel sugerían que todo funcionaba bien. Escuchando con atención, durante los intervalos de la música, se podía discriminar el ruido del motor —su vibración y la succión de la toma de aire de los dos carburadores como dos alientos— de los ruidos del escape, del suave zumbido de la transmisión y del roce de las cubiertas sobre el piso húmedo de rocío. Después de Santana escucharon una cassette de Vangelis y después avanzaron unos cuantos kilómetros sin música, hablando de las vacaciones del año anterior y de la vida actual de los amigos comunes que habían quedado en el país.

—Tenés “sangre de horchata” —dijo ella cuando volvieron a pensar en los telegramas.

—¿Qué puedo hacer...? —dijo él.

—No sé. ¡Nada! —aceptó ella— ¡Pero podrías sentir más las cosas...!

Él —imitándole la voz— dijo que si sintiera más las cosas a esa hora no podría estar manejando y después agregó que todo era relativo, que nadie puede saber qué está sintiendo el otro en cada momento y ella reconoció que él tenía razón, pero dijo que preferiría que no tuviese razón. Hablaron del Porsche. Ella conocía el problema aduanero y dijo que ese auto bien justificaba el sacrificio. Después quiso saber si su jefe ya había visto el auto y cuando él dijo que no, ella comentó:

—Mejor...

—¿Por qué mejor? —preguntó él; y aclaró que tarde o temprano su jefe vería el Porsche en la cochera y sabría que ése era su nuevo auto.

Ella quería saber si la compra de un automóvil tan caro no le traería problemas con su jefe. El dijo que no, que su jefe conocía sus negocios particulares, y que tal vez ganase menos que él, porque los jefes trabajan más por la idea que por el dinero.

—¿Y vos por la idea no...? —preguntó ella.

—No —dijo él; y explicó que si encontrase un trabajo particular donde pudiese ganar más dinero, dejaría su puesto.

—¡Pero setenta mil dólares un auto es muchísimo! —reflexionó ella finalmente y él contestó que no, que esas cosas son siempre relativas.

Varias veces se detuvieron a cargar nafta. Alberto temía — injustificadamente— que si los indicadores del panel funcionaban mal el Porsche pudiese quedar sin nafta en medio del camino. A las seis y media, mientras un muchacho soñoliento les lavaba los cristales, desayunaron y compraron cigarrillos, alfajores y pastillas de menta.

A las diez de la mañana —por fortuna había amanecido nublado— cruzaron la Salina Grande. Con el motor a cinco mil vueltas, el Porsche corría a ciento sesenta kilómetros por hora. Había poco tránsito: la huelga de ómnibus probablemente se había contagiado a las empresas de carga pues casi no cruzaban camiones. Cada tanto se hacía necesario frenar hasta encontrar un tramo apto para adelantarse a otros automóviles. A algunos, que circulaban a ochenta, o cien kilómetros por hora, era fácil pasarlos. Otros, los Taunus y los BMW que iban a más de ciento treinta, los obligaban a esperar un lugar adecuado. En esos casos Alberto encendía un nuevo cigarrillo, o pitaba y desaceleraba por un rato. A las diez y media temió que los neumáticos

estuviesen recalentados por la fricción del camino cubierto de arenisca y sal y por tantas frenadas y se detuvo en la banquina. A ambos lados de la ruta sólo se podía ver salina y resplandor. Pasó un Torino en dirección a Buenos Aires levantando una larga nube de polvo de sal. Él revisó cada una de las ruedas. Tenían temperatura normal; la presión del aire parecía la misma que traían desde la salida de Buenos Aires; no obstante decidió que antes de regresar haría controlar las cubiertas por un gomero responsable. Pero su madre: ¿Estaría muerta o estaría viva? Eso pensó cuando se resolvía a entrar al Porsche mientras Marina tiraba por su ventanilla el papel blanco de la caja de alfajores. El papel se voló llevado por el viento, después giró en el aire y quedó pegado contra la rueda delantera izquierda. El lo miró. Oyeron el zumbido de un avión volando muy alto; debía ser el de las nueve de la mañana hacia Tucumán, pensó él y dijo algo. La sombra del avión venía cruzando oblicuamente la salina y atravesó la ruta pocos metros delante del Porsche. Ambos la vieron, rápida como un rayo. Después comentaron varias veces el tema del azar; no mucha gente se detiene por un instante en la salina y es rozada por la sombra del mismo avión que pudo haber tomado, volando a ocho mil metros, como un relámpago negro irreconocible sobre la tierra, oblicuo.

Y a Santiago llegaron a las once y media.

—Aquí te bajás —dijo él—. Pedí una habitación matrimonial. Instalé todo —le alcanzó las valijas al botones del hotel que se había acercado.

Ella obedeció, bajó del auto y lo miró desde la vereda sin hablar: venía semidormida durante los últimos tramos del viaje.

¿Estaría muerta? Tal vez había un error. Condujo por una avenida que penetraba en el centro de la ciudad. No era fácil encontrar la clínica. Dos veces confundió el camino y volvió a pasar por el mismo lugar: una palmera, un banco, un alto edificio en construcción. Consultó a un santiagueño que cruzaba la calle. Mirando el cielo —qué sabría el otro si él tenía o no la madre muerta—, encandilado por el sol, el hombre le indicó un camino que evitaba atravesar las calles del centro. ¿Estaría viva...? El santiagueño tenía razón. En un par de minutos llegó a la clínica. Habían cambiado la fachada. Arriba decía Clínica Santa María. Abajo habían vuelto a poner el viejo emblema de la congregación. Estacionó. Encendió un cigarrillo, aspiró una larga bocanada de humo antes de entrar y lo arrojó a la vereda desde los escalones de mármol de la entrada. Se anunció a una empleada de blanco:

—Soy Alberto Marzo.

La muchacha lo condujo por un largo pasillo que olía a vapores de verduras y hortalizas hirviéndose y comentó:

—¡Usted es el hijo de doña Beba...!

Él indicó que sí con un movimiento de la cabeza. Quería preguntarle por su madre pero se contuvo. ¿Estaría...?

Al final del pasillo una monja lo reconoció.

—¡Usted es Marzo...! —le dijo tendiéndole una mano húmeda, delgada y fría, que él apretó un instante dentro de su derecha.

Después volvió a poner la mano dentro de la campera, rozó el encendedor con las yemas y mecánicamente secó el sudor ajeno de su palma contra la tela fina del forro del bolsillo derecho, mientras la monja lo guiaba por un largo corredor. Después le señaló una habitación. Entraron juntos. Primero vio la manta. Blanca, de fibra gruesa de algodón, tenía una trama de pequeños rectángulos; bajo la tela se advertían las piernas finas, curvadas hacia adentro, con las prominencias de las rótulas elevando la superficie blanca como dos volcanes gemelos. Parecían las rodillas de un niño. Más allá veía el vientre hundido, después el tórax alto y sobre él las manos blancas, arrugadas, una sobre otra, la izquierda arriba con esas uñas que aun cortadas tenían forma de pico o de garra filosa de pájaro carnicero. El ancho anillo matrimonial rodeaba el anular izquierdo. La nariz, muy filosa, apuntaba hacia el techo. Él se inclinó para besar esa cabeza fría y contuvo un momento las ganas de respirar.

Detrás, la empleada y la monja parecían vigilarlo. Que había muerto a las seis, decían. “Y ahora yo —cuenta que pensó— también tendría que morirme”. Las dos mujeres se le acercaron por detrás. Que no sufrió, había dicho la monja.

Las otras monjas, las de la oficina, le permitieron fumar. Estaban en sus escritorios cubiertos con libros contables de tapas de hule colorado y letras de oro. No halló dónde arrojar la ceniza; mientras hablaban él se paraba, iba hacia la ventana, y ahí sacudía el cigarrillo ensuciando el marco de las persianas que se entornaban hacia un patio de mosaicos recalentados por el sol. Había moscas. Casi lloró. La monja joven le explicó que no podían hacer velorios en el lugar y que el hombre que acababa de entrar era el gerente de la compañía fúnebre.

Era un santiagueño bajito, moreno, calvo, de pantalones arrugados. Con él acordaron el servicio mientras las monjas completaban las planillas médicas. Firmó un cheque, tiró otro cigarrillo por la ventana hacia el conjunto de

mosaicos y después de despedir a la monja salió a la vereda, buscando a alguien que le explicase cómo llegar hasta el hotel.

Tuvo sueño y se fue manejando despacio. En el hotel se desnudó y contó todo a Marina; después se bañó y se acostó para dormir dos horas. Lo despertaron a las cuatro. A esa hora en Santiago todo se pone en movimiento; antes, desde la una del mediodía, los de la ciudad se encierran bajo la sombra de sus casas: comen, duermen, miran informativos en la televisión y casi ni hablan. Así es la siesta de Santiago. Pidió café a la telefonista. Volvió a bañarse, bebieron el café y se vistió mirando por la ventana el largo patio del hotel donde estaba detenido el Porsche junto a unos álamos inútiles que volcaban su sombra hacia el jardín vecino.

Después salió caminando. La casa fúnebre no estaba lejos del hotel. Era un edificio que debieron construir para oficinas. A la madre la velaban en el primer piso. Y a había monjas ahí y había otras mujeres viejas del asilo; los automóviles de la compañía fúnebre las habían llevado para que llorasen cerca del cajón. Más tarde —oscurecía— llegaron personas de la ciudad; familias, hombres jóvenes, maestras. Llegaron dos primos que tenían su mismo apellido pero nunca los había visto ni recordaba haber oído hablar de ellos. Otro primo, que se presentó más tarde, era el locutor de la televisora local. Marina habló con todos y fumaba, paseándose por la sala y por una habitación contigua donde pusieron las coronas de flores. Hombres de saco negro servían el café. Desde afuera llegaban los ruidos habituales de la calle: gente, voces, gritos, niños y autos. Él fumaba sentado en un rincón y se paraba cada vez que alguien le extendía la mano para presentarse, o despedirse. Aquella noche no cenó. A las once y media se fueron al hotel, pidió cerveza y sandwiches en el bar, y comieron y bebieron y durmieron hasta las cinco.

Cuando volvió a la funeraria eran las seis de la mañana y sólo estaban los empleados, otro gerente y los mozos de saco negro. Dos obreros con ropas de denim soldaron el cajón poco antes de que empezara a llegar gente. Amaneció. La luz de las velas artificiales parecía debilitarse a medida que contra la ventana esmerilada iba creciendo la claridad. A las ocho llegaron maestras vestidas con guardapolvos, primos lejanos y una comitiva de hombres viejos de otro asilo que solían encontrarse con las mujeres de la clínica los sábados para jugar con naipes. Marina, que se había quedado dormida, llegó a las nueve y media, cuando se estaba preparando el entierro. Lo abrazó y lo besó. Entre varios pusieron el cajón dentro de la camioneta nueva de la compañía, color cobalto. “Mejor que no sea negra” pensó Alberto

mientras el chofer y su acompañante aseguraban el cajón en su interior. La gente se dispersó. Con Marina y un hombre viejo siguieron a la camioneta en un Fairlane negro. El chofer sudaba. No hablaron. En el cementerio escucharon el responso del cura en español mientras las monjas y casi todas las mujeres rezaban. Después Marina tiró puñados de tierra seca sobre el cajón y él también. Las monjas se llevaron a una mujer que se había descompuesto por el calor, él aflojó su cuello y su corbata y miró por última vez el montículo de tierra. Más tarde, cuando la tierra se asentara después de algunas lluvias, construirían un pequeño monumento de mármol y bronce.

El Fairlane los condujo al hotel demorándose por las calles del centro invadidas de automóviles entre los que caminaban mujeres con paquetes y bolsas de los supermercados. Comieron sandwiches otra vez, se bañaron y se acostaron a dormir. Ya era viernes; la fría corriente de aire acondicionado los obligó a mantenerse juntos en la cama, cubiertos hasta el cuello por una gruesa manta de acolchado sintético color celeste.

A las siete despertaron. El acondicionador de aire se había detenido, transpiraban. En la cama, esperando el café, hablaron. Dijo él que no quería seguir en Santiago, que prefería salir a la ruta y cenar en Salta. Ella recordó que era viernes:

—¿Y cuándo volvemos? —preguntó.

—El domingo —prometió él—. El domingo volvemos a Buenos Aires: salimos temprano.

Él quería irse inmediatamente de aquella ciudad, pero debió esperar que ella lavase y secase su pelo.

A medianoche, en Salta, comieron en un restaurante que les pareció demasiado caro. Después fueron a una peña folklórica. El pianista los reconoció. Estuvo sentado junto a ellos y les consiguió, por cien millones, un frasco de polvillo puro de coca.

Más tarde, en el Porsche, aspiraron la coca mientras buscaban un buen hotel y cuando terminaron de instalarse y desarmaron las valijas ya no querían dormir: querían beber y conversar y se volvieron caminando a la peña llevando el frasquito. Estuvieron tomando vino y oyendo dichos y música hasta las seis de la mañana. Cada tanto, buscaban el frasquito y pasaban al baño para tomar más coca. Cuando volvieron al hotel había salido el sol pero pidieron whisky y recién se durmieron después del mediodía.

Despertaron a las once de la noche. Él necesitó tomar un whisky y aspirar unas pizcas de coca antes de afeitarse, porque no podía ver su cara en el espejo. Todo se le nublabá y un ojo —el derecho o el izquierdo— se desviaba

hacia fuera, las imágenes se bifurcaban y debía hacer mucho esfuerzo para unir esas dos caras que siempre concluían separándose. Después de la coca y el whisky, fumando un Camel, las imágenes se habían vuelto a juntar; se afeitó. Marina estaba bien, pero le dijo que no volvería a tomar coca ni a beber durante una semana. Mintió: durante la comida, en el mismo restaurante que ya no les pareció tan caro, bebieron dos botellas de vino blanco y más tarde, en la peña, siguieron tomando vino y champán y le dieron trescientos millones al músico, que después de un largo cuchicheo con una mujer de una mesa vecina les trajo dos frasquitos idénticos al de la víspera, que Marina había guardado en el hotel porque aún tenía restos de polvillo.

Esa noche se acostaron a las cuatro y repitieron los juegos de la mañana. Se durmieron a las nueve con el sol ya alto y a las once, según lo convenido, los despertó la empleada del hotel. Antes de salir a la ruta hicieron medir la presión de los neumáticos y Alberto bajó a la fosa de la estación de servicio para controlar cómo cambiaban el lubricante del motor. Ya con mil quinientos kilómetros recorridos, el Porsche podía acelerarse hasta siete mil vueltas. Lo probó varias veces. Siete mil vueltas, en cuarta, eran ciento sesenta kilómetros por hora, pero al conectar quinta no incrementaba la velocidad; el tacómetro bajaba hasta indicar cinco mil quinientas vueltas: tal vez a causa de la mala distribución del peso, tal vez por efectos de la pobre calidad del combustible, en ningún momento pudieron superar los ciento setenta kilómetros por hora. Cuando pasaron por la entrada de Santiago eran las cuatro de la tarde y Marina preguntó si no pensaba entrar en la ciudad y él negó con la cabeza:

—¿Para qué? —dijo.

Y después comentó que difícilmente volvería a esa ciudad.

Cuando cruzaron la salina sintonizaron una radio de Córdoba que transmitía la ópera Evita. Desde la localidad de Ojo de Agua debieron reducir la velocidad. Había mucho tránsito de automóviles y ómnibus hacia Córdoba y aunque se concentrara en el manejo y sortease con habilidad los automóviles que venían de frente, era difícil adelantarse en la caravana.

En Córdoba, cansados, se detuvieron a comer. Querían chivito, pero los restaurantes estaban abriendo al público y las parrillas recién encendían. Comentaron con el mozo que la ciudad estaba empobrecida, que había muy poca gente en las calles y a causa de la sed tomaron más de un litro de vino antes de que sirvieran la comida.

Después del postre, él tomó un whisky y mientras le revisaban el aceite aspiró más cocaína y compró dos paquetes de Camel y pastillas de mentol.

Rato después —eran las once y media de la noche— cuando salían de la zona urbanizada de Córdoba, a pocos metros de la estación caminera donde la policía estaba verificando automóviles, atropellaron al ciclista.

Ni lo vio. El hombre iba en su bicicleta, pedaleando, sin luces, semioculto tras un camión cargado de hacienda. El Porsche, recién sorteado el control caminero, no iba a más de cuarenta kilómetros —dijeron después— pero iría a sesenta o setenta kilómetros por hora cuando la viga de caucho del paragolpes hundió la rueda delantera de la bicicleta y el hombre salió disparado por el aire hacia atrás con los brazos abiertos, como si todavía sostuviese el manubrio entre sus manos. Alrededor del lugar comenzaron a concentrarse camiones y automóviles y grupos de peatones y vecinos que parecían convocados por las bocinas que se pusieron a sonar. Tirado al borde del camino, el ciclista estaba muerto, su cara estaba pegajosa de sangre y los brazos y las mangas de su camisa rota estaban empapados de sangre y barro. Marina no lo quería mirar: lloraba arrodillada en su butaca, con la cabeza hacia el asiento trasero del Porsche.

—¡Mírelo! ¡Mírelo! —la instaban los curiosos, nerviosos.

Alberto ayudó a los policías que levantaron una cartera de plástico cerca del lugar y los dos pedazos retorcidos de la bicicleta. Después volvió al Porsche y marcha atrás condujo hasta el destacamento caminero, donde estacionó tras una construcción de cal con techo de lata. Los policías esperaban al médico. Quisieron ver sus documentos y los del auto y después salieron con él y controlaron las patentes y el número del motor. Después anotaron todo en una planilla impresa y cuando él les mostró la credencial de la oficina, el sargento de guardia consultó a un oficial por teléfono y le devolvieron sus papeles.

El cuerpo del hombre, cubierto con una lona, seguía en el lugar del accidente custodiado por un policía y un grupo de vecinos. Él volvió allí con una linterna y recorrió la banquina buscando ropas, o documentación del muerto, pues la bolsa de plástico que le habían encontrado estaba vacía. Cuando volvió al destacamento Marina seguía en el auto. Los policías le habían dado café, ella fumaba y no lloraba más. Al rato de llegar el médico les ordenaron que podían seguir viaje a Buenos Aires. Recorrieron todo el camino sin hablar.

En la oficina se presentó el lunes a las tres de la tarde. Contó todo. Ordenó sus papeles y guardó los frasquitos de coca y los certificados de su madre en el cajón de seguridad, junto a los cargadores de la UZI. Esa semana debía

recuperar todo el tiempo perdido, pero el miércoles le anunciaron desde Córdoba que debía presentarse al juez.

La autopsia había probado que el hombre estaba borracho. Tenía en sus antecedentes varios procesos por desórdenes y ebriedad en bares. Había sido obrero de Perkins y lo despidieron por esas mismas causas —ebriedad y desórdenes— pero el juez acusaba a Alberto de homicidio y él debió contratar un abogado para que se ocupase del asunto.

Meses más tarde el abogado llamó. Debía volver a presentarse al juez. Fue en el Porsche, esta vez con Carolynn. El proceso se complicaba. El fiscal reclamaba que lo inhabilitasen para conducir por dos años y su abogado, que pidió más dinero, inició una defensa recusando al juez. Fue una serie de malentendidos que le costaron mucho tiempo de preocupación y un total de seis viajes a Córdoba. Ahora Alberto odia a Córdoba y al juez; tal vez me odie también a mí.

Pero la narrativa se ejecuta mediante decisiones lógicas, decisiones sintácticas y decisiones gramaticales. A veces, los tres tipos de decisiones son independientes; otras, las decisiones gramaticales implican decisiones lógicas que se procesan automáticamente, por la propia inercia de los mecanismos lingüísticos grabados en la memoria de quienes escriben. El estilo no es eso; es, quizá, todo lo contrario. En los casos opuestos, cuando las decisiones lógicas suponen decisiones gramaticales o sintácticas inesperadas, parece que los artificios prefabricados por el uso corriente del lenguaje se evaporan creando un vacío que los que escriben tratan a duras penas de llenar. ¿Se oxida el texto? ¿Hay mecanismos íntimos de la materia que lo compone intentando la repetición programada y metódica de esa suerte de descomposición que toda lengua y todo producto de la lengua padece? Preguntas, siempre preguntas sin respuesta. Pero no hablamos de la paternidad de los textos nuevos. Escribíamos —ese plural— sobre la maternidad envejecida contra la oblicuidad del tiempo: oblicuas, las madres hallan en las imágenes de todos los hijos —los suyos los de otras— un sitio ubicuo donde envejecer. Imperceptiblemente. Imperceptibles ellas. Sólo un relámpago así ¡pag! lo puede iluminar. Yo lo vi: cierto viernes me dice la Polla que nos vayamos a Mar del Plata. Tiene un Datsun, la llamamos la Polla, pero se llama Mareta. No Marta: Mareta; un nombre rumano o húngaro, porque los padres, o la vieja madre que se le murió en Ibiza, eran húngaros o rumanos. “No Mareta”, le dije, pronunciando su nombre como ella me enseñó: “Ni loco iría yo a Mar del Plata hoy”

—¡Vamos! —me insistió ella— yo pongo el coche, pongo los gastos del coche, vos pagás el hotel. ¡Lunes feriado! —argumentaba—. ¡Volvemos a la nochechita del lunes...!

Dije que no:

—Quiero escribir, vivir —le dije.

Ella porfiaba. No era tan mala idea. Prometía un buen fin de semana de otoño —llegaba mayo— y había luna llena. Con luna llena el clima suele mejorar, porque al anochecer despeja el cielo y aunque haya habido mal tiempo, si hay luna llena, es muy probable que el día siguiente amanezca claro y radiante de sol. Ya había amanecido clarísimo aquel viernes. Yo, que lo había notado al acostarme, justo al amanecer, le dije finalmente que sí:

—Buen, Polla: ¡Vamos! —dije.

Y ella fue a preparar su bolso, se hizo revisar las gomas y el aceite, cargó nafta, compró un botiquín y una linterna nueva previendo un chequeo de la policía caminera y a las nueve y media me pasó a buscar.

Había armado mi bolso en dos minutos —recuerdo que olvidé la espuma de afeitar, la lapicera y el despertadorcito que siempre llevo a todas partes y jamás escucho— y salimos. Nos detuvimos un rato en “Jazz & Rock” para combinar un negocio con el pianista Pierre, amigo de la Polla, y dejamos ese sitio lleno de humo y muchachos ociosos a las once y media de la noche. Tomar la ruta bajo la luna llena después de haber estado en uno de esos lugares donde los chiquilines fuman hediondos cigarrillos negros es casi comenzar a vivir de nuevo, si esto fuese posible. Pero no, no es posible. En el cruce de Varela la Polla detuvo el Datsun y me hizo manejar. Paré poco antes de Chascomús para cargar nafta y tomar café. Compramos cigarrillos y una birome y mientras estaba en el baño lavándome y todo eso ella compró alfajores marplatenses. ¡Pero íbamos hacia Mar del Plata! Ella, como toda mujer, se anticipaba a nuestro destino y había comprado una caja de esos alfajores que tienen paisajes del balneario grabados a dos colores planos sobre el papel metálico y que, porque dicen en gruesos caracteres “Alfajores Marplatenses” todo el mundo cree que son elaborados en Buenos Aires.

—Y la verdad —le dije a la Polla— es que se hacen en Mar del Plata en la zona de los molinos harineros, cerca de la estación... Mareta no me creía. Después, recordando que mi madre vive en Mar del Plata reflexionó:

—Claro... no me acordaba que tu madre vive en Mar del Plata —aceptaba.

Y yo le respondí que si mi madre no viviese en Mar del Plata yo ni sabría que esos alfajores con un nombre de santo los fabrican los judíos Makaroff

detrás de su molino, ni andaría arriesgando mi vida por esa ruta número 2 — que llaman “trágica”— en aquel auto japonés.

—Te juro que yo no me acordaba —decía ella—. ¡Debió ser inconsciente, invitarte justo a vos a Mar del Plata...! ¡Debió ser inconsciente!

Yo contesté que sin duda hubo en su invitación algo inconsciente:

—Como en todas las cosas que uno hace —sugerí—. Seguíamos viajando: Mareta encendía mis 555. Por entonces quedaban pocos paquetes en los mayoristas: había una guerra contra británicos que pronto debía terminar, pero antes se agotaría el stock de estos cigarrillos ingleses que son mis preferidos y que no cuestan más que los fétidos cigarrillos argentinos.

Después casi choqué. Fue en el kilómetro ciento cincuenta y dos. Me estaba adelantando a un Fairlane y el chofer se asustó —era un chofer con gorra, un empleado —se dejó caer sobre la banquina embarrada, su automóvil coleccionó, levantó una nube de barro y yo también me asusté y pisé el freno y casi nos atropella un camión que avanzaba en dirección opuesta. Nos salvamos. De lo contrario, este año hubiésemos muerto también nosotros, pienso. ¡Si no cabía una mano entre la ventanilla del Datsun de Mareta y las lonas del envoltorio del camión que pasaban flameando en su propio viento! Los camioneros se alejaron haciendo sonar largos bocinazos, pero la Polla no advirtió qué había sucedido, porque en aquel momento estaba tratando de leer el texto impreso sobre la caja plástica de una cassette de Mile Davis bajo la debilucha luz del panel lateral del Datsun.

De allí en más manejé con prudencia. Paramos en Dolores para tomar café y en la confitería de la ruta, donde todos emplazan sus automóviles junto a la ventana para vigilarlos mientras comen o beben, encontré a muchos conocidos. Dos me saludaron a mí. Después una pareja se acercó a saludar a Mareta y nos citó para tomar el té el sábado en Mar del Plata. Ellos también me parecieron convencidos de que finalmente llegarían a esa ciudad. Otra pareja me reconoció y se acercó a la mesa: ella se presentó, presentó a su marido, y quisieron pagar nuestros cafés y las medialunas. Los dejé con la Polla, compré en el kiosco espuma de afeitar y fui al baño para lavarme otra vez. Entonces me sentí mejor y lleno de ganas de manejar, tomé a la Polla por un brazo y despedí a esa pareja que nos invitaba a comer el sábado en el Viejo Pop, el restaurante del puerto. Les prometí que iríamos, pues calculé que los restaurantes del puerto estarían clausurados a causa de la guerra. Meses más tarde encontré a esa pareja en el Veracruz de Buenos Aires, preguntaron por la Polla como si fuese una amiga de la infancia y me contaron que nos habían estado esperando durante una hora frente a las barreras que impedían el

acceso al puerto en aquellos días de la guerra. Semanas después, escribía para un concurso y pensaba que siempre había pensado que intercalarlos efectos de una guerra convencional en un relato convencional era una posibilidad ajena a cualquier pequeño escritor argentino, y sin embargo allí estaba la guerra, intercalada, tan respetuosa del realismo como cualquiera de las guerras que se leen en las novelas extranjeras de la década del cuarenta. Pero de Dolores a Mar del Plata, sin pensar en la guerra, tardamos dos horas diez, parando a cargar nafta en la estación de servicio de Las Armas. Allí, recuerdo, sentí las ganas de volver. Aparecieron como un relámpago en mi cabeza, al salir del baño: sentí deseos de escribir, pensé que era odioso viajar en general y que era estúpido viajar a Mar del Plata en particular, en medio de una guerra, y tuve más deseos de escribir, de dormir y de pensar de esa manera —de ese modo o forma— en que es imposible hacerlo en un lugar turístico. Pero seguimos viaje. La Polla me pasaba alfajores, me prendía los cigarrillos, cambiaba las cassettes y me aconsejaba comprar un auto. ¡Un automóvil! Yo dije “caro, inútil, enmerdant, alienación, marketing, lealtad, costumbre, obediencia”, todo eso que me disgusta dije y ella no dijo la palabra inconsciente: siguió pasándome alfajores y prendiéndome los 555 y noté que fumaba su marca —Camel— cada vez que prendía para los dos. Algo semejante les debe suceder a quienes se aman, creo. En el hotel pedimos una suite, previendo que al amanecer llegarían Jarach y la Moreno.

—¿Vendrán? —quiso saber la Polla cuando terminamos de ordenar nuestra ropa.

Dije que sí. pero que yo solamente quería dormir mucho, dormir hasta muy tarde, y que después la llevaría a conocer a mi madre.

Pero aquel sábado no la llevé: se fue al casino con Jarach y la Moreno y ganó noventa y seis millones pesos, como decimos ahora. ¿Por qué iba a ser “de” pesos? Quienquiera actúe sobre la lengua, aunque sólo lo haga para analizar los resultados de una frívola tarde de otoño en un casino popular, debe luchar contra los atavismos, y si el juego es un atavismo (yo no fui al casino aquella tarde, preferí visitar a mamá) también es un atavismo el partitivo numeral “de” aplicado a “millones”, y quien opera sobre su propia lengua materna, debe poner su juego al servicio de la eliminación de los viejos atavismos para poder fundar los nuevos atavismos que jugadores quizá mejor dotados alguna vez disolverán, espero. Pero noventa y seis millones pesos es bastante dinero: un tercio de lo que por entonces valía el Datsun de Mareta. La casa de mamá, ahora que han devaluado y mucha gente quiere hacerse de propiedades en los tiritantes balnearios argentinos, debe costar una

fortuna; dos o tres mil millones pesos. La había hecho construir papá, para todos —así era él— en 1956. Aquel fue un año bueno para papá y para casi toda la gente. Eligió la mejor ubicación del balneario, un terreno en la loma allí donde todas las casas son chalets de dos plantas revestidos con troncos. Hay mucha piedra, mucho espacio libre y mucha madera en el chalet. Hay estufas de leña que ahora ya nadie usa y desde la habitación de mamá se puede ver el mar, un fragmento del muelle de pescadores, la base de submarinos y más allá la nueva destilería de petróleo. Contra la ventana se sacuden algunas ramas del eucalipto que hizo plantar papá en 1957 y que ahora mide cerca de diez metros. Entra en verano puro olor a eucaliptos y durante el invierno huele a cera de pisos y eucaliptos la casa. Mamá, que fue a vivir allí hace diez años, cuando cerró para siempre su departamentito de Quilmes, se empeña en conservarla. Le cuesta una fortuna. La mitad de su pensión de viuda se le ha de ir en mantenerla. Ahora que ha envejecido, y ahora que también envejece Fernández, limpiar y ordenar todo eso debe ser un esfuerzo terrible. Ella se sorprendió de mi llegada; ni soñaba verme. Pensaba —dijo así— “correrse” hasta Buenos Aires para vemos: siempre extraña a sus nietos.

—Pronto —dije yo— van a poder viajar solos y cada dos por tres se van a venir... Extrañan tu comida, les gusta esta casa... Pero... —dije después— tendrías que ir pensando en venderla, es una locura cuidar esta casa...

Ella, como siempre, dijo que no, pero más tarde contó que la última semana, como Fernández —la mucama—, estaba engripada, ella debía dejar la barranca cada mañana para hacer las compras y que volver desde el mercado y la farmacia, seis cuadras cuesta arriba, cargada con todos los paquetes, la cansaba. Pobre. Argumenté otra vez: venderla, comprar departamentos, uno para ella —céntrico— cerca de las farmacias y los mercados, sin barranca. Pero ella, otra vez, dijo no.

Y me miraba. xNo podía creer que hubiese ido solo hasta Mar del Plata. Le conté de la Polla, de Mareta. Le mentí que ella había manejado toda la noche (“¿cuánto tardaron?” preguntó mamá; “diez horas”, dije yo para tranquilizarla), que estaba durmiendo en el hotel y le prometí que al día siguiente, para el almuerzo, la conocería.

Me fui de aquella casa después del té. Vi que mamá no compra más sus masas secas de la hora del té y que guarda ahora pan tostado en las viejas latas de budines ingleses. Pobre mamá. Llegué al hotel creyendo que podría escribir. Yo, generalmente, llamo a esto escribir. Pero no pude escribir. Leí La Prensa: datos sobre la guerra. Después leí más sobre la guerra en Clarín y La

Nación, subí hasta el cuarto y me bañé. Miré la luna brotar del mar desde la cama, desnudo. Me acosté a leer una novela de Laiseca. Cuando llegó la Polla eran las nueve y media de la noche, estaba terminando la novela, y aún no me había vuelto; yo tenía la mitad derecha de mi cuerpo paralizada y toda la piel y los músculos de ese lado en una suerte de ebullición o entumecimiento casi placentero. Y el cenicero, el libro y el cristal de la mesa de luz junto a la cama estaban cubiertos de ceniza y de filtros de 555. ¿Cuánto habría fumado? La Polla despejó la ceniza y las migas de alfajores del cubrecama para sentarse frente a mí y me mostró su cartera:

—¡Nueve mil seiscientos palos! —dijo y recorrió el mazo de billetes marrones con el pulgar. Los miré. Ella acercó su cartera a mis ojos. Billetes, muchos billetes marrones de un millón pesos; algunos verdes de quinientos mil pesos. Miré, miré aun más y olí: olor a dinero. Los toqué, y hasta leí los números correlativos: billetes nuevos. Recuerdo que pensé: “¿Y si ésta se muere?” “¿Si esta noche, en algún restaurante de la zona del puerto, nos intoxicamos con mariscos y ella muere?” “Este dinero... ¿No será mío?” “¡Sí, será mío!” —pensé y me prometí que si esa noche la Polla se moría, usaría su Datsun hasta que alguna parte del motor se rompiera, y que una vez descontadas las facturas de la clínica y del envío de su cadáver a Buenos Aires, me gastaría en libros y discos lo que quedase de los noventa y seis millones pesos.

Pero no se murió. Comimos mariscos en el restaurante vasco con Jarach y la Moreno tomamos muchísimo champán y volvimos al hotel y encargamos champán, pero en el bar de aquel hotel —el Hermitage— no quedaba champán, entonces pedimos vino blanco y unos baldes de hielo donde fueron flotando las botellas semivacías entre cubitos y restos de etiquetas del vino despegados por efectos del agua tibia en que, por culpa de la calefacción, acabaron por convertirse los cubitos *de* hielo.

—Mañana, a Miramar... ¡Vamos! —dijo Jarach en un momento.

Yo dije no. Que al mediodía debíamos comer con mamá, dije. Mareta quería conocer a mamá. Pero también quería ir a Miramar. Ellos dudaban, la Moreno quería ir a Miramar. Jarach quería acompañarnos y también conocer a mamá. Discutimos; se terminaba el vino, resolvimos que al despertamos lo decidiríamos.

Pero no fue necesario decidir: nos despertamos a las tres de la tarde, nadie almorzó, nadie fue a Miramar. Después de los baños y las afeitadas, la Moreno y Jarach se fueron al casino, y Mareta y yo, en el Datsun, corrimos a la casa de mamá. Tomamos té, ella nos disculpó la falluteada del almuerzo y

como Mareta miraba mucho su reloj la vieja adivinó que quería ir al casino y aconsejó que fuésemos al casino, pero yo dije que quería escribir, Mareta que no quería ir al casino, pero mamá dijo que ella sí y entonces Mareta se alegró y yo las llevé a las dos en el Datsun por la costanera, las bajé en el casino, guardé el Datsun en la cochera del hotel y me encerré en la suite para escribir.

Yo debí haber llevado algo para corregir, porque escribir, en ese hotel, era imposible. Miraba el mar iluminado por los restos del sol, fumaba, pedía té, pedía café, pedía whisky y de nuevo café a los del bar, pero no podía escribir. Miraba autos pasar, gente yendo y viniendo dentro de los autos, el mar oscureciendo, la luna que iba brotando de a poquito, veía el frío aumentar y la poca gente que caminaba por la costanera inclinándose hacia adelante como si hubiese viento —pero no había viento, apenas frío y anochecer— finalmente escribí una frase: “caminan ellos, se inclinan contra el frío” y ésa fue toda mi obra de aquel fin de semana. Varias veces volví a copiar la frase comenzando hojas nuevas y sobre ellas quedaba la frase, un garabato, mi nombre y mi apellido verdaderos, un recuerdo y la fecha. Tenía hechas cerca de veinte hojas cuando llegaron Jarach y la Moreno. Habían perdido todo: los diez millones que habían llevado y los treinta que tenían ganados de la tarde del sábado. A mamá y a la Polla no las habían visto. ¿Habrían muerto? Corrí al placard y busqué la cartera de la Polla: estaba allí gran parte de su ganancia del sábado, un mazo de billetes marrones y verdes. ¿Cuánto dinero habrá llevado mamá? me pregunté. Nunca lo pude averiguar.

Eran las once de la noche cuando llegó la Polla con mamá. Nosotros ya nos habíamos vestido; mamá tenía ganados once millones —el doble de lo que cobra por su pensión de viuda— y la Polla otros quince. Querían festejar las dos. Fuimos los cinco a festejar a High Times, un restaurante muy nuevo. Las mujeres hablaron todo el tiempo, comimos bien, bebimos mucho, y a la una, como la Polla y Jarach querían bailar, llevé a mamá a su casa de una corrida en el Datsun. Al llegar al chalet me invitó:

—¿Querés pasar un rato a tomar café?

—No, vieja —me disculpé— es muy tarde, la Polla y la Moreno me esperan.

—Buenas chicas —dijo ella al bajar—. Pero juegan muy mal. Ese fue todo su comentario sobre mis amigas.

Los encontré en un bar de paso, donde tomaban el café parados. Yo no quería bailar, la Polla tampoco. Me llevaron al casino. Jarach ganó cinco millones, la Moreno quince y la Polla treinta y siete. ¿Moriría? Yo perdí las once veces que aposté un millón pesos, un total de once millones pesos.

Después fui a esperarlos en el bar, triste y aburrido. Soy racional y poco después de refrescarme me invadió una maravillosa certeza: “soy —me dije— un desafortunado en el juego, seguramente seré un afortunado en la literatura”. Entonces me fui al hotel sin esperarlos, quería seguir escribiendo. Tarde o temprano llegarían y yo habría escrito un texto admirable.

Pero no escribí. Pedí vino, después pedí más vino. Subrayé la frase de la tarde sobre el frío, releí algunos párrafos de la novela de Laiseca pensé en la guerra, encendí el televisor sólo para jugar con el control remoto, escuché marchas militares y el jingle sobre la guerra que habían compuesto en lo del Nono Pugliese y plagiaba seis compases de la marchita “Cara al Sol” de la Falange española, imaginé una historia sobre el Generalísimo Franco, que enloquecía y trataba de ocupar Gibraltar torciendo para peor y para siempre la historia de España, fumé un delgado cigarrillo de la Moreno y después me dormí. A las seis, el ruido de ellos me despertó. Habían llegado, se habían bañado, habían estado festejando con coñac todo lo que ganaron y producían aquel ruido infernal mientras tomaban el desayuno en la cama de Jarach. Yo me bebí los restos de una de mis botellas de vino y seguí durmiendo.

Al mediodía siguiente fuimos los cuatro a almorzar con mamá y a despedirnos. Ya era lunes —a Jarach le había gustado mi mamá, se parecía a la suya—, la Moreno habló mucho con mamá, mucho sobre ropa, sobre cuidado de las casas, de marcas de pinturas para interiores y para frentes y es asombroso todo lo que puede conocer una mujer sobre estos temas. Después de comer —eran las cuatro y habíamos decidido salir a medianoche— dejé a la Polla, a Jarach y a la Moreno frente al casino y fui a llevar a mamá a su casa. Mamá estaba encantada con la Moreno. La conocía de nombre, por unas notas en las revistas que compra Fernández. De la Polla no me había vuelto a hablar y Jarach le pareció pedante, nunca entendí porqué. Cuando llegamos quiso hacerme pasar para que saludase a Fernández.

Vi a Fernández. En su cuarto, miraba un programa de televisión. Cuando entré se incorporó en su estrecha cama y la transmisión fue interrumpida para difundir en su lugar el jingle de la guerra y dos comunicados, los mismos que yo había leído a mediodía en el hotel. La vi delgada y pálida. Es una mujer de poco más de cincuenta años, nació en Santiago, está con mamá desde 1960 y ahora que ambas han envejecido la domina.

La saludé. Temí contagiarme su gripe y bajé a la cocina. Mamá me estaba preparando café.

—¿Tomás café, no? —me convidaba. Dije que sí.

Llevó la bandeja con la cafetera del viejo juego a su cuarto.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó cuando nos sentamos en la mesa, junto a la ventana.

—Nada —dije yo—. Pensaba dormir para manejar despejado esta noche.

—¿Tenés sueño? —quería saber.

—Creo que sí. En el hotel decido. Si no duermo, me pongo a escribir —dije— y le conté que estaba escribiendo algo sobre El Japón. Después le pregunté si necesitaba más dinero. Dijo que no. Prometió que iría a Buenos Aires en quince días, para ver a los chicos. Miré el reloj, necesitaba irme, salir de aquella casa; anuncié:

—Me voy.

—Buen... —dijo ella—. ¡Andate!

Debió haber dicho, como antes: “Sí, mejor andá, dormí, ¡tenés que manejar!” Esa era su forma de reprochar. Pero esta vez me dijo así: “Andate”. Era raro.

Terminé mi café —ella había bebido el suyo poco antes— y me paré para besarla. Entonces me pidió que mirase por la ventana hacia donde señalaba: vi el centro de la ciudad, los altos edificios de departamentos, una masa compacta de cemento vacío.

—Allí —me dijo indicando un punto cualquiera— ese edificio que tiene un tanque alto, está frente a tu hotel. Desde aquí se ve mejor —sugería.

Y se descalzó y se paró sobre su cama, para señalarme.

—Y atrás está el casino —dijo después.

—Sí, se nota —dije yo, y pensé en los tres allí jugando, perdiendo, ganando.

—¿Vos vas a jugar? —preguntó desde lo alto de la cama.

—No —le dije—. Afortunado en la literatura, desafortunado en el juego...

Comenté eso o algo así. Ella opinó que debía ser cierto, que los dichos siempre decían la verdad y me pidió que no olvidase recoger de la mesa de la planta baja un paquete que enviaba para los chicos. Entonces dije que me iba y me acerqué para besarla y ella bajó de la cama. La noté ágil, pero ya estaba comenzando a encoger: descalza, su cabeza apenas llegaba a mi tetilla. Besé su pelo, el nacimiento de su pelo cerca de su frente arrugada y por un instante permanecimos quietos. Yo veía el mar desde la ventana, el puerto, los barcos amarillos de los pescadores transcurriendo entre barcos de guerra quietos. Noté que las antenas de los radares de los barcos giraban, pero esos barcos estaban allí paralizados, lejos de la guerra. Llegaba el ruido del televisor de la piedad de Fernández. Mamá volvía a abrazarme. Me incliné más, para besarle

la mejilla y ella volvió la cara hacia un costado. Besé la zona de la oreja; el pelo gris raleaba por la sien, pero arriba se mantenía poblado como el de una mujer joven. Mamá se mecía y seguía abrazándome. Yo apreté más. Bajé mis manos hasta su cintura y apreté más diciendo “chau” o algún saludo por el estilo. Entonces ella alzó un pie —el izquierdo— mientras su talón jugueteaba contra los tendones posteriores de mi rodilla. Quise irme. El talón ya rozaba con su espuela invisible la cara posterior de mi pierna. Entonces se dejó ir hacia atrás y me arrastró con ella y caí sobre ella en la colcha tejida y su otro talón subió para atraparme en ese mismo juego.

Y así, otra vez más, volvimos a empezar.

Dudo que el tema de las viejas madres falte por un instante en la memoria del lector. Por lo demás, Jarach volvió a perder, la Moreno ganó algo, Mareta volvió a ganar: treinta y siete millones esta vez. Yo, que no fui al casino, ni gané ni perdí en el juego. A las ocho y media la Polla apareció en mi habitación feliz de haber ganado y quiso saber qué había hecho durante toda la tarde.

—Escribí un poco —le dije, y miré el mar. Después llegaron Jarach y la otra con ganas de volver al casino para recuperar las pérdidas del día anterior y las del día, pero no fueron.

Dos meses más tarde, la guerra había terminado y el marido de Mareta la convenció de vender el Datsun y le hizo comprar un Peugeot 505 cero kilómetro. La noche del estreno pasó por casa. Me tocó timbre. Yo estaba procurando escribir, pero ella me rogó que bajase a conocerle el nuevo auto, como si fuese un hijo; ellos no tienen hijos. Busqué mis cigarrillos, me arreglé un poco el pelo y la camisa y bajé. Le dije que era hermoso su nuevo Peugeot, que si alguna vez yo llegaba a necesitar un automóvil se lo pediría prestado y le recomendé que lo estacionara bien y que subiese a mi estudio: yo había salido sin documentos y no quería estar en la vereda ni a bordo del Peugeot, porque aquí sigue siendo peligroso andar por la calle sin documentos de identidad.

HELP A ÉL

La pesada mañana de febrero en que Vera Ortiz Beti tuvo esa muerte espectacular que ella misma hubiese elegido, al salir de la torre de Madero, mirando hacia la Plaza San Martín vi que peones de mameluco blanco trabajaban sobre las carteleras que afean la estación Retiro. A la distancia parecían animalitos adiestrados sólo para arrancar los viejos carteles de L & M y reemplazarlos por no sé cuál otra marca extranjera de cigarrillos. La idea de cambio me evocó las observaciones que solía hacer el otro, y, como él, yo también pensé que esa periódica sustitución inauguraba una serie infinita de cambios que volverían a esta ciudad, a este país y al universo entero, una cosa distinta que ya nada tendría que ver con ella.

¿Nada? No: nada no. Yo seguiría siendo el mismo, —creí—. Y yo siempre tendría que ver con ella.

Y si yo, entonces los carteles también, y también la barranca de Juncal y los micros que se arriman a los cordones de Retiro, y las tres torres nuevas de Catalinas Norte y el calor húmedo de la ciudad, y toda la ciudad y la superficie del río, que tiene el color de los cristales de la torre de Madero, y también la comente del río, serena e irreversible como la historia. Todo eso y todo lo demás tendría que ver con ella y bastaría que alguien destinase un fragmento de su obra a recordarla, para que los instantes en que su vida y el mundo se entrecruzaron quedasen para siempre grabados sobre la tierra, como las torres de hormigón y la memoria de los hombres que sonaron sus planos sobre un tablero como meses después vendría yo a soñarla y a erigirla a ella, a Vera.

Una radio había transmitido la noticia, no sé por qué. Alguien la oyó. Alguien avisó temprano a la oficina, los diarios de la tarde agregaron detalles. Al día siguiente ni Clarín ni La Nación lo comentaron. Mejor.

La ciudad estaba semivacía. Todo el mundo de vacaciones: aquí, en Uruguay, en el Brasil, y uno que otro en Europa. Yo mismo estaba de vacaciones en Miramar, con los Devoto. ¿Cómo recibirían ellos la noticia? Mi plan había sido volver a Miramar, después subir con ellos hasta Zárate, pasar un día en el campo de Madanes y después cruzar al Uruguay y recorrer la costa, bajando sin apuro hacia Punta del Este. Ese era el plan, pero después de la noticia, al salir de la torre de Madero, ya no supe qué hacer.

Había llegado a medianoche; ella vivía aún. Yo debía responder unos télex, esperar un informe de Roma, mandarles un breve comentario y cerrar la oficina. Después podría volver a “lo Devoto”, como dice la gente de allí.

Había dormido mal por el calor pesado de Buenos Aires. A las siete me levanté. Siete y media estaba en la oficina. Ella estaría por morir y yo esperaba la respuesta de Roma; en Roma anochece, era invierno, una mujer cansada recorrería los pasillos llevando una hoja de papel mal impresa, y aquí ella estaría por morir. Después un hombre miraría el papel, marcaría los errores, ortográficos del télex, imaginaría un poco su fin de semana en alguna estación de esquí de los Alpes, y aburrido, dictaría su respuesta. En ese instante ella estaría muriendo.

Y yo miraba el puerto, reconocía la fragata Libertad descargando las cajas que traen los oficiales de sus viajes, y veía detrás dos monstruosos graneleros soviéticos que esperaban turno para amarrar en el muelle de carga. Algunos empleados ya leían el diario y tomaban café. Otros llegaban, pedían partes del diario a sus compañeros, pedían café al ordenanza, y se ponían a mirar el tránsito pesado de la avenida Madero. Ella terminaría de morir, y yo, apoyado en el borde de la mesa de las secretarías, esperaba que la bochita de la impresora del télex comenzase a escribir. Los empleados me miraban, bronceado, sin corbata. Las secretarías arrancaban hojas que no venían de Roma y las abrochaban junto a otras que más tarde distribuirían por otros pisos. En ese momento, se imprimía la respuesta de Roma y alguien, en la oficina de la radio, estaría redactando la noticia de Vera.

La operadora del télex me pasó una hoja de papel. Yo empezaba a descifrar las frases italianas. Una voz estaría leyendo contra el micrófono y simultáneamente alguien la escucharía desde su casa. Tal vez desde su propia cama, semidormido, alguien estaría oyendo la misma voz, reproducida por el parlante de su radio.

Pero yo no pensaba eso. Yo pensaba en el télex, en los tipos de Roma esperando respuesta y en mi viaje de vuelta a Miramar. Después tomé café y miré la primera página de La Prensa. Después armé la respuesta para los taños

y la operadora la tecleaba en su tablero cuando una mano de la secretaria de Frank me señaló el teléfono. Alcé el tubo: la vocesita del conmutador iba a dejar un mensaje para mí, porque mi nombre figuraba en sus registros con el tilde colorado que significa ausente por viaje, o por vacaciones. Imposté la voz, imité la voz de un viejo empleado de mantenimiento y después de oírla, repetí la noticia para simular que otro la había copiado para mí. La voz en el auricular me dijo gracias y dejó de vibrar, y al instante se apagó la luz blanca del teléfono. Seguí un rato con la mano sobre el receptor mirando la impresora del télex. Los empleados que no leían el diario me estarían viendo igual que antes, pero yo ahora sabía que ella estaba muerta. Miré el río a través de los cristales amarronados, calculé el viento, pensé que nunca más olvidaría esa mañana de febrero, vi que soplaba norte, pronostiqué que tarde o temprano llovería, y recibí la respuesta de Roma: los taños también pensaban que convenía esperar hasta junio. Eran las once y diez. Ella estaba muerta y yo podía volverme a Miramar. Agradecí a las chicas del télex, despedí con un beso a la secretaria de Frank, saludé con el brazo a los empleados, y eché una última mirada a la imagen del río marrón que seguramente no se repetiría jamás.

Pensé en Vera al salir. El aire de la calle se me volvió como vidrio caliente cuando crucé la puerta. Los hombres que convergían hacia el edificio, venían jadeando, con los sacos en las manos sudadas, entre portafolios y paquetes; alguno traía paraguas, pero no estaba nublado y en la playa de estacionamiento los autos todavía se calcinaban bajo el sol. Crucé a conseguir sombra en la recova de Leandro Alera y me fui caminando hacia la plaza. La gente parecía aplastada bajo el calor, pero yo estaba de vacaciones. Me comparé con dos mujeres que caminaban hacia mí con uniformes de empleadas del banco Chase: eran mujeres, tenían que trabajar; yo en cambio era yo y estaba de vacaciones; les sonreí. La más bajita me sonrió; tal vez me confundió con uno de sus clientes. Crucé la plaza San Martín tratando de embocar las sombras de los pocos árboles que quedan. Los hombrecitos de mameluco eran morochos y obedecían las órdenes del chofer de un furgón blanco que a paso de hormiga les llevaba los tarros de engrudo y manojos de carteles nuevos. ¡Pobre gente! Desde la parte alta de la plaza se veía el dúplex de Juncal. Miré varias veces hacia él y siempre se me aparecía Vera. Vera en la terracita, cebando mate. Vera allí con uno de esos trajes de baño de dos piezas que usaban antes, bronceándose. Vera abajo, arrancando la motito de

Adolfo Laiseca, manejando la moto por la barranca de Juncal, sacándole la lengua a los almidonados de la custodia que usaba el viejo Ortiz en la época de los secuestros. Vera en Olivos, limpiando el fondo del barco de Ripoll antes de un campeonato. Vera en la comunidad de Escobar. Vera en un campo vecino a la comunidad, saltando la tranquera sin permiso para buscar hongos entre la bosta de los toritos del plantel. Vera recorriendo los pisos de una librería inglesa en Londres, pidiendo manuales de identificación de hongos. Vera en la pizzería de Leblon, haciéndose pasar por brasileña entre turistas argentinos. Vera en el Morro, discutiendo con varios negros los términos de una transa de maconha y sin miedo. Vera entrando a mi cuarto, diciéndome que estaba “dada vuelta” y desnudándose. Vera saliendo de mi cuarto y la sombra de Vera contra el blindex empañado de la ducha y la voz de ella subiendo junto a una nube de vapor para decir que el domingo siguiente se iría a Europa con Agustín Bullrich. Vera esperando los llamados de algún hombre, en mi casa. Vera fumando, adelgazando. Dejándose crecer el pelo. Depilándose las piernas con una cera negra. Vera de frente y de perfil. Inclineda sobre la bandeja del grabador. Inclineda sobre algo que hervía en mi hornalla. Vera en el living, y su cabeza entre las piernas, y ella tratando de rodear todo su cuerpo con los brazos larguísimos. Vera cerrando un ojo. Vera despertando y volviéndose a dormir, y despertando al rato para calcular la hora por la sombra de una rama que cruzaba el balcón y volviendo a dormir. Vera saltando de la cama. Vera sin dormir, caminando con pasos quilométricos por la vereda de Paraguay. Vera bajándose de un taxi, saludando. Vera llamándome, esperándome, yéndose. Y ahora estaba muerta.

No llamé a nadie. No quise ver a nadie. Comí solo en el bar frente al Service mientras cambiaban el aceite del Ford que me habían prestado los Devoto. ¿Ir? Pensé en ir cuando dijeron que debía esperar un ajuste a la factura del Service. Garabatié con marcador en la me sita de fórmica del bar y concebir la inmensidad y la simplicidad de la muerte me ayudó a encontrar más motivos para esquivar la compleja microscopía de las ceremonias fúnebres. Pensé en el viejo Ortiz y en Adolfo, que compartían con ella el dúplex de Juncal; imaginé a los amigos del viejo Ortiz y a los tipos que rondan a Adolfo mezclándose en el living grande del piso bajo. Calculé lo que estarían tramando los parientes, mientras esperaban que la policía les devolviera el cuerpo. No pensé en ella muerta ni en el cuerpo de ella ni vivo ni muerto, y a las tres de la tarde, sin detenerme en casa para buscar más ropa

como inicialmente había planeado, fui al Automóvil Club a hacer medir la presión de las gomas y me largué a la ruta.

Cómo llegué a las nueve de la noche nunca lo sabré. ¿Qué habré ido pensando por el camino? Sé que paraba cada media hora a tomar algo, que no comí, que varias veces estuve a punto de matarme en esa ruta que llaman trágica, y la radio funcionó todo el tiempo con música que no escuché, y con insulsos diálogos de periodistas que estuve oyendo resignado. Cuando llegué a “lo Devoto” no había nadie en el casco; estarían en el casino de Mar del Plata. Tuve hambre, comí los restos fríos de la cena de ellos, y mientras me bañaba, una chica que desde la casa de los peones vio nuestra luz prendida se vino al casco a preparar café. Tomé el café con ella en mi cuarto. Era dócil y nada exigente: me prendía los cigarrillos y a cada rato preguntaba cómo me sentía y si necesitaba algo. Después apagamos la luz, tomé dos lexotaniles con un vaso de jugo de naranja y enseguida me dormí. Casi no había pensado en Vera.

La mañana siguiente, en la playa, les conté a los Devoto lo poco que sabía. Después nos trajeron Crónica y La Razón, y leímos, pero ellos estaban más preocupados por el plan de viajar y por todo lo que habían perdido en el casino. Esa noche salimos en caravana para Zárate. Se hizo un rodeo por Bernal hacia el Camino de Cintura, para no entrar en Buenos Aires y nadie habló de Vera durante el viaje, ni en lo de Madanes. En Punta del Este navegamos juntos. Después yo me embarqué sin ellos a La Paloma, y después nuevamente a La Paloma y de ahí a Río Grande y a Florianópolis. Al volver, muchos habían dejado el balneario, empezaba a llegar gente nueva y conocí a Jacinta y a Mariano, con quienes pasé aquellos días en la chacra de Maldonado mientras armaba un plan para juntar las garantías de la frustrada licitación de los canales. Mariano había traído un huáco lleno de Perú y con eso, mi plan de los canales y tanto sol y las noches supertranquilas de la chacra se me fueron pasando los días.

No es que no haya pensado en Vera. Pensaba cualquier cosa y ella solía aparecer: de perfil, de frente, arriba, abajo, peinándose, bailando con un tipo de traje blanco, baldeando la cubierta del Peyito, o confundida en la memoria con la modelo de una campaña de chokolatines que miraba llover contra una vidriera. Pero si yo pensaba cualquier cosa y ella aparecía, siempre me imaginaba un truco para desplazarla: miraba a Jacinta y a Mariano si estaban cerca, o recordaba una pelea de borrachos en la puerta de Mau Mau, la vez

que un viejo de traje blanco sacó una pistola y le voló los vidrios a un Fairlane. O recomponía la imagen del Peyito en la largada de una regata en Dársena Norte y trataba de recordar quiénes formaban las tripulaciones de barlovento que nos puteaban mientras orzábamos para sacarlos fuera de la línea. O me ponía a calcular en qué año me habían filmado aquella vieja película de Nestlé. Había pasado más de un mes de la muerte de Vera y —era evidente—, yo ya había aprendido a manejar su recuerdo.

Seguro, pensaba yo, que esta forma intermitente de ponerla y quitarla de la memoria es la que ella hubiese preferido. Seguro que este modo indoloro de tenerla muerta es el más parecido a su manera de haber vivido entre nosotros. Así pensaba, mientras nadaba, tomaba sol, miraba los caballos y programaba una forma de negociar en esas licitaciones que finalmente hubo que suspender.

—“¡Pis en la boca...! ¡Mamá, dame...!” —era la voz de él—. “¡No puedo papi! ¡No tengo, no me sale!” —la escuchaba a ella. Sentía pedir: “Meame, dame todo: ¡Dame más ya!” —Esa era la voz de Mariano, acongojada.

Y el único farol de la chacra alumbraba mis hojas con cálculos y las carpetas con informes de audiencia, y la luz amarilla apenas alcanzaba el rincón donde Jacinta, arrodillada sobre unos cueros de oveja, parecía cabalgar desnuda sobre la cara de Mariano.

—¡Dale vos! ¡No seas más maula, puta! —grité guardando mis papeles, y le volví a gritar lo mismo poco después, yendo hacia ellos.

El farol, hamacándose a la par de mis pasos, hacía subir y bajar y sacudirse a la sombra de ella, que se aplanaba contra la pared de cal. Yo elegía el partido de Mariano, que con la cara empapada por algo que con tan poca luz bien podrían parecer sus lágrimas, volvía a rogar:

—¡Pis que me muero! ¡Dame pis mami! ¡Dame! —y ella, mientras, sacudía su enorme mata de pelo negro significando no, hasta que dejé mi farol sobre un banquito, y empecé a darle con un rebenque que había de adorno sobre la espalda y la cintura, y después, cuando ella se levantó el pelo con las dos manos ofreciéndome su largo cuello blanco, también allí, en el cuello blanco, y también en sus hombros quemados, ya con más fuerza, porque ella suspiraba diciendo: “¡Sí! ¡Sí!” Y después pedía: “¡Más! ¡Más! ¡Más!”, y Mariano rogaba “pis” y yo le gritaba a Jacinta que le diera, que no fuese más puta y que le diera, y Mariano gritaba cada vez más “mami dame mamá dame” como si sólo abriendo ella su cuerpo podría él alcanzar ese imposible

que perseguía frotándose la pija con las manos y sacudiéndola con insistencia o con desesperación; no sé bien cómo podría definirlo ahora.

—Son cosas que nada más se hacen por la amistad... Dije después, cuando Jacinta había limpiado todo y volvía de la heladera trayendo dos botellas de cerveza Norteña. Yo fumaba, medio repuesto, mirando el techo, tendido sobre un cuero de oveja curtido a la oriental, mientras el humo de mi Oxi-Bithué, a la luz del farol, se volvía una pesada nube amarilla y se arremolinaba entre las vigas del techo de, totora para huir después por las hendijas del alero, hacia la oscuridad del Uruguay. Hablé mucho de Vera aquella noche que tanto tuvo que ver con ella.

Y un día que habíamos bajado a Montevideo para cambiar un par de mejicanos, estábamos en un café, y unos turistas argentinoides hicieron funcionar la máquina tocadiscos y sonó “Help”. Yo venía hablándoles de Montevideo a ellos. Les señalaba la gente en la vereda, tomando mate, les hacía notar el olor del aire que ronda la fábrica de León Mahilos, y les recitaba: “Eres el Buenos Aires que tuvimos... Puerta falsa en el tiempo y bla, bla, bla”. Después hablé de Hernández, de Gandolfo y de Onetti, pero ellos dos no me entendían. Busqué explicarles qué significaba un país: la libertad, cruzar el río en invierno, la novela de Mármol, bla, bla. Fue como si les recitara el diálogo entre Schneider y Brunet: a ellos, nada. Sonó “Help”. Vera llamaba a Help su himno. ¿Qué edad tuvo ella cuando grabaron Help? Fue en el 63: tendría nueve, o diez años. Desde entonces, parece, había empezado a decir que era su himno. Les hablé más de ella. A Jacinta, Vera le importó tanto como Hernández y Onetti. Mariano, en cambio, parecía tocado por una revelación y se puso a buscar motivos para haberla cruzado alguna vez: ¿No había estado ella en una fiesta de Polesello, en Belgrano? ¿No paró un tiempo en Zarpe’s, de Quintana y Parera? ¿No acampó en casa de Juan Lepes, en Buzios, en el verano del setenta y seis? ¿No era un poco más rubia? ¿De ojos algo más claros? ¿Parieta de Claudio Gabis? ¿Soda del YCO? ¿Ronca...? Insistía él.

—No Mariano: nunca le oíste la voz. Estoy casi seguro de que jamás la viste... —Dije yo.

Pero cuando dejamos Montevideo, íbamos callados hacia la chacrita y ya fue como si también él la hubiese conocido. Envueltos en el zumbido del motor, yo lo venía viendo manejar con los ojos perdidos en el asfalto del horizonte, y pensé que también él estaría acostumbrándose a pensar en Vera,

y calculé que desde aquella tarde de mediados de marzo, también Mariano tendría que ver con ella.

El jueves que aparecimos en Buenos Aires estaba a punto de acabar el otoño. No había mucho que hacer. En la oficina esperaban nuevas instrucciones. Toda la gente se sentía viviendo en una víspera, sin saber víspera de qué carajo era, yo estaba igual. Al día siguiente tuve la tarde libre y decidí comparecer en el estudio del viejo Ortiz. “Comparecer” es una palabra típica de los Ortiz.

—¡Que pase! —Mandó al oír mi voz preguntando por él a la empleada, una gordita. Pasé.

Lo vi parado frente a su mesa, sin saco. Tenía el chaleco abierto, las sienes despeinadas como siempre, los gemelos sueltos y los puños de la camisa, abiertos, aleteaban mientras sus manos distribuían un mazo de fotocopias sobre la mesa. Después de darme la mano, cerró el puño, golpeó una pila de carpetas con expedientes y dijo que preparaba una demanda contra el Estado, una cuestión de bancos.

Yo esperaba encontrarlo como antes, en su sillón, quejándose de los gobiernos, o dando breves indicaciones a los abogados que mantenían su estudio en funcionamiento, con la serena parsimonia del hombre que trabaja a distancia, rozando apenas las cosas con la puntita de los dedos. Pero ahora no. Explicaba, entusiasta:

—Tomé un caso contra el Banco Central. ¡Hacía quince años que no pisaba Tribunales!

Estaba entusiasmado. Quería saber dónde había pasado mi vacación. Entendí que era un recurso para ayudarme a justificar mi ausencia y entrar en el tema. Le mencioné la chacra y el crucero a Río Grande. Él pasó al tema: que la madre de Vera estaba medio loca, pero que el marido de la madre estaba peor, y que ni hablaban ni podían pensar en otra cosa y que como muchos, por tanto hablar y actuar en función de lo mismo, no terminaban de aceptarlo que había sucedido, ni terminaban de entenderlo. En cambio, ellos, dijo, sí entendían. El plural significó que Adolfo seguía viviendo con él. Habló algo más, pero pronto miró el reloj y me pidió que fuera la noche siguiente a comer con ellos: en el cuarto de Vera tenían una caja con cosas para mí, algunas encargadas por ella y otras que había elegido Adolfo la tarde que hicieron la limpieza con su amiga *Idische Zeitung*. Prometí que no faltaría, pero cuando dejé el estudio, pensé que entre esa tarde y el mediodía

del sábado encontraría alguna excusa, yo no quería ir. Y sin embargo, a medianoche, algo empezó a atraerme, y el sábado, durante el almuerzo del club, ya no pensé faltar. Los rozados por la muerte —creo— y los pacientes incurables, contraen un apego por la vida que termina contagiándose a quienes los tratan. En esos días de 1982, cuando toda la gente creía sólo en la certeza de sus recuerdos de vacaciones —fotografías, anécdotas— y sólo apostaba a sus planes para la temporada de invierno en la nieve, la repentina confianza en la justicia de un viejo profesor de derecho, y el entusiasmo por vivir del mismo padre a quien la hija única se le acababa de matar, me atraían como la fe en un Dios solitario e impalpable de un puñado de bárbaros, acabó embrollando a lo mejorcito del imperio hace ya tantos siglos.

Quienes heredan monumentos acaban fascinados por lo que se arrastra bajo las catacumbas de la ciudad. Los hombres preparados para esperar el poder son quienes más fácilmente caen en la ilusión de los poderes de la esperanza; siempre ha sido igual: abrazar una fe es traicionar una fidelidad que nos abraza sin conocerla. Pero ahora Vera representaba la fidelidad de la muerte: estaban todos sus gestos en mi memoria y ya no cambiarían más; ninguna de sus huellas cambiaría porque ya estaba muerta. Ir a Juncal aquella vez sería entrar en un mundo donde nada volvería a cambiar y donde nada nunca más me traicionaría. Por eso fui, como el hombre que vuelve a enredarse en un sueño porque ha fallado su reloj despertador y ya es muy tarde para llegar a la oficina.

Fui puntual: llegué a las siete. El sol terminaba de desaparecer. La voz de Martínez sonó en alguna membrana bajo la placa de bronce del portero eléctrico y el reflector del circuito de video que se habían hecho instalar los vecinos me iluminó la cara. Arrimé la boca al objetivo de la cámara, como para hablarle, y mandé un beso mudo con los labios. Después, en el espejo del ascensor, me miré sonreír y pensé que no era una buena forma de presentarme al empleado de la casa el día de una visita de pésame. Martínez era una especie de chofer, asistente y jefe de servicio en la casa del viejo Ortiz; debía enfrentarlo con seriedad: ensayé un par de muecas serionas frente al espejo antes de salir del ascensor en el décimo piso.

Pero Martínez me recibió sonriendo. No traía el saco blanco de los días de visita. Tenía zapatillas de tenis, un pantalón vaquero y una remera de algodón. Me apretaba la mano. Sin soltarme, me hizo pasar al living chico del piso bajo. Hasta ahí llegaba la voz del viejo, puteando por teléfono. Martínez abrió la heladerita del bar y me mostró dos latas. Elegí la amarilla: London Dry. Él la abrió, la sirvió en una copa de vidrio alta, y él mismo le agregó un chorrito

de gin consultando mi criterio con rápidas miradas. Después probé, le agradecí, y estuvimos juntos oyendo la voz del viejo que desde su salita volvía a putear al mayordomo de un campo lejano porque había vendido unas jaulas de vacas sin permiso. Después reía; al rato volvió a putear. Cuando Martínez me dejó le eché un vistazo a la parte visible del piso bajo; nada parecía haber cambiado en ese sector de la casa.

Al rato llegó el viejo. El problema había pasado en un campo de su ex mujer, que él seguía administrando. Me habló del gobierno: decía que un golpe llevaría a Liendo otra vez al poder. Varios grupos económicos montaban un plan para licuar el pasivo de ciertas empresas, pasándole sus deudas al Estado. Él apostaba a que su demanda se abriría a prueba en momentos de cambio de autoridades. Me insinuó la cifra que cobrarían entre los abogados y los imaginativos que proyectaron la demanda, y le dije que con eso podrían comprar tres canales y una planta de laminación de acero con maquinaria nueva; dijo que sí. Cambiamos de tema cuando sentí ruidos en el cielo raso. Pregunté por Adolfo. Era él: estaba arriba, escribiendo, y según Ortiz, había terminado un libro “estupendo”. Elogió un cuento, “La playa de los crotos”, diciendo que era lo mejor que había leído en español. Sentí que exageraba: él nunca se había interesado por los libros de Adolfo y ahora parecía estar desplazando su amor a Vera hacia la obra del sobrino; el libro era una serie de cuentos sobre enanos:

—Le habría gustado mucho a tu amiga —dijo. Se refería a Vera.

Sentí que el London Dry se volvía a hacer hielo en mi estómago. El viejo notó mi reacción, pero no le dio bola; contó en cambio que Martínez estaba preparando algo en la parrilla de la cocina y después empezó a quejarse del país:

—¡Ve lo que sucede! Mes pasado quedé sin dinero; tenía que esperar un giro y viene Martínez, se entera y me ofrece prestar: ¡Tenía dólares guardados desde antes...! ¡Ahora es rico! Esto logró José Alfredo Martínez de Hoz. ¿No es como el socialismo? ¡Ni Alfredo Ele Palacios lo habría podido conseguir!

Había vuelto a la costumbre de enunciar los nombres completos de las personas, para revelarlos mejor. Cuando volvió a elogiar al sobrino, dijo que “Adolfo B. Laiseca Ortiz” era un gran escritor.

—... Lo que quiere decir —agregó— que será un perfecto fracasado. ¡Lástima que la prima no viva para apreciar el éxito de su fracaso...!

Volvía otra vez al tema. Yo tomé un trago de Gin Tonic, vidrio molido.

—¿Qué tomás?

—London Dry —dije y amagué prepararle uno en él bar, pero me detuvo con una seña y dijo que tomaría “un vinito”.

Lo vi agacharse ágil en la bodega buscando una botella. Mientras la descorchaba, llegó Martínez para decimos que la mucama serviría la comida a las ocho y media. Después, acercándose para que el viejo no lo oyese, me dijo que arriba me esperaba Adolfo, para quemar un poco juntos.

Dejé al viejo con su copa de vino y subí al piso alto. La escalera, el pasillo, todo estaba igual. Subí pensando que Adolfo me esperaba para mostrarme su nuevo libro. Acerté.

—¡Loco...! —dijo cuando me abrazó. Después me pasó el libro y pidió que se lo leyese rápido porque tenía sólo dos copias. No habló de Vera.

—Fuiste —dijo— un buen escritor arruinado por el esnobismo del periodismo. Sé que nunca te gusté, por envidia o por celos, y pienso que ahora que ella se murió nos vamos a ver cada vez menos, pero ¡Mirá bien este libro, y no se lo mostrés a nadie! No quiero que se aviven los giles... Primero vamos a publicarlo, después, al año, les daré la clave...

La carpeta era una obra prolija de mecanografía. Tenía trescientas hojas oficio. Mientras lo hojeaba, él quería convencerme:

—Es un libro de cuentos... ¡Aparentemente! El primer cuento, sobre monos primitivos, desarrolla una teoría sobre el origen de la metáfora. El segundo, esa historia de la pelea de borrachos que te recordará a Bukowski, es, sin embargo, una alegoría cifrada sobre la caída del general Viola. El cuento que le gusta a mi tío, “La marea de los crotos”, es una versión invertida de Playa Grande antes de que la gente bien saltara al Uruguay. Como todo sucede al revés, los personajes sienten olor a podrido y exhalan aliento a bronceador, las olas parten desde la arena y se pierden en el horizonte del mar y todos son felices. El que trata sobre la guerra es una crítica del modelo utilitarista en economía y “La batalla Asintótica” es la versión bélica de la curva de costos decrecientes... ¡Vos lo sabrás entender mejor que otros! —Seguía hablando mientras armaba un cigarrillito. Miré el papel: la prosa era impecable, y abundaba en ese truco de Adolfo que yo había señalado en su novela: un uso anómalo de ciertos giros coloquiales, como si yo ahora escribiese que en ciertos párrafos, él “enchufaba” palabras de un léxico legítimo, pero inesperado en el contexto del relato. Ese uso irruptivo y exagerado del giro coloquial, distorsionaba toda alusión realista, creando un clima de alteración mayor que el que la improbabilidad de esos

componentes del lenguaje llevaría a pensar. Era —le dije, y sigo viéndolo así — como si en una guía telefónica enchufaran nombres de plantas y de caballos de carrera con sus correspondientes códigos grabados en números romanos. Me pasó el joint humeante. Pité dos veces. Me paré y forcé aire para empujar el humo bien al fondo de esos bronquios que, a causa de los pliegues naturales del tejido pulmonar, casi nunca se abren y permanecen vírgenes de polvo y de alquitrán de tabaco. Alguna vez me moriré por estas cosas, por fumar, por respirar sin método: ¡Y pensar que si uno emplease los pulmones con método solamente dos minutos por día, como hacen los yogas, y si uno no los escoñase con tanto tabaco y tanta atmósfera artificial, prolongaría su vida siete o diez años más...! Pero se obstina, uno, en vivir así. Lo comenté con Adolfo cuando me volvió a pasar su joint: uno se obstina en esta absurda dilapidación de la vida. ¿Por qué? —Le pregunté después.

No respondió. En cambio, me advirtió que el cuento que trataba de la búsqueda de nombres para un cuento, era una teoría moral sobre el recurso a la retórica para justificar la conservación de la vida. Explicó:

—Además es un texto modular: si lo lees salteando dos renglones por vez, se forma un cuento sobre otra pelea de borrachos. Si lees el segundo renglón y todos los renglones múltiplos de cinco, verás que es la visión de una corrida de toros narrada por un hombre que nunca antes había visto un toro, por ejemplo, un esquimal, o un nativo de Ghana. Si lees los últimos renglones de cada página de atrás hacia adelante, vas a descubrir una crítica a la obra de Jünger... —Esto último me extrañó.

Miré la pared. La foto de Jünger seguía allí, junto a las de Kafka y Joyce, enmarcadas por el decorador del viejo Ortiz. Más allá estaban las fotos de Evita, la de Perón, y las de Mao, Mussolini, Hitler y Oliveira Salazar. Había una foto nueva:

—¿Y ése? —indagué.

—Quessolovsky, un maestro. Es un tipo que vivió en Argentina y que fundó la nueva logia “Aillu”. Los masones intentaron echarlo, pero no lo lograron. Pronto se va a hablar mucho de él. Mucha gente de la Marina, de Tribunales y de grandes empresas está adhiriendo a sus Talleres...

El tipo era un moreno, de cara flaca perforada por dos ojitos insignificantes. No parecía polaco. Decía Adolfo:

—Vera pensaba que tenía algo demoníaco... Pero era su opinión... ¿No que lo demoníaco refleja lo humano porque es lo único que puede concebirlo? —me preguntó y, como no le respondí, insistió:— Estamos tan hechos a la idea de que la naturaleza refleja la presencia de Dios, que lo humano, lo

demasiado humano, por antinatural, debería reflejar al Demonio. Por ejemplo, el humanismo: ¿Resulta demoníaco...? ¿No? (Dije que sí con la cabeza) ¿Sabés cuál es el símbolo de los poderes del mal, para la nueva logia? —preguntó y dije que no, estirando hacia él la mano derecha para que me pasase la última pitada y cuando me devolvió el joint —un babeado tubito de papel casi vacío ahora— me dijo: —¡Un caballo atado: el símbolo de la explotación de la naturaleza que aterrorizó al inca...!

Miré en otra pared la foto de Vera. Era una toma de publicidad, de los tiempos en que posó como modelo. Impresa en blanco y negro, y ampliada hasta volver visibles los gránulos de plata del negativo, parecía la materia de un sueño. Miré varias veces sus ojos, que no se “movieron aunque ella me sostenía la mirada, sin parpadear cuando pité la última pitada larga, y siguió mirándome cuando forcé mucho aire a presión al mismo fondo de mi vida.

Era una yerba con poco olor, color rojizo. Producía un viaje intenso y cortito; en un instante mis piernas dejaron de pesar, y si pensaba en ellas, rapidísimo me convencía de que intentaban subir hacia adelante para componer una escuadra con mi vientre y sospeché que si dejaba que todas mis piernas subiesen y subiesen, igual mi cuerpo quedaría en el aire, sin flotar: apenas enganchado en el aire, como aguantado por un palo que hubiese atravesado mi garganta todo a lo ancho y sin lastimar. Colombiana era ella, la yerba.

Durante la comida, mientras probábamos unas facturas de jabalí que Martínez había traído del campo, Adolfo preguntó:

—Un jabalí que muere a mordiscones de perros cazadores: ¿Muere de muerte natural?

Un amigo del viejo Ortiz, que compartía la mesa y que al sentarnos había mirado a Adolfo con desconfianza, lanzó una veloz consulta a mis pupilas titilantes y dijo que no.

—¿Y un jabalí que muere asesinado por un virus que le come algo vital adentro? —(Adolfo hacía, con los enormes dedos, un simulacro de fagocitosis).

Nadie dijo ni que sí ni que no. Adolfo concluyó, mirando al amigo de su tío y sin dejar de fagocitar el aire con sus dedos:

—Si usted lo mira bien, la guerra es la única muerte natural para el hombre... —Hablamos de la guerra.

El señor había pasado unos días en Israel y eso había cambiado su opinión sobre el pueblo judío. Lo respetaba ahora. Adolfo dijo que Israel era un sueño pensado en alemán y en inglés, que no era una nación judía. Recordé la época en que a Vera se le había puesto en la cabeza irse a vivir a un kibbutz. El viejo Ortiz habló:

—¿Te recordás, Adolfo B., cuando a Vera se le había metido en la cabeza irse a Israel...?

Yo venía ya habituado a esto. El amigo del viejo Ortiz no. Miré su tenedor, suspendido en el aire. De sus pinchos, colgaba una rodaja verde de ají que se quedó temblando, indecisa. Ya estábamos comiendo el asado de Martínez, y en el tenedor del hombre, que era gerente de una firma de importación de armas, también había un fragmento de tomate mal ubicado que amenazaba caer. “Si el tomate cae sobre el jugo de la carne de Martínez, este pobre hombre va a salpicarse la corbata”, me dije. El viejo Ortiz seguía hablando del Kivuz (no sé cómo se escribe en castellano) y en efecto, el tomate cayó, pero fuera del plato, afeando el mantel, aunque sin salpicar. Adolfo, que no quería hablar más sobre quibuces, apuró a la mucama con la campanilla. Reclamaba la fruta, para tomar rápido el café parado en el barcito y subir a su cuarto a escribir.

El viejo Ortiz y su amigo también estaban apurados. Tenían una partida de póquer en el Centro Naval. Me invitaron. Dije que no: la noche del 22 de agosto de 1972 me juré que jamás volvería a pisar el palacio de Córdoba y Florida, y hasta hoy sigo cumpliendo mi promesa. Si la partida hubiera sido en el Jockey, los habría acompañado a perder unos pocos pesos oliendo la vieja boiserie y para que otros invitados me viesen como un socio más sentado con los viejos timberos y creyesen que también yo pertenezco a alguna familia de este país.

Antes de bajar al comedor, Adolfo me había llevado —casi flotando por el aire— al cuarto de ella. Me señaló una caja en la biblioteca. “Son tus cosas”, me dijo, y después explicó que allí estaban las cosas que Vera había dejado para mí, y otros recuerdos que habían separado pensando en mí la tarde que hicieron la limpieza con su amiga *Idische Zeitung*. No quise abrir la caja, estaba muy fumado. Miré el cuarto, sin más cambio que algunas cajas apiladas entre los libros. Vi intactos los potes de cosméticos y al mirar los pomitos, as botellas y las espátulas de su tualé pensé algo triste: “con el tiempo, las cremas, los perfumes y las pomadas se irán descomponiendo; sus

solventes se volatilizarán, y dentro de esos prismas y cilindros de vidrio, cerámica y cloruro de vinilo y estireno, quedará una materia inerte, descompuesta, inútil, que seguirá recordándola y descomponiéndose como una metáfora más ajustada a lo que por entonces ella será...”

Y después del café, cuando los viejos se despidieron y les aconsejé que les ganaran todo a los marinos, subí al cuarto y abrí mi caja. Había tres sobres, cada uno tenía un nombre en latín, escrito con la letra de Vera. Recuerdo dos: el “Amanita Muscaria” y el “Nidularia Pilaris Pampae”; adentro había hongos resecos.

. Había una carta, que decidí postergar para leerla en mi casa.

Había una agenda de 1973 —nuestro año mejor— y un frasco vacío de “Chambre”, de Lapidus, que conservaba algo de aquel olor que me sigue gustando en 1983, un año parecido.

Había un montón de fotos de Vera, algunas impresas con el sello de una agencia de Brasil, varios recortes de la campaña del Peyito en 1975 y una jeringa de oro que todavía funciona. No tenía aguja. En cambio, había un juego de alfileres de vudú, que ella había traído de Martinica, y una lapicera Parker viejísima, de bakelita imitando carey. Inexplicablemente, había una foto de Fernando Sánchez Sorondo subido a un escenario y mostrando orgulloso a la cámara el premio que alguien le daba por la campaña publicitaria de Mayonesa Adler; sería una broma de Laiseca. La caja olía bastante a cucumelos, y un poco a ese fragor animal que puede reconocerse tras las primeras impresiones de la esencia del “Chambre” de Lapidus.

En el fondo, había una fotocopia de un papel con membrete del estudio del viejo Ortiz con la última fórmula del jarabe de Vera. Adolfo vino al cuarto de Vera a explicármela.

—¡Es maravillosa! —dijo— Pero hay que usarla con cuidado. ¡Cuidado...! —Y se tiraba del párpado inferior deformando aun más su cara y volvía a repetir la palabra cuidado.

Dijo que no era fácil prepararla, pero que ella había dejado varios frascos.

—Ya los vas a probar —dijo después, trayendo un frasco y una copa. Bebió él del pico, después vertió un chorro en mi copita y recomendó:

—Acordate: te va a dar mucha sed y mucho hambre, pero no tomés nada ni comás. Si no... —hizo ademán de vomitar.

Mientras yo trataba de reconocer el olor del líquido de mi copita, aconsejé que tomara sólo la mitad. Obedecí.

Bebí un trago. Sentí en la boca un efecto parecido al de la acetona, algo áspero, ardiente y volátil que demoró mucho en bajar trazando una estela

amarga y mentolada a lo largo de su oscuro camino.

—Y acordate de no tomar agua. ¡Agua no! —repitió— ¡Y aguántate la sed...! —dijo después, al salir del cuarto de Vera llevándose su frasco.

La letra dé de la última palabra que le oí quedó zumbando en el aire. ¿Cuánto tiempo pasó? Seguía zumbando cuando me senté en el borde de la cama que había sido de Vera.

Hasta ahí llegaba el ruido de los pasos de Adolfo por el living. El zumbido se fue apagando, cubierto por la música que empezaba a sonar. Reconocí el tema griego de uno de los cassettes de Vera, y sentí, lejano, el ruido del enorme cuerpo de Adolfo cayendo sobre una cama, o sobre un sofá.

En el pasillo y en el cuarto vecino se habían apagado las luces. La música, grabada por ella cuando aún vivía, parecía llegar desde la nada que ahora copaba el lugar de la luz. Traté de recordar los temas que se sucedían a lo largo de la cinta. Recordé que esa banda terminaba con un resumen de “Tristán”, con el preludeo, algunas arias sueltas y la muerte de amor interpretada por la Nilsson. El marco de la puerta, que subrayaba el límite entre luz y oscuridad, era también el límite entre ese instante de la noche de un sábado cualquiera, y el día irrecuperable en el que ella había grabado la música. Y la cinta, pensé, es también una zona oscura que nos separa de los intérpretes, que a la vez nos separan de quienes compusieron esta música: el jarabe había empezado a actuar. La huella de sabor trazada bajo mi garganta se convirtió en una capa de barniz que seguía sin cortes hacia el centro del pecho. El sabor cambiaba: ya no era amargo y cada punto de amargor se iba convirtiendo en una ardiente manchita de dulzura. Comenzó en la lengua: estallaba un punto amargo y aparecía la salpicadura de algo helado, que después se convertía en una pincelada dulce. El cambio seguía extendiéndose hacia abajo, en la garganta, en el esófago, y más allá, en un sitio que bien podía ser el estómago. Lo que conducía los cambios era el efecto de la música sobre cada partícula de líquido adherida a mí. Traté de recordar el olor del jarabe. Estaba allí, se habían apagado las luces, había llegado música, Adolfo había dejado el cuarto, después me había advertido algo sobre el agua, después yo había bebido, poco después él sirvió mi copita y tomó un trago de la botella, finalmente, yo subí la escalera y los dos viejos se habían marchado a su partida de póquer; acabábamos de comer. Recordé varias veces la misma secuencia invertida y la música acompañaba mi recuerdo invirtiéndose también. Memorizaba, y se armaba una melodía opuesta, donde las notas

arrancaban lentamente y concluían con un silencio repentino, porque sonaban al revés, produciendo una melodía absurda que me divertía recomponer. Quise explicar a Adolfo esta experiencia y grité que era “algo impresionante”.

Se armó la frase. Salió aire, modularon mi garganta y la lengua, los labios y los dientes dieron color y forma a las sílabas, pero no me oí. La frase había volado sin sonar hacia un punto situado en la oscuridad del pasillo, y allí quedó aplastándose contra la cortina de música. Volví a gritar y volvió a suceder: ahora había dos frases detenidas en el mismo punto, bloqueadas, suspendidas.

Les falta fuerza, pensé, y me concentré sobre ese punto donde las frases se habían paralizado. Cuando el tema griego concluyó, se produjo un silencio que permitió que una frase saliera. Adolfo debió oírla, pero no respondió. Dejó el sofá, caminó por su cuarto, sentí la presión de su taco sobre la alfombra y el roce de la tela de sus pantalones frotándose consigo misma al caminar y sentí el aire que sus manazas batían al recorrer el cuarto y el sonido de su respiración. Cada ruido esperaba su turno para colarse entre las notas de la grabación —una cancioncita francesa— que arrancaban desde los baffles. Sentí el aliento de Adolfo acelerando y arremolinándose entre los huesos de su cara, tapizados de carne tibia. (Alguna vez habría que hacer un instrumento musical de carne tibia; nadie ha probado eso hasta hoy, pienso). Quise pararme, pero no lo conseguí. Deseaba pararme —me disponía a pararme—, ya la fuerza empujaba mi cabeza hacia arriba y yo me convencía de que podía pararme y me entregaba a pensar que podía pararme y la sensación de poder hacer algo me impedía hacerlo. ¿Para qué —creo que pensé— va uno a hacer lo que *ya sabe* que puede hacer? Uno sólo debe hacer las cosas que no puede, porque la experiencia del poder de lograr lo que se ignora si se puede hacer es una sensación más codiciable que la de repetir lo que se sabe que se puede. Aquella idea se había intercalado en mi voluntad y ahora, tratando de describirla, descubro que he conocido a mucha gente a quienes, durante toda la vida, les sucede lo mismo en casi todas las cosas. Veía mi mano: ¿Podría moverla? Sentía que podía moverla, verificaba que podía moverla y me quedaba en ese puro regodeo manual sin decidir moverla. ¡Qué droga de mierda! —pensé— y me arrepentí de haber malgastado la noche con ese jarabe. No podía calcular cuánto duraría su efecto.

Pero si la parálisis era el precio que debía pagar por la facultad de armar una melodía y recomponerla invertida a lo largo de veinte compases en el escueto intervalo que separa dos fusas, como volvía a hacer una y otra vez, la noche perdida, bien valía la pena.

La pena, dije, y aunque salió el aire y se movieron los labios mientras algo muscular vibró dentro de mí, la palabra pena no me sonó. La mano, dije, y el silencio de la palabra mano formó en el aire un hueco de dedos y uñas. Miré mis manos: se apoyaban sobre la manta de la cama que fue de Vera. La izquierda se dejaba recorrer por una multiplicada red de hilos de sangre; ésa era su manera de estar. La derecha se aplastaba sobre el tejido de la manta y su palma y la yema de los dedos traían el tacto de la lana. Sin desplazarse, la piel registraba el tejido como la vista que interpreta un paisaje. Sentía venir desde las yemas el olor de la lana. Sentía la tensión de las fibras retorcidas, la invasión de colores de las tinturas, la rigidez de los aprestos. Entre ellos, sentía el olor de un jabón conocido. Mi mano supo leer, y supo oler y percibir el gusto de las cosas. El tacto se había vuelto algo sucesivo, como el oído — oía la música— o como la vista cuando recorre un paisaje proyectando sobre el espacio esa ilusión de temporalidad que sólo puede aprenderse con el ejercicio de la audición. Pero mi mano ya no sabía moverse. Pero mi mano tampoco necesitaba moverse. Cuando se puede sentir íntegramente un tacto, no hay razones que justifiquen desplazarse para sentir otro tacto. Yo estaba vivo. ¿Podía respirar? Probé respirar: no respiraba. La experiencia de estar vivo, noté, es la experiencia del deseo de insistir en la vida metiéndole más aire. ¿Podría yo vivir sin desear vivir? No respiré. En ese instante dejé de oír. “Y ahora me muero”, sé que pensé. Pero no me morí: a mi cuerpo todavía llegaban las vibraciones de los sonidos bajos de la música. Era Wagner. Reconocí los tiempos fuertes de sus compases: ¿Qué me importaba ahora no oír, si sobre ellos podía rearmar la melodía? Para cada compás recordaba el armazón de su armonía y al mismo tiempo podía imaginar otras combinaciones. De las doscientas cuarenta mil y pico de armonías posibles para un compás de seis, no menos de tres mil son legítimas; de ellas, unas cien podrán ser justificadamente wagnerianas y cincuenta son plausibles para un fragmento de Tristán. Sin embargo, Wagner había elegido una. ¿Por qué? ¿Qué es Wagner? Wagner, pienso ahora, es convencer al mundo de que sólo esa combinación es la que corresponde para cada compás wagneriano. La noche de aquel sábado no lo pensé así. Me sucedía lo mismo con la luz: las paredes estaban iluminadas; recibían luz. Yo estaba iluminado, recibía por arriba la luz de la pantalla colgante y por atrás la del pequeño velador; una luz más fría. Sin embargo el aire no estaba iluminado. El aire, oscuro, creaba con su propia oscuridad la posibilidad de la transparencia que me dejaba ver la luz. ¿Así que la luz sólo alumbró las cosas que se resisten a su paso y nunca alumbró lo que se deja recorrer, es decir, a lo que le permite ser...? Estoy

loco, pensé, me vuelvo loco y gracias a la locura llego a entender la verdad de la luz. En ese instante dejé de ver.

Seguía viniéndome desde la lámpara algo zumbante y tibio que rozaba las paredes, rebotaba desde ellas y me envolvía. Otro veía la luz, pero yo era una pantalla donde la radiación, que sería luz para otros, era sólo una vacilación de la materia. Sin oír ni ver, sentía cómo el sonido de la música se intercalaba con la luz invariable de las lámparas, produciendo algo que en ese momento hubiera querido comprender. En este momento también quisiera comprender. Y aquella vez, sin ver ni oír, sentí que estaba muriendo. “¡Qué boludo que soy...! ¡Me envenenaron!” —Pensé: “Adolfo siempre me sintió celos: me odia, y ahora ha decidido envenenarme. Es un loco. Debo escapar”.

Quise salir, correr, perderme. Pero no me podía mover; cerré los ojos.

Como el número máximo que uno alcanzaría a pensar puede ser multiplicado por tres, o por cinco, al cerrar los párpados encontré más oscuridad, el triple, el séxtuplo. Esa sería mi última obra antes de morir envenenado por el hijo de mil putas de Adolfo: la oscuridad. “Antes de morir, esculpiré una piedra con esta oscuridad” —me prometí.

Quien talla a Apollo, no talla la figura de Apollo, sino las infinitas palabras que describen los efectos de cada rasgo de la imagen de Apollo. La escultura es la más literaria de las artes, más que la música, más que el cine. La pintura no es literaria, pensé, y si yo debo tallar una joya con toda esta oscuridad, será mi obra final, estará dedicada a ella, a Vera, se llamará “la piedra de la oscuridad de la muerte” y alguna vez la exhibirán en las vidrieras de Tiffany’s y el mundo admirará la obra maestra de un pelotudo que se ha dejado envenenar por otro loco parecido.

Iba a tallar pero llegó la sed. Fue un latigazo de algo ardiente que corrió desde la lengua a lo largo del tubo por donde antes había bajado el veneno. La materia latente y rosa que hasta ese momento había sido yo, comenzaba a quemarse. Pude seguir la combustión de algunas células: se contraían, su presión interior empezaba a aumentar y por eso estallaba el líquido viscoso de sus núcleos, que terminaba disolviéndose para mezclarse promiscuamente con los líquidos viscosos de las células vecinas antes de arder. Cada estallido

duraba menos que una semifusa, el lapso de un mordiente o de algún otro adorno que se estaría produciendo contra las notas altas de la música que ya no alcanzaba a oír. Debía beber, para apagar el fuego epitelial, pero no pude pararme. Había desaparecido mi cuerpo. Quedaba esto: los labios, un fuelle de carne atrás, quemándose, y abajo un tubito rosado que se iba haciendo negro. El resto de mi cuerpo había caído en el fondo de un frasco donde pronto alguien lo disolvería para destilar un veneno más puro que mataría a alguien mayor que yo, pero tan boludo como yo, que me había dejado envenenar. ¡Qué papelón! Necesitaba morir y acabar con la sed, pero también necesitaba disponer de los instantes de vida que me quedaban para crear algo importante, aunque jamás llegasen a exhibirlo en Tiffany's. Podía, por ejemplo, compilar una lista de todos los nombres de la muerte; pensé la palabra "Samadi".

La pensé, pero no oí su sonido. Pensarla, sin leer sus letras ni oír su sonido, se me ocurrió una obra equivalente a encontrar el verdadero nombre de la muerte. Fabriqué una rayita. Sustituí: Samadi fue una rayita fluorescente contra el fondo de la oscuridad que debió ser mi obra. No moriría mientras pudiese recrear esta marquita que ya era el signo de Samadi.

Tal vez la gente no se muera nunca. Quizás al morir le llega el nombre de la muerte y mientras sigue rebotando la idea de la muerte contra el signo y la noción de la muerte, la vida continúa en suspenso.

Sin oír, sin respirar ni latir, el tiempo deja de sucederse, y yo estaba ahí convenciéndome de que la vida de los hombres se detiene contra un instante mientras procuran un nombre para llamar al estado de ese instante. No hay muerte, no se mueren —pensé—, todos quedan colgados sobre ese instante que precede a la escritura de la muerte, y yo no moriré mientras pueda trazar estas rayitas contra la oscuridad, o marcar con puntitos de sombra cualquier pantalla iluminada o la conciencia. No estoy muerto, me dije. No pensé "muerto", pensé en la rayita que yo mismo había creado contra la oscuridad y pensé en lo que ya no era yo: alguna sed que ya no sentía ni era dolor. No hay más dolor que pueda doler contra el fondo de la muerte. ¿Habría muerto así ella, Vera? Ahora pienso que también ella debió haberse preguntado algo parecido antes de morir.

Pero la muerte fue brevísima. Primero estalló luz a mi izquierda; tuve la luz y tuve izquierda. Sentí un dolor bajo la mano: tuve mano. No veía, no podía abrir ni cerrar los ojos, pero sentía las luces adentro. Un aleteo blancuzco en el lugar donde antes había estado mi corazón indicó que pronto algo volvería a latir. Latió. Al tubo interno, quemado por la sed, comenzaba a llegar sangre húmeda. Pensé en el tubo y su materia arrasada por la sed chupando líquidos desde la sangre. Me vi los capilares, cuyas paredes, supe, son células únicas envueltas sobre sí mismas como microscópicos diplomatas de biólogo. Llegaba líquido por los cañitos, llegaban despertares a cada célula, y cada célula reflejaba una corriente ya dispuesta a zarpar por los blanquísimos nervios. Despertaba la vida. Llamé a eso “mis señalcitas de fervor”, un hervor español, ancestral, que enviaba burbujitas magnéticas a las fibras nerviosas que se agrupaban con otras para llevar más burbujitas al lugar donde algo le aplicaba la palabra “placer” a los efectos de esa correntada. (Hay en algún lugar de mi cerebro unas regiones que despiertan cuando cada célula avisa que comienza la vida, y ofuscando por un instante la constancia del dolor, y hundiendo la verdad de la vida en un sueño brevísimo, ese lugar ficticio de mi alma registra el placer como si existiera).

Llegó el sonido. Sentí las sílabas que alemanaba la Nilsson y sentí las palabras: tuve palabras. ¿Me habría reencarnado? Sentí sonar dentro de mí la palabra tan española “encarnación”. Si lo sentía en español, entonces yo era el mismo, yo no era una reencarnación ni un sueño. Pronto vi la luz, llegó la luz, reconocí el cuarto de Vera —el mismo cuarto— y yo era el mismo, y sentí mi misma mano, el tacto mismo de la manta de Vera seguía siendo el mismo y dije Vera, Adolfo, Leonor, Querida, Música, y por esas poquísimas verifiqué que tenía todas las palabras. Volvían las palabras, volvía el orden y las secuencias, y por las ideas de orden y de secuencia que sólo pueden producir las palabras me había llegado el tiempo. Estaba vivo. Y no sentía la sed.

Me pareció que estaba conociendo el placer.

Alguna vez imaginé que yo era algo compuesto por una sustancia similar al queso. Carne blanda, amarilla, uniforme. Yo me creí, a veces, un sólido que podía reconocerse como algo muy cercano al líquido, virtual. Cuando pude moverme, mi cuerpo no era sólido ni líquido, era placer, sólo placer. Reconocí mi ropa, colgante, tibia. Algo latía agitado abajo. Me puse el pulgar

dentro de la boca. El dedo era muy grande, la lengua, húmeda y caliente, me pareció demasiado chica. Alguna vez tendría que ser bebé, tener una gran lengua y todo el cuerpo ínfimo volviéndose una lengua al esconder un dedo dentro de la boca. Mordí mi dedo: no había dolor. Los zapatos no me apretaban, las medias no raspaban la piel, la cintura sentía sin dolor la leve presión del cinturón. Y pensar —pensé— que viví toda mi vida con cintura apretada, medias raspando, zapatos oprimiendo... La vida es una constante de dolor abolida por la costumbre. Entonces, sin dolor, yo era como una gran ciudad vacía de gente, donde el cielo podía chorrear todo su azul en el interior de las casas desmanteladas. Me acaricié el dorso de la mano izquierda. La piel recorrida, sin huellas de dolor, enviaba por el brazo una larga onda de placer, que trazaba una espiral en mi pecho antes de atravesar mi boca para estallar dentro de mi cabeza. Si tocase así mi vientre o mi pecho, pensé, tendría una erección simultánea a una eyaculación intensa y extendida todo a lo largo de la duración de esa caricia irrisoria, pero suficiente.

En ese momento, la voz de la Nilsson se apagaba. “Hochste Lust”. Habían pasado 45 minutos, una cinta completa. Vi la copita sobre la cómoda que había sido de Vera. Flotaba ahí la mitad del jarabe. Quise beber, pero temí que volviese la sed, la quemadura. Temí a eso más que a la muerte, más que la misma palabra muerte con esa erre aflorando en el medio como un diente amenazador, y más que a la afantasmada sensación de la muerte. En ese instante sentí la proximidad de una mujer en el marco de la puerta. La luz se interrumpió contra su forma y se quedó vibrando un instante. Era ella: Vera.

Vi sus sandalias sin tacos. Aparecían los grandes pies nervudos y blancos como siempre. Los pantalones holgados de tela cruda de Bahía le colgaban de un cinturón de cáñamo, o de hilo trenzado. Arriba, un pulóver verdoso de cuello alto terminaba envolviéndole el cuello. Una pulserita de hilo, parecida a su cinturón, marcaba el nacimiento de la mano derecha. Anillos de esa misma fibra rodeaban los dedos que se movían saludando. La boca grande, sin pintura, se abrió más al sonreír. Vi los dientes brutales de siempre y sus encías, rojísimas como antes. Cerca de ahí cruzó muy rápida la lengua, marcando su paso con una espuma de saliva como globitos de cristal a punto de reventar. Los labios anchos, la nariz grande de piel finísima increíble, y los ojos enormes que siempre sabían crecer un poco más, y también esa noche crecieron al mirarme antes de hablar, destacando sobre las semiesferas

blancas los casquillos verdes de aquel color alga o camalote que sólo en sus raros iris se podía ver.

Reventaban pelotas de saliva entre sus dientes, salía más risa de su boca, salían ecos de risa desde los fondos de su nariz (¿por qué todavía nadie inventó instrumentos musicales de carne...?) y en el aire vibraban los sacudones de su pecho al reír, mientras las tetas chatas pero elásticas como antes, se balanceaban bajo el yerse con el oleaje de su risa o impulsadas por el movimiento de sus pasos cuando avanzó hacia mí. Era ella. Sonó su misma voz. Decía:

—¡Qué trip...! ¿Eh? ¡Loco...! ¿Qué tal...? ¿Eh? ¡Flor de trip! ¿Eh...? — Escuché.

Quise pararme, pero ella se había instalado frente a mí y apretaba una mano sobre mi cabeza:

—¡No te movás...! —Mandó.

En un inédito de León Acevedo, que atesora Piglia, el narrador del cuento inconcluso establece que la ironía es la última expresión del horror. No lo sé. No sentí horror, tal como no sentía ya dolor: todas las vías de conducción del dolor y del miedo estaban intoxicadas, atoradas por el placer y por algo que se parecía al lenguaje, y que quizá fuese sólo un reverbero de inteligencia actuando en conexión con los restos de inteligencia que el tiempo fue depositando sobre las formas de la lengua.

La ironía me reveló el horror cuando le hablé mientras seguía teniéndome la cabeza para impedir que me parase y la abrazara:

—¿No estabas muerta vos, che...? —Oí mi voz; oí después su risa: era ella. Habló:

—¡No te movás! —Volvía a mandar, mirándome desde arriba, y después agrandó más la bárbara sonrisa y sacudió un poco la cabeza cuando su voz me preguntó: —¿Te parezco muerta?

—No... Igual que antes... Nunca me pareciste demasiado viva. — Contesté. Aumentaba el placer: volvía el juego de enredarla con frases y someterla con mis frases a ella. (Durante años, ella volvía llena de ideas ajenas. Las repetía, trataba de convencerme. Hubo un gurú o dos, estuvo la

época del delirante doctor Fontana, después vino una época de justicia durante la cual todo debía medirse según sus servicios a la causa del bien, y en el medio le vi etapas nietzschianas, freudianas, y siempre sucedía lo mismo. Después aprendí que ella no regresaba con sus ideas para neutralizar las mías, sino para volver a sentir que podía subordinarlas, si no: ¿Para qué volvía a hablarme? ¿O a verme? ¿Para qué volvía?

Podría haber muerto, podría ser una alucinación, qué me importaba: la veía allí conmigo, y volvía a suceder lo mismo: casi le había ganado, con una sola frase. Sus manos acariciaban mi cabeza, mientras sus ojos empezaban a mirarme con la antigua rabia de haber vuelto a perder. Habló:

—Tomé otro poco. ¡Vas a ver...! —Parecía una promesa.

Muerta o soñada era ella: volvía a su juego de inducir a los otros a una intoxicación. Cuando un cuerpo se habitúa a someter a los demás por su presencia, su altura, y por la mirada y los signos de poder que una escuela graba sobre sus movimientos, ya no puede soportar el fracaso. Ella solía caer bajo la seducción de algunas frases y efectos aparentes de las personas. (Así perdió conmigo, así había sucumbido alguna vez a la voz de Cedrón, a los variados entusiasmos de Ure y a las palabras de Carlino y de Huarley). Conducirlos a la intoxicación hasta reducir su conciencia era su venganza. Muerta y alucinada, o inexplicablemente viva, había vuelto a perder y me volvía a invitar con su jarabe para lograr una compensación. Por eso tomé de un trago la copita que me acercó a la boca.

Temí que volviera la sed. El sabor esta vez fue distinto: lo evanescente, esa sensación de una menta amarguísima corriendo por la boca y bajando tras la garganta, se parecía ahora al placer. Había terminado la música, pero yo podía componer la música que sugería su cuerpo mientras recorría la habitación moviendo cortinas, ordenando objetos, cerrando y abriendo cajones, alzando un pie hasta tocarse el muslo con el talón para soltar la hebilla de una sandalia y repitiendo el mismo gesto sobre la otra mitad del cuerpo; todo se volvía música y se mezclaba con otros ruidos que el mismo movimiento, que era música, difundía por el cuarto: el pelo sacudiéndose, la carrera de los cierres del pantalón, la tela del pantalón al caer sobre la alfombra, los dedos al soltar algún elástico que restalló sobre su piel. Cada nota se integraba a la música que una parte de mí veía en sus movimientos, mientras la otra temía que volviese la sed y decía “sed”. La palabra “sed” cruzó el cuarto como una corriente de aire muy seco y terminó de rodearla cuando se sentó. Con esfuerzo, giré la cabeza para mirarla: temía a la sed, pero no sentía sed, aunque las piernas y las caderas desnudas me despertaron

un deseo de Vera parecido a la sed. Nunca había sentido algo así por una mujer, ni por un cuerpo. Esto es la sed, pensé, y me convencí de que había alucinado su presencia para vaciar la copa que ahora veía sobre el tocador, y pensé que la segunda dosis del jarabe de Adolfo terminaría de matarme. Soy un imbécil —pensé— ahora sí terminé de envenenarme. ¡Soy un bolado! Escuché:

—¡Boludo! —era su voz volviendo a sonar a cada lado de mis orejas—. ¡Boludo! Te cagaste: Te fuiste al campo y no pudiste venir... Una tendría que hacerse la muerta cada tanto para saber con quiénes puede contar y quiénes son los cagones y los boludos que la rodean...

Una vez más, su voz me convencía. Volví a mirarla. Se había cruzado de piernas sobre la manta. Arriba el pelo, los dos ojos tan verdes, la misma piel, la boca misma, el cuerpo envuelto en el pulovercito verde y la piel hacia abajo desnuda, idéntica: no había muerto. Debió haber sido una conjura del viejo Ortiz para quitarle los campos a la madre loca —no era mala idea—, o quizá para ocultar algún negocio raro en una de las empresas que el viejo había hecho figurar a su nombre. Si era una trampa, todo habría sido tabulación de Adolfo: no le importaban los campos ni el dinero, sino la gracia de ver realizada alguna de sus ideas fantásticas.

Sentí otra forma de placer: la de Adolfo y el viejo creando una burla para apoderarse del dinero de otros, o de las creencias de los otros, y gozarlos, con la distancia que concede la muerte.

Pero yo era un testigo. Pude hablar: —¿Por qué te quedaste? —pregunté.

—No me quedé... Estoy de paso... El lunes vuelvo a irme...

—¿Adonde?

—Ni soñés con saber... Seguro que vas a andar diciendo que me viste... Pero no te lo van a creer... ¡Si todos me vieron el cadáver...! Hay actas de la cremación... ¡Nadie te lo va a creer!

—¿Y tu viejo? ¿Y Adolfo...?

—Ellos son los que más me necesitan muerta... ¿Entendés? —Reía. La risa agitaba la cama con ondas que primero movían sus rodillas, se repetían después bajo el yerse amplificadoras en sus pechos, corrían por su cuello y la cabeza, mientras una onda más larga atravesaba la cama y me alcanzaba el cuerpo provocando un movimiento afirmativo de mi cabeza. Confirmé que Vera estaba viva y envidié a Adolfo: alguna vez —me prometí— yo también intentaría algo parecido.

Me acerqué a ella. Dejé caer mis zapatos y me tendí a su lado. El mundo empezaba a moverse. Necesité cerrar los ojos y encoger las piernas. Sentí que caía. Sentí su cuerpo cerca de mí y sentí que caíamos juntos. La tierra giraba de oeste a este con ritmo de reloj alrededor de un punto cercano situado debajo de nosotros. Más rápidamente, el mundo se lanzaba hacia el noreste recorriendo una curva de centro muy lejano, en el sol, también debajo nuestro, pero más lejos. Y además caíamos: el mundo, ella y yo, la tierra y hasta el sol lejano, todos caíamos atraídos hacia un pozo que quizá no tendría fondo. Calculé que doce horas más tarde ya no sentiría a esa marcha como una caída sino como un ascenso. ¿Duraría el jarabe hasta que el sol estuviese sobre nosotros y nosotros dos, la casa, Buenos Aires, el mundo y el mismo sol, siguiésemos cayendo hacia ese punto situado en una altura muy lejana?

—¿Cuánto dura esto? —Quise saber.

—Seis horas. Ocho, con suerte, dijo ella, y apoyó sus dedos húmedos en el pabellón de mi oreja, la oreja se ablandó, como si la saliva que traían sus dedos fuera capaz de disolver mi carne. Quise tocarla. Llevé una mano hasta sus piernas; no estaban frías. Recorrí la línea marcada por un muslo tenso y alcancé el vello de su pubis. Busqué la concha; una zona más tibia, casi mojada. Traje los dedos a mi boca. El tacto duro de los dientes me molestó. Rocé el índice y rocé el mayor con la lengua y los dientes y me llené de su sabor, después me hundí el pulgar hasta el fondo y chupé. La lengua parecía pequeña, el dedo demasiado grande, y los dientes ajenos como piedras caídas en la boca. Seguíamos girando, girando y cayendo sobre otra piedra.

—¡Caemos! —dije, y mi voz sonó grave y los sonidos de la palabra caemos se formaron despacio, como si blandas membranas o anchísimos telones de un teatro los produjesen trabajosamente.

Ella no contestó, volvió a moverse. Llegaron ondas por la superficie de la cama. Y mi dedo seguía pareciendo enorme dentro de mi boca. Alguna vez el mismo dedo había sido pequeño, y al rodearlo la lengua, formaba una materia idéntica: la lengua, los labios y toda la piel que era de una sustancia semejante se continuaba para terminar en mi dedo blando. Recordé: la mano recorría la superficie de mi cuerpo como una boca móvil. Bastaba besar con ella los ojos mojados, para crear un relámpago que iluminaba el mundo, es decir, yo. El gusto de mis dedos era entonces idéntico al gusto de mi boca y al olor y a los gustos de todo lo que entraba y salía de mí por la nariz, por la boca y eran mis líquidos, mi pis mezclado con la materia blanda que me salía de atrás para disolverse en mi líquido y volver a recorrerme por la nariz y por la boca.

Alguna vez la mano fue un labio y una lengua que me tocaba. Bajaba por el pecho —entre el pecho las piernas que se cerraban sobre mí—, y tocaba entre las piernas otras bocas y lenguas y los dedos eran labios tocando más labios y más lenguas, y la palma de la mano era una otra lengua que chupaba mi vientre acariciándolo o se cerraba rodeando el tubo que le latía en el centro. Recordé o imaginé el encuentro de la palma con aquel tubo: la palma era una lengua mojada recorriendo mi vientre. Rozaba el tubo, sentía su latido, y se cerraba sobre él para acariciarlo reconociendo los cordoncitos de sus venas hinchadas y los cordones más duros de las arterias que latían, y apretándolos, sentía el paso de la sangre que entraba en mí tras cada golpe de ese pulso, que iba extendiéndose a todo el cuerpo. ¿Imaginaba o recordaba? Cada vez que ella se movía arreglándose el pelo y me alcanzaba la onda de su movimiento y recorría mi cuerpo tendido, dudaba si se movía ella o mi alucinación, y no podía definir si recordaba o imaginaba esos encuentros de mi mano con el tubo que latía. Parecía un recuerdo: dejaba que la mano se cerrase cada vez más, y apretando, volvía más suaves las oleadas de sangre que entraba en mí. Ráfagas de sangre se debilitaban, el cuerpo sentía sólo el entumecimiento de esperarlas y recibía apenas una corriente mortecina. Sólo eso sentía el pecho: necesidad de respirar. Respiraba; pasaban líquidos por la nariz, bajaban, me invadían, pero la sed de respirar crecía y la mano seguía crispándose sobre las venas y el entumecimiento se volvía dolor hasta que soltaba, y sentía latir de nuevo las arterias y las venas en la piel de la mano, que era lengua mojada, y ya podía soltar el líquido de mis pulmones y exhalarlo y la vida volvía a entrar por un rato a mi vida. Entonces, la palma lamía —acariciaba— otra vez mi piel (puro labio mojado) y después volvía a meter algún dedo en la boca, y reencontraba el placer uniforme: placer, calor, mi olor, mi gusto recorriéndome, entrándome, saliendo: un placer uniforme, insoportable.

—¡Yo no quiero un placer uniforme Vera! —grité.

Ella se cubrió la cara con su mano. Sentí olor a cosméticos y dejé de respirar, para evocar aquel olor que antes me invadía, mezclándose con mi sabor. Volví a evocarlo. ¿O a imaginarlo? Volví a recordar o a imaginar la mano apretando el tubo que latía. Encontrarlo en mi palma, latiendo, era como encontrar la pija, pero el placer de reencontrar el tubo clavado en mi vientre, latiendo por mi pulso, era mayor al que jamás pude sentir tocando mi pija o cualquier otra pija, por deseada que fuese. Apretaba: me ahogaba. Respiraba inútilmente mi líquido, y todo el placer se convertía en dolor y

desesperación. Después soltaba. El placer uniforme necesitaba interrumpirse para saberse placer y para tener formas.

—¿Entendés? —grité, y Vera empezó a frotarme la oreja con su crema. No había entendido: quería explicarle, pero hablar era escribir el aire con los telones de mi garganta, un trabajo penoso, sin esperanza. Era más fácil pensar que ella había entendido y que sus dedos en mi cara y el cuello confirmaban que entendía. Pude hablar:

—Es una mierda Vera, la vida —dije.

La superficie de la cama reflejó un movimiento afirmativo de su cabeza. Su mano se retiraba de mi cara y estaba soltando mi cinturón. Los nudillos rozaron el centro de mi abdomen, justo el lugar, pero ya no había tubo: esto era yo, incompleto. Ayudé con mis piernas, cayó mi pantalón fuera de la cama y cuando terminé de desnudarme sentí frío. Abrí los ojos por un instante para cobijarme bajo la manta tibia y apretarme contra su cuerpo, también tibio. El color de su pelo siguió invadiéndome la vista por un largo rato. Los dedos de nuestros pies se entrelazaron. Dije dedos y llevé mis dos pulgares a la boca; ella rió. Sus manos me acariciaban los brazos y las sienes, y después bajaron hasta mis bolas, y volvieron a subir, húmedas de crema, al centro de mi vientre. No estaba el tubo allí: estaba el ombligo: una cicatriz ahuecada. Bajé mi derecha mojada hasta el lugar, rocé sus dedos y la ausencia del tubo se anunció por una sensación de frío. Mi palma se cerró alrededor de la pija, ya tensa. Podía frotarla, o acariciarla —más placer— o sacudirla. Apreté. Sentí su pelo raspando mi pecho y enredado en el vello de mi pecho. Sus labios me besaban el ombligo —un lugar vacío— y una mano trataba de que mi derecha soltase mi pija. Tomé un mechón de su pelo cuando empezó a lamerme la cabeza y a apretarla contra mi cuerpo. Su lengua me recorría la pija y terminaba rozando la región del ombligo, y hacía algo con las manos empujando mis bolas hacia adelante cuando empezaba a salir leche y ella la dejaba manar sobre mi vientre y la tomaba de allí. “Gatita”, dije y abrí los ojos. No había más luz. Su cara vino hasta mi cara y desde el rollito que había hecho con su lengua llegaba una mezcla de saliva y de leche que nos fuimos pasando de boca a boca, al mismo ritmo que mi mano imprimía a la pija para simular que lamía su concha con una lengua alargada y blanda. Tragué nuestra saliva con mi leche cuando se montó sobre mí. Ella también tragaba: la vagina empezaba a moverse chupando. Le abracé la cintura y con la mano empapada de saliva empecé a acariciar su culo. Ella me alcanzó un pote de crema que olía a una esencia floral, y pensé en rosas, y fui metiendo crema con mis yemas a través del ano que pareció transformarse en una flor y en el

fondo de sus pétalos, mis dedos reconocían el movimiento de mi pija, que terminaba de endurecerse dentro de su cuerpo, mientras yo la acariciaba a través de una pared elástica de algo que podía ser carne, o su piel, o mi piel. Ella jadeaba sobre mí y me inundaba el cuello y la cara con su pelo; su concha me apretaba cada vez más, y yo seguía agregando crema con los dedos y mi mano esperaba que volviese a salir convertida en una jalea tibia que chorreaba hacia mis bolas y hasta mis piernas, untuosa, perfumada. Ella apretaba más, levantaba más su cabeza, reclamaba mis dientes en los pezones, y yo sentía su pijita enana frotándose contra los pelos de mi pubis, y por momentos pasaba una mano hacia adelante para mojarla también a ella y creo que le pedí leche de sus tetas, pero estaban resacas y sólo sabían devolver mi saliva y algunos estremecimientos del placer del dolor de la presión de mis dientes, y creo que pedí varias veces más leche, y que busqué más crema y todo lo que manaba de su culo, para frotarle el vientre, y las tetas, y empaparme las tetas y la cara y empecé a comerla —gusto a flores y a caca y a esencia de perfumes— y la estaba tragando, untuosa, cuando ella acabó, y su vagina se ablandó, y de repente sentí el aire frío del cuarto rodeándome la pija dura porque ella se separó para ponerme la concha contra la cara, y yo besaba su pijita enana mientras la caca —una materia tibia— corría por mi cara, y se mezclaba con su pis, y mi boca volvió a besar eso chupando, sin control, y mi lengua y mis labios se empecinaban tan automáticos como los órganos que mandaban más líquido a mi pija. Retuve un tiempo la eyaculación, como ella retenía su pis para darlo de a poco con sus líquidos, mientras sus dedos trabajaban dentro de mi cuerpo acariciándome. Cuando el flujo de mi próstata empezó a confundirse con mi leche en el fondo de su garganta, sentí el final y me dejé acabar viendo cómo su mano bajaba hasta mis labios para oprimirse el clítoris contra mis dientes, y su voz aulló lejana porque manaba de mí leche y más placer en el instante en que contra mi cuello reventaba una masa de calor: su mierda, su amor interminable, un ruido: la música del fondo de su cuerpo. En ese momento me volví a dormir.

Soñé que un gobierno anterior encomendaba a Adolfito Laiseca el desarrollo de una nueva raza de humanos. Él dirigía la experiencia: todo ocurría en 1962 pero era el mismo Adolfo cuarentón de 1982. El gobierno lo había convocado desde el ayer. Son cosas que pasan en los sueños. Laiseca trabajaba con una élite de adolescentes a quienes suprimía los órganos de los sentidos: anulaba los globos de los ojos, las vías aferentes del tacto, y los

huesecillos del oído medio. Con el resto, elaboraba órganos especializados para el registro del placer. Después caía el gobierno, y yo veía los anteojos del presidente Frondizi que parían una lágrima y veía a Adolfo, que lloraba copiosamente a la par de sus engendros pues como habían cambiado los planes para el país, ya no cumpliría ninguna función y habían estado a punto de ser eliminados, aunque los militares por fin se apiadaban de ellos y los hacían internar en un cotolengo.

Después soñé con algunos recuerdos de veranos pasados con Vera.

Vera/verano: eran sueños bastante obvios.

Desperté sobre la alfombra. Era de noche aún, y por una hendidura de la persiana pude ver dos estrellas. Llegaba ruido y vapor desde el baño. Llegó ella, envuelta en un toallón, con el pelo empapado.

—Te voy a bañar, Nene —me dijo.

Había llenado la bañera para mí. Me sumergí en el agua con los ojos cerrados; encogiéndome las piernas casi podía flotar. Floté dejando correr el agua mientras ella me apuntaba con una corriente de aire caliente de secador de pelo. Para despertarme abrió la canilla de agua fría —salió helada— y eso me despertó ganas de mear. Mi pijita, reducida al tamaño de un canapé de caviar, flotaba como queriendo irse hacia lo alto. Le dije a Vera que haría pis:

—Pisho, Vera... —Anuncié.

Y ella se inclinó para espiar cómo alrededor de la cabeza semisumergida del pitín iba creciendo una aureola de agua amarilla. Después se agachó más, besó mi agua, y verla en medio del vapor me calentó y se me empezó a parar.

Seguía secándose el pelo. Ahora estaba desnuda; un pañuelo de motivos hindúes que le envolvía el cuello era su única prenda. Estuve mirándola un buen rato desde allí, y paladeaba el raro gusto que había tomado el agua. Después me di una ducha fría que terminó de despertarme, ella me prestó un toallón y me señaló la cama. Había cambiado las sábanas, el cuarto estaba en orden. De una sillita colgaban mis pantalones. Volví a atacar: —¡Hasta después de muerta seguís siendo eficaz...!

Y ella desde la puerta del baño me miró con odio. Seguía secándose. De a ratos me miraba, fruncía los labios, y me miraba con rabia. Sentí rabia. Tenía hambre y sentía rabia. Ganas de golpearla. Con un cinturón. O con una soga. Si hubiera estado seguro de que ella seguiría odiándome, siempre la habría castigado así: con una soga, o con un palo. Pero sospecho de esas miradas de odio que no bien despiertan el odio del otro y justifican un castigo violento

con un rebenque, o Con un fierro, se vuelven un gesto de ternura, de piedad o de amor que ubica a quien golpea en un papel repentinamente ridículo, como si por efectos de esa nueva mirada despertase de un mal sueño. ¿Cortarle una teta? Si hubiera sido una alucinación le habría cortado con sumo placer una teta. Habría usado la navaja de un peluquero para trazar una semicircunferencia por los bordes externos de la teta y abrirla tal como se abre un libro sagrado, echando en su interior un poderoso polvillo coagulante: poca sangre, justo la necesaria para llenar el cráter dejado por una teta al plegarse sobre la otra como una página salteada, lo sustancial sería que manase apenas la sangre imprescindible para poner un poco de sabor al relato. Bebiendo su sangre, mientras desde el baño llegaba el ruido uniforme del secador de pelo, me dormí durante algunos minutos.

Y volví a soñar con el tubo de carne. Latía. Apretaba y me dejaba ahogar apostando que cada vez podría morir. Pero al final, cuando había dejado de sentir y creía haber muerto, se ablandaba la mano, sentía una invasión de sangre nueva como una bocanada de aire y volvía la vida. Me despertó ella, metiéndose en la cama. Me sentí lúcido: fingí abrazarla y acariciarla, calculando: ¿Cómo saber si uno se abraza a un sueño, o a una alucinación? En ese instante creí haber descubierto el método:

—Decime Vera —seguía abrazándola, le hablaba a través de su pelo todavía húmedo contra la oreja—: ¿Qué hay en el cajón de la otra mesa de noche...?

El cajoncito estaba cerrado. Si acertaba, ella no era una alucinación. Giró hacia mí destapándome la espalda. Me clavó los ojos verdes que parecían latir contra mis ojos y se mordió la piel del dedo índice. Después se arrodilló sobre la cama y miró la mesita desde su altura, como solía mirar a todo el mundo, especialmente a algunos hombres.

—No sé... No me acuerdo... Creo que hay una crema americana, un paquete de Vanguard, un consejal, y una bolsita de cuero con tijeras y cosas de arreglar uñas. ¡Creo...! — Después dijo: —Ah... Y hay un encendedor descompuesto...

Abrí el cajón. Había una agenda, un frasco de body-cream americana, el vibrador de plástico que ella llamaba “consejal”, un Dupont cuya tapa de plata no terminaba de cerrarse, y una carterita con espátulas y tijeras de uña. No vi el paquete de cigarrillos.

—¿Y los puchos...? —le pregunté, notándola contenta por haber acertado.

—Los debe haber afanado Martínez —dijo, y explicó—: me roba siempre cremas y cigarrillos. ¡Es incurable...!

Me tendí boca abajo. Yo era feliz: ella vivía, ella no era una alucinación. Entré en un brevísimo sueño del que me arrancó un cosquilleo en los labios. Me pareció ver una araña color amarillento que se arrastraba por la almohada desde su cara hasta mi boca y sentí que hurgaba entre mis labios para entrar. Abrí un ojo: era el filtro de un Carnel. Lo mordí y respiré su humo fuerte todavía impresionado. Ella seguía mirando, casi latiéndole los ojos. No noté rabia; apenas pude ver algún odio lejano, sin agitación. Cuando ella respiraba, podía imaginar cómo se iba armando el movimiento de su pecho, las costillas, la piel del pecho, las tetas y los hombros, y al pensar todo como una armonía volvía a repetirse el efecto anterior: la música. Traté de explicárselo:

—Al sentir, una armonía... Uno siente la ejecución de ciertas leyes arbitrarias sobre el fondo de una ley natural... ¿No es cierto? Por ejemplo, el aire: ¡Respirar! Es algo natural... ¿No? Pero hay un modo personal de respirar. ¿No? Que no es natural... Como el modo de ejecutar un acorde, o como el modo de armar un acorde a partir de la madera, las cuerdas y el metal en la orquesta. ¡Nada de eso es natural! —dije algo así, y ella comprendió enseguida. Antes hubiera tratado de discutir. ¿No estaría soñando? Miré la mesita y el cajón entreabierto y ella advirtió que miré a la mesita y su mirada, que por un instante pareció controlar mi reacción, era una prueba de que yo no soñaba, aunque ahora pienso que uno también puede pensar durante el sueño, o soñar, directamente, las pruebas de que uno no está soñando. ¿No?

¿O soñaba? Si había podido invertir el orden de una melodía: ¿No podía invertir el orden de la experiencia?

Por ejemplo: habría ido, habría espiado el cajón, le habría preguntado, después, a la mujer soñada qué había dentro del cajón y ella obviamente habría dicho lo que yo antes vi, y recibí toda la experiencia en un orden que parecía probar que ella sabía. O bien —volví a mirar el cajón entreabierto de la mesita— ella habría contestado cualquier cosa, y yo habría dejado esas palabras informes de la voz de un sueño girando en mi memoria para después armar con sus retazos los nombres de lo que vi en el cajón. ¿O mi sueño (ella) habría dicho cualquier cosa, y yo seguiría viendo para siempre en ese cajón lo que su voz soñada me persuadió que debía ver? Eso también era posible. A muchos hombres, con las mujeres que aman, les suceden cosas bastante parecidas.

—¿Cuál será la verdad...? —Pregunté eso, o algo así.

¿Qué verdad? —dijo ella y después rió diciendo: ¡Justo vos preguntando eso...! ¡A mí...! Tendría que haber muerto algunas veces antes... Para verlo... —Y después dijo, riendo, algo parecido.

Entonces entendí que yo no preguntaba por la verdad, sino por algo que suele estar detrás de la verdad. Recordé un comentario de Adolfo: Traté de averiguar si lo había soñado:

—¿Qué sabés de Quessolovsky...?

—Un pelmazo insoportable. Lo trajo Adolfo a la quinta algunas veces el año pasado. Al viejo lo divertía. Después se volvió a Australia. Mejor. Les había dado vuelta la cabeza a muchos, con eso de los Incas. Peor que los de la Pí.

—¿Qué sabés de Pí? —pregunté; parecía una encuesta.

—Nada, lo que decía la gente cuando lo voltearon a Viola.

Hablamos de eso. Por momentos, dejaba de oír su voz y sólo escuchaba el sonido de sus palabras. No era un mal plan: ella sabía tan poco como todos nosotros sobre el tema de Pí, entonces repetía opiniones del viejo Ortiz, frases de amigos del viejo Ortiz, confundía todo, y yo oía su voz: las “a” y las “e” sonaban empastadas porque apoyaba la cara sobre un almohadón. Sus ene eran las de siempre: decía “pensar” o “encanto”, y algo remitía a una hondonada de aire dentro de su cabeza. Las eles, como si hablase parada, armaban una burbuja de aire entre la lengua y el paladar que inflaba sus mejillas por un milésimo de segundo. Habló de Adolfo y dijo “Adolfo” y la bola de aire de la ele se disolvió trazando una espiral de piel en su mejilla y se anudó en sus labios al producir la efe. Dijo que Adolfo había dicho, y dijo “dijo” y la jota, ya pegada a la o, corrió como un cuchillo desde el fondo de la garganta.

Le expliqué lo que sentía en su voz: la jota, un cuchillo, al fondo de su hermosa garganta, donde poco antes mi pija había goteado mi vida...

Entonces ella dijo “pija”, y la cara se le iluminó. Adiviné:

—¿Tendrías una hija mía...?

—No. ¡Un hijo sí...! —Dijo ella. Un hijo. ¿Un varón? Pensé en un nieto del viejo Ortiz, un bebé-abogado: no me gustó.

—No... —Dije—. ¡Hija...! Como vos... ¡Igual a vos...! —y hablé así imaginando un hijo mío que encontraba una Vera idéntica a la que conocí en 1972.

—Una vez estuve embarazada... ¿Supiste?

Dije que sí, pero no recordaba.

—Habría querido saber si era varón, o mujer...

—¿De quién era?

—No sé, de alguien... De vos lo descarté, fue en el 75, casi imposible que fuera tuyo. De algún loco. ¡No podía tenerlo...!

—¿Y ahora? —Pregunté, y ella no reaccionó.

—Ahora tengo la espiral ésa... Ahora no... —Cambió de tema: — ¡Quessolovsky habló de casarse conmigo...!

—¿Te encamabas con él? —Volvía yo al tema.

—No... Jamás... Era un asco... Pero una noche me habló: necesitaba una mujer para llevar a Australia. Era un asunto de negocios. No le creí. Si le hubiera creído sí me iba con él. Pero pensé que...

—¿Y con Adolfo...? —Me apuré a averiguar.

—Ya hay dos casorios entre primos en la familia... ¿Será por eso que salimos así...?

La ese amasó a la o en salimos; su ese fue apenas un instante de vacilación de la a. La i, en cambio, subió aguda, empujada por la última ese y quedó como un hilo tenso, juntando su pupila con las mías. Traté de ver sus ojos con mis dos ojos. Una costumbre: a veces lograba ver nítidamente la pupila derecha con mi ojo izquierdo, y la pupila izquierda con el otro. La vista se nublaba. Había poca luz en el cuarto; todavía no había salido el sol. Hablé despacio, para no perder el efecto.

—¿Qué ves vos?

—Los dos ojos por momentos, en otro sólo uno, no se cuál. El de arriba es más claro.

Llegaba más luz a mi izquierdo. Me incorporé y quedé reclinado sobre mi codo.

—¿Y ahora...?

—Uno solo, el de arriba, siempre el de arriba se ve más.

Me senté. Se sentó ella frente a mí. Tuve frío en los brazos y apoyé las manos entre sus piernas. Ahora veía los dos ojos aislados.

—¿Y ahora?

—Veo los dos... —dijo su voz y vibró la cama. Se había movido, con un escalofrío. Yo también sentí frío y por eso volvimos a acostarnos. Nos abrazamos y empecé a besarla de nuevo en la boca y la nariz. No había muerto; éramos, otra vez, los mismos. Ahora seguíamos girando y girando, pero caíamos oblicuamente. Calculé un ángulo de cincuenta grados, habrían pasado tres horas desde mi primera sensación de caída y el mismo punto del universo seguía atrayéndonos.

Después me preguntó si tenía sed. No tenía sed. Había tomado de mi agua en la bañera.

Abrió el cajón de su mesa de noche y sacó un caramelo blando, de esos baratos que se venden para los colegios. Lo peló para mí. Después peló otro y empezó a comerlo. Cuando el sabor pegajoso del dulce de leche me había invadido, me pasó un pedacito de hongo.

—Argentino —anunció al ver la expresión de mi cara al morderlo. Era duro, reseco y tenía gusto amargo, y soltando el aire por la nariz dejaba un rastro de olor dulzón, parecido al de la caña de azúcar. Cuenta alguien que Rosas reconocía por el sabor del pasto en qué pagos lo había sorprendido la noche con sus brigadas. Recordé eso, o lo soñé.

—Rosas reconocía cada campo por el gusto del pasto... —le dije, tratando de ablandar esa masa parecida al cuero.

—Cualquier baqueano puede... Es por la tierra —dijo ella—. Si el tipo va al sur, se va haciendo más agrio. Después, en el Salado es más duro, y más allá, el pasto de espada es cortito y sólo aparece en tiempo húmedo. Si el de espada es fresco, y blando, y no hay seco, quiere decir que estás al sur del Río Salado.

—Pero Rosas adivinaba hasta el dueño del campo...

—Es por las vacas... Mi abuelo averiguaba si habían tenido ovejas en cualquier potrero por el gusto del pasto. Nunca erraba.

—Yo en cambio, sé si una mina cojió el día anterior por el gusto; aunque se lave...

—Yo también... Si cojí con un hombre, tengo otro gustito en la concha. La leche de los hombres tienen distinto gusto. ¡Tu leche es diferente de otras!

—¿Por? —Quise saber.

—Tiene gusto a leche de rubio, pero además es menos dulzona, más aguachenta. Salada, casi es...

—Y algunas comidas te cambian el sabor... —reflexioné.

—La menta, la coca, el éter, todo eso sale por la leche enseguida —corroboró ella.

—Y el ajo y la cebolla que comieron se les siente a las mujeres en la concha; en cambio a los machos en el sobaco... —Recordé.

—¡Sí! Y cualquier comida fuerte, se siente en el sobaco. Los brasileños casi no tienen olor... Es al revés de lo que uno podría pensar... ¿No?

—Son limpios... Los franceses y los ingleses en cambio...

—Dan asco... ¡Algunas minas se acostumbran, pero una se puede acostumbrar en un gallego, o en un tucumano, pero en un tipo rubio y

blanquito, el olor fuerte es insoportable, repugna...! ¿No?

—El sudor... —Dije yo.

—¡No...! El sudor no: si estás sudado se soporta, es olor natural. El asco es el olor del tipo que parece limpito y después se desnuda y tiene olor, o el que se despierta con olor. ¿No?

Era ella. Olía a champú, o a crema de enjuague. Las sábanas tenían el olor de la esencia que ahora agregan al polvo de lavar y que imita el aroma a ropa blanca rociada en los cuartos de planchar de antes para que parezcan lavados por la abuela. Me convencí de que vivía:

—¿Dónde estás viviendo...?

—Lejos... —Dijo. Y miró hacia la pared, como si el afiche de Gal Costa le tuviese prohibido confesármelo.

—Quiero volver a verte... —Le dije y miré yo también a Gal.

—Nos vemos, nos vamos a ver... —Prometió.

—Nos vimos a mediados de diciembre... No pasó tanto tiempo...

—¡Casi hace un año que no nos encamábamos...! —Reprochaba.

—¿Y no alcanza una vez por año...?

—Sí —dijo. Después le conté de Jacinta y Mariano y de la chica esa del club.

—¿Y Marcelo...? —preguntó.

—En Francia. A veces escribe... Ahora quiere volver...

Después preguntó por mi mujer. No habría sido Vera sin preguntar por ella. Le dije lo de siempre: que viajando, que haciendo quilombos con los colegios de los chicos, que cambiando de plan cada dos o tres meses según los hombres que le tocaban. Hablamos de ella.

Le dije que no habíamos vuelto a acostarnos desde hacía cuatro años; no habría sido ella sin preguntarlo. No me creyó; no habría sido Vera si lo hubiese creído.

Después quería saber cómo era Mariano. Lo describí. Quiso saber más. Volvía la rabia a sus dos ojos. Si hubiera podido asegurarme de que no iba a transformar su rabia en... Pero temí, otra vez, a la piedad y a la ternura. Miré la ventana. Seguía oscuro. Ella dejó la cama y fue a hurgar entre los cajones de su cómoda. Sentí ruidos. Miré. La vi abrochándose las correas de un arnés alrededor de la cintura.

—¿Tenés miedo? —preguntó.

—No —dije. No tenía miedo.

—Ahora vas a saber lo que es un hombre de verdad... —amenazó y yo me reí.

Terminó de ajustarse las correas arrodillada en el borde de la cama. La dejé hacer: me acarició con la crema del cajón de la me sita de luz y después me hizo un masaje por la espalda con el “conseja!”. Se me paró; mejor dicho: cuando me metió el consoladorcito en el culo se me requeteparó. Vibraba el plástico. Vibraba yo también, humano. La vibración se percibía como un calor interno, difundiéndose.

Después me obligó a sentarme en la cama y me ayudó a trabar la base de mi consolador entre los talones, para evitar que se saliera. Yo ya gozaba, y casi no me importaba más ella, viva o muerta; pero me obligó a mirarla. El arnés sostenía un priapo grande, ancho casi como el doble de la pija de un hombre, largo de unos veinte centímetros.

—¡Revival! —me explicó, y entendí que era una réplica moderna de algunos aparatos descubiertos en viejas fotos pornográficas de fin de siglo.

Vibraba, su arnés. Tenía una especie de almohadilla que vibraba para ella contra los labios de la concha, y otro motor, o el mismo pero con otra multiplicación, que le vibraba en el cuerpo que parecía una pija.

—Chupá —ordenó—. ¡Chupá! —y volvió a pedir que lo chupase poniéndome eso a la altura de la cara. Chupé. Tenía gusto a concha y vibraba a una frecuencia más lenta que la del consejal que seguía zumbando dentro de mí.

—Gusto a concha... —le dije. Y ella pronunció un sí que se confundió con su jadeo. Después alejó su cabeza. Arqueó el cuerpo como para tomar una distancia que permitiese ver cómo yo se la chupaba mientras comenzaba a cabalgar sobre mis pies para sentir bien la fricción debajo.

El aparato tenía el tacto de la piel humana. Algo siliconado le brillaba en la superficie, tal vez la misma crema que le daba ese gusto a mujer. La vibración producía un raro placer en la lengua que se mezclaba con el sabor del honguito y los restos del caramelo. Pero yo quería sentir leche dentro de mi boca y mis labios y los carrillos habían vuelto a producir sus movimientos automáticos de succión.

—¡Leche! —pedí.

Y ella se sacudía, gozando, y sin dejar de frotarme la boca. Y mi cuerpo seguía pivoteando sobre la vibración que ahora abrazaban las plantas de mis pies, y yo pedía más leche, y ella hacía que no con la cabeza, con el pelo, pero después abrió el cajón, y sacó una hojita de afeitar, y antes de que pudiese evitarlo se abrió la yema del índice y me lo puso en la boca. Llegaba sangre.

No sé cuánta: bastó para llenar mi boca. Después ella se miró el dedo, apretó más la yema y volvió a cortar, quería darme más.

Y me vino más sangre. Se llenaba la boca en unos pocos movimientos de succión y yo tragaba, y ya habían desaparecido el olor a mina y el gusto a crema de belleza y a caramelo, y sentía sólo gusto a sangre y sentía sangre en la boca, mientras el vibrador trabajando en mi orto hacia el final parecía la continuación de los huesitos más íntimos de mis pies.

De la pija empezaba a salir jugo y más jugo. Por momentos, ella se inclinaba a mi boca para probar su sangre, y el chorro colorado que iba bajando a la base de su enorme consolador estaba formando una especie de coágulo pegajoso. Lo probé, tenía sabor a ella y recogéndolo con la puntita de mi lengua se lo puse en la boca.

Después ella me trajo mi jugo con su boca, pero yo estaba invadido de sangre y no lo sentí, o tal vez era demasiado poco. Me abrazó clavándome las uñas y se tiró sobre mí, haciéndome caer de espaldas sobre la cama.

En esa posición el consejal amenazaba salirse. Como mi mano a protegerlo, pero ella la detuvo y lo sacó, y por su modo de mirarme a los ojos vi que se lo estaba metiendo en algún sitio, cuando volvió a decir, mordiendo las palabras:

—¡Vas a sentir lo que es un hombre...!

Y me obligó a levantar las piernas apretando las tetas y los hombros contra mis pantorrillas, se arrodilló en la cama y empezó a tratar de meterme su postizo.

Calcé una almohada bajo mi cintura. Cuando ella quitaba el dedo de mi boca sentía una ausencia, y veía las gotitas coloradas cayendo sobre mi vientre, y más allá veía sus manos en la base del postizo, tratando de atornillar algo que variaba su forma. Poco a poco me lo pudo ir metiendo. Venía bien lubricado por su crema, pero al pasar se sentían como piedras, o municiones de acero que lo volvían irregular, de una rugosidad casi placentera.

Cogía bien, ella. Pocos hombres, a las mujeres sabemos hacerles así. Esta vez creí en sus miradas de odio. Serruchaba y seguía odiándome desde lo alto. Pero yo no podía sentir rabia, sólo quería sentir la sangre —el gusto de su sangre—, y terminar, y por momentos quería no terminar y que ese fuego siguiera perforándome el cuerpo, la vida y la memoria.

Tenía la barriga empapada del líquido de pija. Todo a causa de la fricción de esa masa flotante y vibrante contra la próstata y las vesículas y todos los

órganos que rodean la vejiga y drenan hacia la pija.

(Alguna vez me moriré por estas exageraciones: los órganos del cuerpo fueron previstos para un empleo natural y no para animales que sobreviven tantos años y que se arrastran por el mundo con tanto tiempo libre y con tantos motivos para impostar al placer.)

—¡Me voy a morir...! —exageré.

—¡Y yo me voy a quedar sin sangre! —dijo ella jadeando, odiándome.

Traté de incorporarme para abrazarla y devolver a su boca la sangre que me llenaba. El resto recorría su cara, el pecho y algunas gotas trazaban caminitos de sangre hasta perderse por la zona del pubis que no alcanzaba a ver. Sentí dolor, vi su cabeza loca sacudiéndose sobre mí y sentí miedo de que algo se terminara de estropear en mi interior, y me dejé gozar, y ella empezó a gritar porque la leche me salpicaba el pecho y las piernas que tenía cada vez más encogidas contra el pecho.

Su aparato seguía funcionando. Ella soltó las correas, se separó de mí y pude estirarlas piernas, pero quedé con todo adentro vibrándome mientras ella procuraba chupar la poca leche recuperable de mi pija y la región del ombligo. Como siempre (era ella) vino pronto a mezclar todo en mi boca con mi saliva y con su sangre, y cuando conseguí librarme de su aparato, quedamos abrazados, pasándonos los líquidos de nuestras bocas, tragándolos a veces, y cuando ella advertía que me adueñaba de una parte y la tragaba, se desesperaba por chuparme la boca, para recuperarla y cuando ella tragaba yo fingía hacer lo mismo, pero a mí no me interesaba mayormente: total, todo vuelve siempre a reciclarse y hacerse vida y con el tiempo se lo vuelve a encontrar.

Después trajo dos latas de Coca Cola y las bebimos a la par. Seguíamos cayendo. Aunque me costaba más apreciar la velocidad, sentía con nitidez nuestra caída hacia el oeste; habrían pasado cerca de ocho horas desde que percibí nuestra caída por primera vez. Después sentí que me dormía. Ella me untó con una crema que tenía algo que hacía sentir la piel tan lisa que parecía nueva. Si habíamos soñado tanto, y si yo en varios momentos pensé que ella pariría algo mío o que yo pariría algo suyo, nada me impedía dejarme llevar por el sueño de transformarme en algo nuevo. Sin dolor en la piel, sin dolor en la espalda ni en el cuello, y sin dolores en la memoria, podía soñar que llevaba una memoria sin muertos y que abrazándome a su cuerpo lo arrastraba conmigo hacia el este alrededor del fondo de la tierra, y más hacia el este, y más rápido, alrededor de un punto ardiente muy lejano, que a la par nuestra

caía hacia un lado, y más tarde, con nosotros, iría cayendo hacia lo alto, más hacia lo alto.

Antes de dormimos unidos, hablamos de eso, de las caídas. Ella había conseguido colocar mi pija dentro suyo y jugaba a apretarme esos puntos que hay tras el maxilar y que provocan un embotamiento y un mareo temporario al ser oprimidos y que después, cuando cesa la presión de los dedos, producen un sentimiento de vaga plenitud. Después jugamos a contener el aire como los buzos, y después jugamos a respirar, cada uno, sólo el aire que podíamos rescatar desde la boca del otro, y jugamos a robamos el aire, y a negárnoslo, y así se me fue volviendo a parar la pija y empezamos otra vez a coger.

Rato antes de acabar, ella también dijo que la vida era una mierda.

Y poco después de terminar, nos fuimos durmiendo, abrazados. Como si cayéramos, breves despertares me sorprendieron. Sentía un sacudón y abría los ojos y la veía a ella abrir los ojos y la sentía sacudirse. Después sentía que ella había abierto un ojo y abría los ojos, y la veía semidespierta, mirándome y eso me despertaba por un instante, pero enseguida me volvía a dormir.

Desperté a las dos de la tarde. Era un día nublado. Me duché, me sequé con el toallón que ella me había prestado a medianoche. No pude encontrar en su botiquín máquina de afeitar, pero en la almohada, vi un montón de pelos larguísimos de ella y los envolví en mi dedo y guardé ese rulito bajo el celofán que cubría la marquilla de su paquete de Vanguard. Busqué uno de mis Camel y lo prendí. En el cenicero de la mesa de noche había sólo dos filtros de Camel y tres de Vanguard. Habíamos fumado poco.

Una gotita de sangre había manchado mi camisa. Me vestí, la ropa arrugada, sobre el cuerpo limpio, y la cara sin afeitar me provocaron una sensación de domingo y recordé que era domingo. Tomé la caja de recuerdos, la carpeta amarilla con los originales de Adolfo B. Laiseca y me prometí leerlos esa misma tarde.

Abajo encontré al viejo Ortiz. Escuchaban una cinta con su nuevo amigo, ese arquitecto que anda siempre con él por el Colón; se llama Steimberg — montaña de piedras, algo que puede ser un apellido en estado puro, por cuanto mientras muchos judíos se llamaban piedra de algo, y otros judíos se llaman montaña de alguna otra cosa, él es una especie de judío resumen con su plausible “montaña de piedra”. Steimberg no me gusta, pero para el viejo, ahora que está tan solo, es una compañía.

Me dijo Ortiz que yo había estado hablando toda la noche. Que Adolfo se había despertado varias veces por culpa de mis gritos.

Steimberg me convidó café de la maquinita del bar del living. Lo tomé oyendo las pruebas de unos solistas que un cofrade de ellos piensa traer para la temporada 1986 del Colón. Cuando me iba, el viejo me pidió que volviese el sábado siguiente. Le dije que no sabía si iba a estar en Buenos Aires, y que se lo confirmaría al estudio; no pensaba volver.

Pero seguí yendo todos los sábados de aquel invierno, hasta poco después de terminada la guerra de Malvinas.

Aquel primer domingo, en el ascensor, cuando busqué los cigarrillos volví a ver la motita de pelos e hice una bola con ellos y al llegar a planta baja la tiré al hueco del ascensor, junto al filtro de Vanguard que arranqué, porque estos cigarrillos me resultan demasiado suaves. Al salir a la calle, y camino a casa, seguíamos cayendo, pero hacia arriba, formando un ángulo de cuarenta grados desde el cénit. Vací sobre mi escritorio la caja de recuerdos. Encontré doblado y planchado el pañuelo que había visto en su cuello esa primera noche del sábado. Leí la carta —nada esencial—, y la guardé en un cajón para cosas inútiles que tengo en la biblioteca. El pañuelo lo tiré al incinerador, porque se le notaban marcas de un marrón achocolatado y pensé que eran las huellas de los bordes de la autopsia, esa pequeña incisión que hacen los médicos de policía en el cuello para extraer muestras de sangre seca de la aorta y los fragmentos de tejido pulmonar que les permiten definir si hubo muerte por inmersión, y fragmentos de músculos, tiroides, ganglios, y troncos vasculonerviosos que analizados por un profesional reflejan las causas de la muerte mejor que la propia memoria —tan vaga— de los que vivieron y murieron, si es que alguien pudiese conservarla. Las memorias son como capítulos de la conciencia. El humano recuerda sólo lo que cruzó por su conciencia: lo que vio, lo que supo. Para la perspectiva del médico legista o del escritor, o que se adhiere a la conciencia, lo que se supo, lo que se vio, o lo que se comprendió, es, tal como el español lo refleja en su léxico, algo muy diferente de lo que fue, o de lo que ha sido. Yo debí haber seguido con mis visitas de los sábados, pero pocas semanas después de la guerra del Sur supe que el viejo Ortiz, además de haber sido uno de los tantos burgueses que destruidos por el hedonismo y el escepticismo no vacilaron en traicionar los sentimientos que ellos mismos fomentaron en la pobre gente para ganar alguna posición en sus carreras de asesores y testafierros de capitales

nómades, trató de involucrarme un par de veces en sus negocios y las últimas noches parecía interesado en espiarnos. Conservo en mis cajones los recuerdos de Vera. Alguna vez pensé regalarle una piedra tallada tan luminosa como el extremo de la multiplicada oscuridad; pero no hay mejor regalo para una muerta que dejarla jugar por unos instantes con las memorias y las tabulaciones de los vivos, lo que quizá fue su mayor deseo en el momento de salir de la vida —del sueño quieto de la vida— para entrar en el mundo, en la tierra que se mueve, que gira y temblequea un poco y circunvala el sol y cae infinitamente hacia un lugar que sólo pueden advertir las que se dejan abrazar por el hombre que las vuelve un objeto de su ficción.

CAMINO, CAMPO, LO QUE SUCEDE, GENTE

Siempre creyó que habría que arreglar el camino. Da un paso, atropella una laja de cemento suelta, debe apartarse hacia el costado para esquivar un pozo lleno de barro o de basura, calcula el largo trecho que debe recorrer y vuelve a pensar que alguna vez tendrían que venir y arreglar el camino.

Pero cuando el de bienes raíces, hablando de cualquier otra cosa, le dijo cuánto podía costar el arreglo, entendió que arreglarlo no valía la pena y que sería mejor que las dieciocho cuadras quedasen para siempre así, o que siguieran deshaciéndose.

Al empezar estaba bien. Después, con las lluvias, las combas del cemento fueron volviéndose charquitos, y como casi no pasaba nadie, el agua se hacía vapor despacio y filtraba hacia abajo, ablandando los contrapisos. Con el tiempo, al estirarse el hormigón por el calor del sol, en el fondo de cada charco seco se abría una rajadura que filtraba más agua y lo que había empezado siendo un charquito, se convertía en un pozo tan enorme lleno de basura o de barro, que nadie, viéndolo, se animaría a creer que fue antes una superficie brillante y plana de macadam.

Si llueve fuerte el agua baja del campo hacia el arroyo. Cuando hay tormenta se abren zanjas que al topar el camino corren contra el cordón buscando una cuneta de desagüe; así se van lavando los terraplenes y se forman cuevas y parte del agua queda estancada ahí y se pudre y también eso afloja los contrapisos y deforma el camino.

Con el tiempo, los zócalos sin sostén se rajan hasta derrumbarse. Por eso los bordes del camino se notan carcomidos como los filos de una herramienta vieja que ya no sirve para nada.

Ahora, a metros de distancia, se pueden encontrar cascotes que son pedazos de camino que mandó lejos el pellizcón de la rueda de un auto, o que arrastró la correntada de una creciente.

Las dos o tres crecientes que cada año hace el arroyo también gastaron el camino. El agua mueve troncos, camalotes y hasta bloques de costa

arrancados; cuando empieza a bajar, todo eso vara contra el camino, y entre tanto junco, rama y camalote seco, empiezan a brotar los yuyos y los cardos y parece que el campo estuviera entrando en el camino, como una vez, hace ya mucho tiempo, el camino; fue de a poco metiéndose en el campo.

Oye putear a Russo, que llega en bicicleta y casi no puede andar entre los pozos. Russo recorre veinte cuadras desde su casa hasta la ruta, pedalea otras cuarenta cuadras de ruta empedrada y cruza el pueblo, pero bajar las dieciocho cuadras de camino entre la ruta y el complejo es lo que más tiempo le cuesta y putea.

Cuando Russo se va, cruza apurado pedaleando por la playa de maniobras, entra al camino, se desmonta y empieza a caminar, puteando, con la bicicleta inclinada contra él y la luz flojísima porque la va moviendo de a tirones, tenida desde la punta del manubrio, como si le quemara. Él se aleja encorvado; la bicicleta le bailotea a la par.

Cuando llega de noche, se ve la luz amarillita del farol que crece de golpe, porque en cuanto pisa la playa de maniobras —que está sana—, el hombre salta a la bicicleta, pedalea fuerte para desquitarse de tanto caminar y el dínamo produce más luz y el farol brilla mucho y casi encandila.

Una noche apareció sin luz. Se había caído en un pozo lleno de bosta y de basura y se le habían quemado los filamentos del farol. Era el martes después de una licencia: tres noches sin venir y ya tenía olvidada la ubicación de alguno de los pozos. ¿O habría salido un pozo nuevo?

Espera a Russo. Cuando se atrasa, después devuelve el tiempo. Acostumbraban anotar los minutos de deuda al darse las novedades de la fecha, pero no llevan más las cuentas: a veces debe él, otras le debe Russo y a las pocas semanas quedan parejo.

Cuando espera, si Russo viene con atraso, piensa si no se habrá matado en el camino, o por la ruta. Cuando llega él, ya están sobre la mesa de guardia la carterita de Russo, su llavero y las pinzas de plástico que usa en las bocamangas para que el pantalón no se le muerda en la cadena de la bicicleta. Mira él el reloj; Russo también mira el reloj. Es un gesto automático: saber si el otro cumplirá los horarios.

Russo le da las novedades. Prende su linternita y monta y pedalea con fuerza hacia el camino. Cuando pasa el portón del complejo, la luz se apaga y aparece la nube amarillenta de la linterna rodeando al hombre que va mirando el suelo con la bici inclinada contra su pierna derecha.

Si hubo licencias, el que cubrió la guardia todo el fin de semana tose antes de saludar y dar las novedades al que llega, porque de tanto tiempo que pasó sin hablar no le sale la voz.

Él canta. En guardias largas recorre la planta y los galpones del complejo cantando para oír cómo la voz retumba entre los techos altos y las paredes vacías. Ya sabe cómo sonará su voz en cada sitio, porque cada parte del complejo repite un eco diferente.

Pero aunque haya cantado, al llegar Ruso no le sale la voz y tiene que toser antes de hablar, mientras el otro lo saluda y pide las novedades que completaban todos los meses en el cuaderno para llevar al tribunal.

Está reseco por la intemperie. Está torcido. Tiene manchas de mate, de comida y de grasa de la bicicleta de Russo. En muchas páginas vacías se ven borrones de la propia tinta del cuaderno, que fue arruinándose por la humedad que el papel absorbió en épocas de lluvia.

Hablan que habría que tachar las hojas Ubres del cuaderno, llevárselo a los síndicos y empezar un cuaderno más chico, con menos páginas, para menos novedades.

Dice Russo que a veces le dan ganas de escribir “hallé al otro dormido” y él le contesta que si pone eso, va a anotar que Russo se llevó cuatro rollos de alambre y que siempre hace guardias dormido. “¿Cuándo dormido me encontraste?” —protesta Russo. “Nunca —le dice él— porque sentís los perros...”.

Russo se tironea las orejas y reconoce: —Decís verdad.

Oye los perros. Cuando él llega, olfatean que viene a la distancia y ladran de alegría, porque les trae la carne. Russo oye y se despierta. Prepara todo para irse, cierra la cartera, coloca las llaves y las pincitas sobre la mesa, vuelve a sentarse apoyando la cara sobre el cuaderno de novedades y cada tanto mira de reojo las sombras quietas de la playa principal, aburrido.

Cuando él está de guardia y oye el ladrido de los perros que olieron que está por llegar Russo, sigue durmiendo hasta que el otro cruza el portón o hasta que abre la puerta, le enfoca la cara con la linterna grande y putea contra los pozos del camino.

Los perros, al otro, le ladran diferente.

A él le saltan contentos y le lamen la cara. Después se arriman a la puerta de la cocina y hacen chillidos por el hocico —como llorando—, porque tienen

hambre.

Él pasa a la cocina, corta sobre el mármol pedazos de hígado y de corazón, después pone los huesos en las bandejas, mezcla en el tarro grande la carne picada con dos medidas de vitaminas y una de antiparasitario y reparte esa pasta rojiza sobre las dos bandejas, entre los huesos y los recortes de corazón y de hígado que no se pueden distinguir.

Mira por la ventana si queda agua. Casi todos los días agrega agua en la pileta del bebedero. Los perros salen, ladran, se tiran mordiscones, saltan sobre él y le lengüetean la cara mientras pone las bandejas cerca de la pileta. Después deja a los perros encerrados en el patio, hasta que se atosigan de comida y empiezan a rascar la ventanita con las uñas, buscando salir.

Se llaman Roque y Pastora. Pastora es macho; tiene nombre de perra, pero es macho. Los dos Doberman, bastante parecidos. Estaban preparados para guardianes, pero el veterinario que los revisa y da las recetas para las vitaminas y los antiparasitarios dice que con los años han de haber olvidado lo que los adiestraron en la escuela de policía.

Pero todavía pueden descubrir a la distancia si alguien se acerca, y quien los oiga ladrar, o les vea las cabezas enormes, no se animará a entrar al complejo hasta verlos atados, o encerrados en el patio de rejas.

Roque es más manso. En verano los bañan con la manguera de la playa de entrada. En invierno, los días de sol, los llevan al arroyo y tiran la pelota al agua para que naden y se laven un poco.

El primer veterinario los mandaba bañar todas las semanas. El que empezó a venir después dice que basta con la medida diaria de remedio, porque estos animales no necesitan baño y se limpian solos con la lluvia o con su propia baba y con el aire.

Él no lo creía, pero después notó que en días de mucho viento, Roque o Pastora, y a veces los dos, saltan al techo de la casilla de seguridad, se sientan alargando el cogote como para aullar, fruncen los ojos y el hocico y parecen buscar que el viento los despeine para que se les airee el cuero.

Russo les pierde la pelota. La tira lejos, los perros la buscan en la oscuridad y al día siguiente tienen que salir a campearla por el bosquecito.

Lleva los perros a caminar. En los lugares donde piensa que Russo pudo haberles perdido la pelota hace ademán de tirar algo. Pastora y Roque salen corriendo y dan vueltas y vueltas hasta que alguno de los dos llega trotando con la pelota.

La encuentra casi siempre Pastora. Roque cada vez menos. Russo también piensa que Roque está perdiendo el olfato o algo. Con la edad, algunos perros

pierden el olfato. Russo dice que también él, casi no siente más ningún olor. Él dice que siente siempre igual los olores, pero que la mujer y los amigos del club protestan que ha de estar volviéndose sordo, porque cada vez más necesitan repetirle las cosas. Otros pierden la vista: todos los hombres, con el tiempo, para leer, necesitan mirar el diario más y más lejos.

Tira la pelota. Los perros van ladrando atrás hasta que Roque se para. Lo mira a él, mira a Pastora que escarba entre los yuyos y ladra. Saltan yuyos. Saltan pedazos de raíces y montones de tierra negra, después la forma del animal se interna entre los cardos, ladra Pastora, Roque lo mira a él como reconociendo que ha fallado otra vez, y llega el otro con la pelota y la suelta en un claro, para que su compañero la mordisquee, juegue un poco con ella y se la alcance al hombre mirándolo, pidiendo que la vuelva a tirar.

Tira la pelota al medio del arroyo. Se aleja la pelota boyando en la corriente. Los animales la siguen por la orilla y ladran. Cuando llegan a los juncos, baja al agua uno de ellos: Roque. Pastora ladra y le muerde las patas traseras para apurarlo. Roque se echa a nadar. Recién después entra Pastora, despacio, receloso. Vuelven los dos en fila: adelante, Pastora hociquea. Atrás viene nadando Roque con la pelota entre los dientes. Después la hace flotar contra la orilla, cerca de los juncos, y Pastora le ladra. Los perros quieren que también él se moje para agarrar la pelota. Los llama. Pastora y Roque se quedan en el agua. Él vuelve al complejo, les silba o grita, pero los perros, desde el agua, no obedecen y ladran, llamándolo. Al rato de instalarse en la guardia, cuando se sienta a tomar mate, llegan los perros, traen la pelota, se sacuden el agua y salpican todo.

Si entran ratones al complejo, los perros dejan de comer y empiezan a rondar nerviosos, olisqueando todo. Se paran contra las puertas de la planta mayor; reclaman que las abran. Recorren el complejo olfateando baldosa por baldosa. Pasan dos y hasta cuatro días sin comer, ladrando, nerviosos, olfateando. Después se olvidan, comen, se tranquilizan y dejan de ladrar y de rascar las cerraduras de la puerta grande.

Es que la rata se murió. El veneno tarda tres días en matarla. El bicho come cebo, y tiene que volver a comer media docena de veces más para que

el veneno adentro haga el derrame de sangre que lo mata. Va débil y atontado, quiere comer, siente más hambre, se empacha de veneno y muere. Eso le pasa al tercer o al cuarto día de conocer el cebo que tanto debe gustarle.

Si los perros descubren la rata antes de que el veneno la haya matado, la siguen, la arrinconan, le gruñen y tiran tarascones para que se muera del susto. Una rata asustada es peor: vive más, chilla, trata de escapar y hasta amenaza al perro y pueden pasar horas antes que alguno de los Doberman se decida a morderla.

Después sí, la destripan entre los dos y dejan el cuerpito deshecho sobre las baldosas, sangrado, abierto, a veces latiendo todavía.

El veneno las seca. Una rata que murió por causa del veneno con cebo queda reseca —piel nada más y huesos—, y no despide casi olor.

Cuando las ratas mueren por el veneno dejan de echar olor a rata; entonces, a los perros, ya no les interesan más.

Suelta a los perros. Abre el portón de la playa de salida y los deja escapar. Ellos se van. Al rato oye ladridos cerca del puente del arroyo, bajo la vía del tren. Por ahí anda la perrada de animales vagos y abandonados.

A la hora de comer vuelven los dos. Llega uno primero y recién cuando aparece el otro empiezan a ladrar pidiendo que les abran la puerta de rejas de entrada.

El quintero, que vive a tres kilómetros del complejo, una mañana llegó en el sulky trayendo una caja con dos cachorros parecidos a un Doberman. Decía que eran hijos de Roque y de Pastora, que el invierno anterior le habían montado la perra, y agradecía, porque ya había vendido a todos los hermanos. Russo llevó la hembra a su hija. Él le regaló el macho al carnicero que arma el paquete de comida para los perros.

El hombre cobra por mes adelantado. Cada semana lo espera con el paquete listo y a fin de mes le hace la cuenta y calcula: tanto gastaron, tanto le queda a él. La diferencia se la paga con carne y achuras para su casa.

El pasa la factura vencida a un síndico del tribunal y la empleada le paga en efectivo, mientras preparan el cheque con su sueldo. Lleva esa plata, paga al carnicero un mes adelantado y carga el paquete de lo que quedó para él: asado, lomo para la casa, achuras y alguna parrillada lista para asar a mediodía, con Russo, en el complejo.

Es largo el trámite de cobrar. Conseguir los sellos, esperar que las empleadas calculen los recibos, esperar que completen el cheque y copien la firma del interventor que siempre está de vacaciones, y después ir a rogar al banco que paguen fuera de horario, para no volver a la Capital a perderse otro día.

Los gastos de carne y remedios de los perros, y los gastos del almacén y de la carne que preparan en el complejo, los paga el tribunal. La fruta y todo lo que compran en las quintas, las pagan ellos, porque los quinteros no usan boleta.

Otro trabajo: saber a quién le corresponde ir a las quintas. Va Russo; a veces va él. Si él durmió en el complejo una mañana de guardia de Russo, van temprano los dos.

Duerme en el complejo cuando llueve y no quiere cruzar el camino y empaparse, o cuando los parientes de la mujer van a pasar el día a su casa y él les presta la cama, para no verlos.

Faltan poco. Saben que lo peor es estar preparado para salir y que el otro no llegue; se siente encierro. Se empieza a calcular cuánto vino, cuánta yerba y cuántos panes y cigarrillos quedan. Se piensa si al otro lo habrá pisado un ómnibus al cruzar la ruta, o si lo mataron mientras venía por el camino.

Russo llegó a sereno cuando lo echaron de un trabajo anterior de capataz por faltar sin causa.

Y sin embargo, nunca falta al complejo.

A él lo pusieron de sereno. Sucedió así: como manejaba bien y sabía mecánica, el comisario Huarley lo hizo nombrar en la policía de la provincia.

Le manejaba el auto, le mantenía los autos de la comisaría y el de la casa, preparaba los Chevrolets de la brigada y ése había sido su mejor empleo.

Después Huarley salió de baja y al nuevo comisario se le ocurrió que él era hombre de Huarley y que lo vigilaba. Nadie podía quitarle aquella idea de la cabeza; se llamaba Zanetti. Un día le habló:

—Mirá Gandolfo —dijo— vos, para policía, no servís...

Y él reconoció que era cierto, que era chofer, que era mecánico y que para eso estaba.

—Mejor te vas —decidió entonces, y le hizo dar el puesto de sereno diciendo que era lo mejor para él y lo mejor para todos. Tuvo razón.

Seguía cobrando sueldo de cabo. Después le aumentaron, le dieron sueldo del tribunal y le cambiaron el .38 Colt por un Orbea del Ministerio de Justicia. Cuando a la Policía le repartieron pistolas Browning, que todos querían tener, reclamó una para él, le hicieron completar un montón de formularios, pero nunca se la entregaron.

Los serenos andaban con los .38 en una cartuchera de cuero abierta; usaban uniformes grises con gorros verdes de la empresa. Después los uniformes se gastaron, eran livianos y en invierno no se podían usar. Al año, acostumbrados a hacer las rondas de civil, empezaron a dejar las armas en los cajones de la guardia, cerraron los cajones con llave y se olvidaron de los uniformes y de los revólveres.

Una noche oyó tiros cerca del puente del ferrocarril. La mañana siguiente sacó el .38, tiró seis balas contra el arroyo, probó que su Orbea seguía funcionando, lo limpió, lo aceitó, aceitó el Smith & Wesson de Russo, y los volvió a guardar.

Nunca más los sacaron.

—¿Cuánto hace? —consulta Russo.

—¿Que qué? —pregunta el otro. Toman mate esperando que afloje la lluvia para alcanzar el ómnibus de las once.

—Que empezamos, Russo... —aclara.

El otro cuenta con los dedos. Cambia el mate de mano y cuenta con los dedos libres. Se golpea los nudillos con el jarrito y dice un número, sin convicción.

Discuten sobre fechas. Hablan de los gobiernos que pasaron, del casamiento de la hija del otro y vuelven a calcular. Ceba él; es su guardia. Los perros ladran contestando, al pitido de un tren y corren, mojándose, por la playa de entrada.

—Se empapan —dice Russo.

—Después se secan —dice él.

—Y vienen aquí, y se sacuden y mojan todo...

—Después se seca —dice él.

—Semana que viene, ¡manguera...! —planea Russo.

—¿Otra vez...?

—Toca... hay que lavar las baldosas de la planta grande.

—Sí... hay polvo.

—Es por los rotos, por los vidrios rotos.

—Tendrían que venir y arreglarlos...

Hace un gesto de duda. Se acuerda de los vidrios que rompió una granizada de Navidad: siempre reclaman el arreglo, el tribunal pagó a los de la compañía de vidrios, pero nunca llegaron a ponerlos; mientras, la planta grande va llenándose de polvo, hojas que trae el viento, babas del diablo y cagadas de los pájaros que hacen nido en la parte interior del marco de las ventanas.

—¿Y las alarmas de cristal? —había preguntado Russo.

—Nunca volvieron a traerlas...

—Nunca... —dijo el otro.

Eran cajas de vidrio con relojes. Había una en la puerta de cada planta y de cada galpón, y otras dos en la guardia. Cada hora debían poner una llave en el orificio de las cajas. Si no ponían la llave, sonaba un timbre y un resorte picaba las tarje ti tas de cartón. Los jefes controlaban las tarjetas: si las veían picadas, sabían que el sereno había fallado con las recorridas.

Cuando se fueron los jefes, los encargados de controlar las alarmas eran ellos, entonces trabaron una llave en cada caja, hasta que llegaron los liquidadores fiscales en un furgón del ministerio, y se llevaron las alarmas, junto con los teléfonos y algunas cosas de las oficinas altas que le gustaron al interventor o a los empleados liquidadores.

—¿Cuándo se las llevaron?

—Después de la asamblea, de la última —dijo él y fue a cambiar la yerba.

Al principio había asambleas todas las semanas. Llegaban los obreros, venían después los ayudantes del interventor, autos del sindicato y un carro de asalto de la policía con suboficiales que lo saludaban antes de ubicarse entre los techos con sus pistolas de gases lacrimógenos.

A veces iban los políticos, los comunistas, los peronistas y algunos de la Acción Católica que eran demócratas cristianos.

A la última asamblea llegaron cuatro autos: el del sindicato, el de la policía, el de los comunistas y un Fiat del secretario del tribunal. Los peronistas fueron a pie. Traían una pila de volantes para repartir, pero como

sólo se habían juntado ocho obreros, el montón de papeles quedó en la guardia y los fueron usando para prender la leña de la parrilla.

Se habían cansado, los obreros, de ir y de discutir y oír sin que nada pasara.

Por entonces, todavía el camino estaba intacto. Él iba en moto. Dejaba el empedrado de la ruta y aceleraba a fondo por el camino del complejo; disfrutaba la superficie lisa, sin gente ni riesgos de cruzarse con autos y camiones. La mujer, el hijo mayor y la nuera le decían que se iba a matar.

Después había empezado a fallar el magneto. La moto andaba bien, aceleraba, y de repente se frenaba, sin chispa. Tardaba en arrancar. El mecánico dijo que era una tuerca del magneto y que no había repuesto.

Salió a buscar repuestos por la Capital; no había. En el único lugar que podía haber —la casa de magnetos—, tenían un cartel de vacaciones.

Por eso vendió la Zanella. Se acostumbró a viajar en ómnibus, y a caminar las dieciocho cuadras.

Aunque llueva, es mejor ir dieciocho cuadras sobre barro que reventar atropellado por un camionero borracho.

—Si ahora tendría la Zanella, seguro que me habría matado... —le dijo a Russo.

—Tendrían que damos un jeep con alguien que nos lleve y nos traiga —pensaba Russo.

—O un sulky... O un caballo manso que nos lleve y sepa volver solo...

—Lo robarían los de la villa...

—Como a Troilo... —dijo Russo.

Se acordaron de Troilo.

Era un caballo. Un regalo. A poco de terminar las asambleas había empezado a llegar gente los fines de semana. Iban en autos llenos de hijos y de mujeres y preguntaban a los serenos cuándo abriría otra vez el complejo.

Ellos decían que pronto, que en unos meses.

—¿Y la Textra? —querían saber los domingueros.

—El invierno que viene —decía él. La Textra era esa fábrica que estaba en los terrenos del otro lado del arroyo.

—¿Seguro...? —preguntaban.

—Sí... ¡Si están tomando gente en la oficina de Buenos Aires...! —mentían ellos—. ¡Si ya salieron los avisos pidiendo gente y más ingenieros en el Clarín del mes pasado!

Y los domingueros miraban la planta, miraban el arroyo, saludaban y se iban en sus autos por el camino viejo de tierra, hacia el ferrocarril.

Un día aparecieron los de bienes raíces, en un camión. Les traían vino y una bolsa con jamón y salames caseros. Pidieron que si volvía a pasar gente preguntando, dijeran que a la Textra la habían empezado a demoler, y que en el complejo estaban por hacer un club, con canchas de golf, tenis y piletas para militares y marinos.

La gente seguía yendo, averiguando. Y ellos empezaron a decir que se instalaba el club, que ya estaba medio demolida la Textra, que habían andado militares midiendo tierras para poner canchas de golf, y los domingueros se iban contentos en sus autos.

Así, en poco tiempo se pudieron vender las quintas de fin de semana de la boca del arroyo, que estaban abandonadas desde antes de la guerra, porque con tantas anilinas que soltaba la Textra y el olor de los ácidos que salían de los desagües del complejo, se habían cansado de ir los dueños anteriores.

Cuando empezó el verano y pudieron cobrar las comisiones, los de bienes raíces volvieron al complejo. Les traían de regalo una escopeta de dos caños, cartuchos, aperos y montura y el caballito que se llamaba Troilo.

Era tan manso que habían pensado alquilarlo para los hijos de los domingueros.

No lo montaron, andaba siempre suelto por los potreros del arroyo hasta el día que desapareció.

Por entonces, los de la villa salían a robar y revendían todo en la estación Bulgheroni del otro ferrocarril.

—Caballo es mucho más peligroso que la moto —dijo Russo.

—Según —contestó él y le cruzó la cabeza el sobrino, que había muerto caído de un caballo. Después se le cruzó el otro sobrino, el ahogado en el dique, y habló:

—El agua es peor...

Russo sacudía la cabeza diciendo sí; debió acordarse de los sobrinos, y por cambiar el tema dijo que pensaba llevarse otro rollo de alambre y habló del sueldo.

—¡Hay que volver a arreglar el bote...! —dijo él; volvía al tema.

—¡Si nadie pesca...! —contestó Russo, y habló otra vez del sueldo.

Había vuelto la pesca. Cuando cerró la Textra, indemnizó a la gente y mudó los empleados a una oficinita en la Capital. Los de la villa llegaron, vaciaron las pocas instalaciones que quedaban y al tiempo empezó a cambiar el color del arroyo.

El agua verde, a veces casi negra, fue haciéndose marrón, como el agua del río. Brotaron juncos al borde del arroyo y las playitas, que habían sido de un barro tornasol que soltaba burbujas, se cubrieron de camalotes después de una creciente.

Años después aparecieron unos chicos de la villa con cañas de pescar.

Se sentaban en el puente del ferrocarril, se bañaban en el agua marrón del arroyo, jugaban a pescar, y si pasaban trenes corrían a la playa para tirar pelotas de barro contra los coches comedores.

Volviendo de la quinta, vio un día las latitas de los chiquilines llenas de bagres; habían vuelto los pescados.

Después llegaron los pescadores.

Había pesca.

Pesca él a veces. Saca mojarras, bagrecitos, algunas palometas. Fríe todo con harina y sal gruesa y después echa limón y comen eso tomando vino blanco, antes del mediodía, mientras la carne se asa despacio en la parrilla.

Hay pescaditos entre los juncos. Cuando crecen, bajan a la costa y son sábalos. Después remontan el arroyo para poner los huevos entre los juncos, dijo el veterinario, que es pescador.

Cuando el sábalo remonta para desovar, no come. Por eso, nunca se pescan sábalos.

Piensa y le dice a Russo que bajo el bote deben estar pasando miles de sábalos de cinco kilos, pero que nadie nunca se enterará que existen, porque no comen.

Se los vería si alguien pescara con una red, pero los pescadores pescan con caña, por pescar, para que pase el tiempo.

No queda nada de la Textra... —le dice a Russo.

Había cruzado, había recorrido la planta: ni un vidrio entero, puertas abiertas, montones de hojas secas en los rincones, nada.

—¿Y el hombre...? —preguntaba Russo.

—Nunca más...

El hombre había aparecido antes de que tuvieran el bote. Una noche, él estaba de guardia y mirando hacia la Textra, vio luz entre los álamos altos del arroyo.

Hizo señas con la linterna. Nada.

Al día siguiente cargó pilas en la linterna con reflector y desde el techo alumbró la otra orilla. Nadie contestó.

A la semana volvió a ver luz. Apuntó el reflector. Hizo señas.

Alguien le contestaba. Era un farol de kerosén, moviéndose.

Gritó. Había viento; el otro no lo debió escuchar.

La mañana siguiente caminó por la costa hasta el recodo que hace el arroyo frente al muelle. Gritó un buen rato. No contestaron.

—Hay un sereno, Russo —le había dicho. Estaba convencido de que esa luz era un sereno.

Russo dudaba, pero prometió que todas las noches haría señas, y trataría de averiguar.

Una mañana lo encontraron. Cruzaban juntos el puente del ferrocarril y vieron un hombre con traje de ciudad, atravesando el campo hacia la Textra.

Esa tarde, desde los fondos de la Textra subía humo de asado, y a la noche Russo creyó ver la lucecita de una linterna chica, o de un farol.

Al día siguiente fueron juntos al recodo del arroyo, gritaron a la par, y el hombre les había respondido.

Gritó que era el sereno, pero que iba una o dos veces por mes, porque ya no quedaba nada que cuidar.

Lo invitaron a comer en la planta. El hombre necesitó ir hasta el puente del ferrocarril para cruzar. Usaba traje, porque era inspector municipal y dijo que si le conseguían un bote, cruzaría a visitarlos cada vez que tuviese que ir a la Textra.

Pero cuando ellos consiguieron el bote, el hombre ya había dejado de ir a la Textra.

Los perros le desconfían al bote. Cuando alguien va a remar un rato, ladran desde la orilla y lo siguen nadando. Nunca quieren subir.

Desde el comienzo le recelaron. Cuando bajaron el bote del camión en el patio de la guardia, los perros olfatearon las maderas podridas de la popa, dieron algunas vueltas alrededor y nunca más se le acercaron.

Los días que ellos pasaron removiendo la pintura y lijando y puliendo las tablas del fondo, los animales los miraban de lejos, y no querían arrimarse ni cuando los llamaban.

Que parecían celosos del bote —dijeron—, y Russo contó la historia de una familia que tenía un perro celoso de la radio y de la máquina de coser de la dueña. ¿Será cierto?

Hablan y no pueden calcular cuánto tiempo pasaron arreglando el bote. Pulieron tablas, abrieron las juntas llenas de verdín seco y las limpiaron hasta que les salió olor a madera recién cortada. Después insertaron pabilo entre las tablas, masillaron, lijaron la masilla y pintaron el fondo con barniz de cobre antes de darle las tres manos de color con soplete.

Y cuando dieron vuelta el bote —que ya era una brillante caparazón azul—, y encontraron los asientos rajados y el interior lleno de bichos y escamado de pintura reseca, se acordaron que el bote, como todas las cosas, tenía otro lado, y que teniendo la parte de afuera, —que va en el agua—, tan nueva y tan vistosa, no podían dejar así la parte de adentro, que es la que usa la gente.

Entonces volvieron a cepillar, a masillar, a pintar y a retocar el otro lado.
—Más que semanas, meses fueron —le hace acordar a Russo.

Y ahora tendrían que volver a pintarlo: el fondo se había llenado de algas peludas, la popa hacía agua y bastaba una semana sin achicar para encontrar el borde barnizado del bote, boyando junto al muelle hasta que una bajante lo varara y pudieran sacar el agua de adentro a baldazos.

—Mejor —dijo él: —¡Algo que hacer...!

—Para eso, sería mejor seguir con la pintura de la planta —decía Russo, que había dejado de usar el bote.

—Sabés que no se puede... ¡Prohibieron! —le recordó él.

Pero no habían prohibido. El tribunal se había negado a reconocer las facturas de la ferretería donde compraban los rodillos de pintar, y cuando ellos protestaron, el síndico les ordenó que no podían usar la pintura que estaba almacenada en el depósito, porque si se alteraba el inventario, tendrían problemas todos.

Eso le dijo a Russo. Pero a él, otro día, le dijeron que si querían pintar pintasen pero que no les iban a aceptar las facturas de ferretería.

En verano sacaron el bote por la barranca del muelle de madera, le cambiaron las tablas rajadas de la popa, y volvieron a pintarlo con los colores azul y rojo del complejo.

Pusieron un poste con los mismos colores en el muelle de hierro y antes de botarlo le escribieron en la proa el nombre del pueblo, “Plátanos”.

—Barcos sin nombre siempre se hunden —dijo cuando le pidió a Rus so que lo ayudara a dibujar las letras.

El bote se alcanzaba a ver desde el puente del ferrocarril. Viniendo de las quintas, con la vista del bote y el muelle pintados con los colores del complejo, nadie se haría a la idea de las ruinas que iba a encontrar a la entrada de la planta principal.

—Faltaría, no más, arrancar la máquina —le dijo Russo, mirando el muelle.

El no le habló, pero al día siguiente, mientras revisaba el galpón de herramientas, miró los tomos, las piedras de pulir y las sierras mecánicas que todavía funcionaban y pensó que alguna vez harían arrancar toda la maquinaria del complejo.

Le contestó después de un mes:

—La central, Russo...

El otro no entendió que estaba siguiendo con la charla de hacía cuatro domingos:

—¿Qué central...? —quería saber.

—La máquina central, vos mismo dijiste...

—Fue joda —dijo Russo, que esa noche dejaba la guardia, muerto de sueño, y quería seguir durmiendo en su casa. Pero antes de salir, lo miró

inclinándose contra la puerta y comentó:

—¡Si no hay luz! ¡Si no llega la luz a la planta grande...!

Pero en el campo, desde la ruta hasta el complejo, había una fila de torres de cemento con cables, y cada tanto pasaban técnicos de la usina a revisar el cablerío que terminaba en la casilla del fondo, a la que llamaban la calavera, porque antes, en la puerta, tenía dibujado un rayo rojo con una calavera, aunque ahora apenas se notaban los restos de las líneas blancas de un hueso aflorando entre costrones de chapa oxidada.

La mañana siguiente fue a la casilla, confirmó que los cables seguían bajando de un poste alto y se metían en la pared y aprovechó para juntar los higos de una fila de árboles que había por la zona que hacía dos años que tenían olvidada.

—¡Hay luz! —le dijo a Russo la otra noche.

—¿Cómo luz?

—¡Llega la luz a la calavera...! —explicó.

—Pero hay precintos en la puerta... —dijo Russo.

—Se sacan —contestó él y le pasó el cuaderno de novedades donde había escrito que no quedaba cebo para las ratas.

Pero no necesitó sacar los precintos, porque en los lugares donde el alambre retorcido que sostenía los sellos de plomo cruzaba la chapa de la puerta, el óxido había formado una costra muy gruesa que se deshacía en escamitas, como masa de hojaldre.

Bastó raspar un poco el óxido con el mango de la pinza, y la puerta se abrió y los precintos quedaron colgando del marco, enteros.

Adentro, oscuro, había telas de araña y babas del diablo que chorreaban del agujero de ventilación. El piso de cemento estaba reventado y cubierto con esas bolitas de tierra dura que amasan las hormigas coloradas. Inexplicablemente, había una escoba cruzada de pared a pared; la paja seca y quebradiza estaba entera, como si nunca nadie la hubiera usado.

En la pared del fondo de la casilla había un panel de amianto con tres llaves. Una tenía la letra A, las otras dos no decían nada, eran más chicas y tenían mangos de goma.

Habría tan solo que moverlas —pensó— y la luz llegaría al complejo.

Volvió a la guardia llevando la escoba al hombro. Los perros andaban sueltos por el campo. Silbó fuerte, y al rato apareció Pastora. La escoba, algo nuevo, le dio curiosidad y saltaba para olería. Russo ni la notó.

Cada tanto se volvían a hablar. A veces sacaba el tema Russo: se entusiasmaba.

—Habría que pintar las chapas de la calavera —dijo una vez.

—¡Viste que hay luz! —dijo él, entendiéndolo.

—Pero es peligroso... —calculó Russo, poco antes de irse aquella noche.

Otro día hablaron que podía quemarse todo. Después dijo que no, que la aislación de los cables estaba bien, Russo la había revisado.

—El peligro es las máquinas, están trabadas de óxido... —dijo él y Russo prometió que aquel fin de semana las iba a mirar.

Cuando tomó guardia la noche del domingo, Russo le dio las novedades y no habló de las máquinas, pero al día siguiente, cuando fue a hacer la recorrida de la planta principal, sintió un olor nuevo flotando en el aire —los perros también olían algo nuevo— y tardó un rato en reconocer que Russo había aceitado toda la línea de la máquina central, y que las tapas que decían “oil”, rebalsando de aceite, eran lo que soltaba ese olor a motor nuevo que había impregnado todo.

—Hay manuales —dijo él la noche que hablaron de aceitar más, y contó que los había visto hacía unos años, cuando todavía limpiaban la oficina del primer piso.

Russo los encontró. Uno, de tapas de hule, mostraba la máquina principal, pero venía escrito en alemán y era difícil de entender, porque en lugar de dibujos o fotos de las máquinas, había figuras, triángulos y flechas llenas de números.

—Antes que nada —dijo él mirando los dibujos—, tendríamos que consultar a un técnico, a alguien que haya estado en la planta cuando funcionaba...

Russo le daba la razón, pero seguía limpiando y aceitando la línea principal.

A veces se ponía pesimista él. Decía que las poleas, que eran de goma con tejido de alambre, ya estaban tan resacas que con el primer tirón del motor — si arrancaba— se iban a cortar; que la resina que alimentaba la entrada de la línea debía estar podrida en los bidones; que si el motor llegaba a arrancar, y las poleas no se cortaban, por más aceite que les hubieran puesto el óxido de los ejes y de los engranajes iba a trabar todos los mecanismos y que, en el mejor de los casos, se les iba a quemar el motor.

Russo le contestaba que iba a empezar los trámites de la jubilación pero que antes de que llegase otro sereno nuevo al complejo, él iba a ver andar las máquinas.

Y golpeaba la mesa.

Al tiempo estaba pesimista Russo. había encontrado un pescador — contaba— que fue obrero en la planta y que todos los sábados iba al puente del ferrocarril a pescar con el hijo; contó que hablando, le había avisado que en la línea principal trabajaban quince hombres al mismo tiempo, porque la máquina era muy delicada y había que vigilarle un montón de controles.

Un sábado subió al puente para buscar al hombre. Lo conoció, se presentó y lo invitó a que trajera al hijo a conocer las máquinas. Pasaron la tarde tomando mate mientras el chico jugaba con los perros y revisaba todo.

No había sido obrero, era peón de la cocina. Cocinaban para trescientos hombres —había veinte ingenieros— y se acordaba de la planta principal y de la línea principal: era famosa porque tenían una bomba muy delicada, decía.

Él le mostró el manual. Vieron que había un reloj que siempre tenía que marcar el número siete: ni más, ni menos.

Al parecer, un técnico le daba entrada a la resina, otro controlaba la bomba, y el resto eran ingenieros que daban las órdenes de paso y de corte.

Frente a la línea, el hombre hacía memoria y le marcó dónde se colocaba cada uno. Después quiso saber si la pensaban arrancar y él le dijo que no, que no había más electricidad ni quedaban bidones de resina.

El hombre opinó que era mejor, porque esas máquinas ya no servían para nada y prometió que cada tanto pasaría a visitarlos, para acordarse del complejo.

Habló con Russo del reloj. Era un manómetro:

—Menos de siete no anda, más de siete puede reventar —dijo él.

—Que reviente —dijo Russo y volvió a hablarle de los trámites de la jubilación. Le faltaban dos años, pero ya se daba por jubilado.

A él le faltaban cinco, dijo:

—A uno del club, poquito antes de salirle los trámites, le cambiaron la ley y tuvo que seguir trabajando cinco años más.

—Miseria! —Dijo Russo—. ¿Sabés lo más peligroso?

—¿Qué?

—Que se corte la polea. Hay una polea gruesa que si se corta y te llega a alcanzar el chicotazo, te desnucan.

Y volvieron a hablar de los trámites de la jubilación: una del tribunal, la misma rubia que les había prometido que iba a pasar con el auto del novio para conocer los perros y mirar el complejo y que nunca había ido, ahora le prometía a Russo que le iba a conseguir un abogado gratis, para apurar los trámites.

Como un ahogo era. La garganta se había cerrado. Probó cantar y la voz no salía. El corazón latía más fuerte y parecía subido contra la boca. En cambio, no sentía más el dolor de cintura, ni el cansancio.

No era una sensación fea; era como un ahogo y no era fea.

Había abierto la puerta de la calavera. Miró el tablero, miró el piso reventado por las hormigas, se acordó de la escoba y pensó que los de antes tenían la escoba ahí, no para barrer, sino para correr las llaves sin tocarlas con la mano y estando lejos de cualquier chispa que pudiera saltar.

Volvió a la guardia para buscar la escoba. El corazón seguía golpeando la garganta y la nuca. Miró el reloj. Eran las dos y media y había sol y el viento corría del lado del arroyo. Hizo el camino de vuelta hacia la calavera seguido por los perros, con la escoba al hombro, como un fusil. Probó rezar.

No rezaba desde el entierro de la madre, hacía veinticinco años, cuando todavía no había entrado al complejo. Pensó: “Dios te salve María llena eres de gracia” y después pensó toda la oración varias veces, moviendo los labios, sin hablar. Tenía la boca seca, los labios duros.

Bajó las llaves chicas al mismo tiempo con el mango de la escoba. Después tomó aire, tratando de bajar la llave A, pero no se movía. Golpeó el eje con el palo; tres golpes. Tomó más aire y descargó otro golpe seco pensando en la manera de hacer volar el palo que tienen los jugadores de golf.

Abrió los ojos justo cuando la llave se acomodaba; sintió una vibración lejana que lo sobresaltó y pensó volver la llave a su lugar, pero salió de la calavera, miró hacia el complejo para ver si había pasado algo y vio en el cielo, lejos, un avión chiquito. Ese había sido el ruido, la vibración. Se calmó.

Dejó la escoba trabada entre las dos paredes y volvió caminando despacio a la guardia.

Antes de ir a las plantas a revisar los cables y los motores, se sentó en el banquito de la mesa, prendió un Jockey y entibió el agua para tomar algunos mates.

Se iba aflojando la garganta, ya no le latía tanto el corazón. Trató de oír: no llegaban ruidos desde la planta. Tampoco venía olor a quemado y cuando vio a los perros tranquilos por el patio, también él se tranquilizó.

Después del mate, salió de recorrida por la planta. Había llegado la electricidad: en el techo, algunos tubos estaban apagados. Como los tubos que prendieron seguían cubiertos de hollín y polvo y entraba por las ventanas el reflejo del sol a media tarde, la poca luz artificial parecía ridícula.

Caminó despacio contra la pared y fue apagando todas esas luces inútiles. Olfateaba. Los perros caminaban a la par, y nada parecía inquietarlos; ya se habían acostumbrado a los olores del aceite.

La sensación de ahogo en el cuello le subió una vez más cuando quiso probar las llaves de entrada de corriente de la línea principal. Abrió el tablero y ya no vio más que eso: las llaves y el tablero, todo el resto del mundo había desaparecido.

Al correr la palanca el clic que hizo la luz testigo lo sobresaltó; algo se le movió en el pecho; la instalación eléctrica estaba entera y sana. Apagó.

Al oscurecer volvió a la casilla, desconectó las llaves, dejó cruzada la escoba entre las dos paredes, cerró la puertita y volvió a atar los precintos entre las rajaduras de la chapa comida por el óxido.

Los días siguientes, a cada cambio de guardia hablaron de otras cosas. Así, Russo pasó un buen tiempo sin enterarse de que llegaba la luz a la planta. Igual, seguía probando las poleas y aceitando todo.

—Supe que estos aceites valen como millón el litro —comentó.

—¡Tanto! ¡Más que el whisky!

—Son ingleses, carísimos —explicaba Russo.

—Habría que vender algunas garrafas —dijo él— si es que no figuran en el inventario...

Russo, que pensaba que las tenían registradas en el inventario pero que igual podían venderlas, empezó a hablar de la jubilación y entonces él dijo que había probado la luz, y que llegaba.

—¿La arrancamos? —Se entusiasmó; eran las nueve de la noche.

—No... un día, de día. —Dijo él.

—Sí, mejor esperemos... —Dijo Russo. Después dudó: —¿Serviría la resina vieja?

—Vaya a saber —dijo él:— si no sirve, traba la bomba y revienta todo.

—Mejor: ¡Que reviente! —Contestó Russo, tomó el último trago de vino y fue a buscar su bicicleta.

Tomaba más vino que antes: la damajuana de cinco litros le duraba tres guardias. A veces también tomaba Bols, o Tres Plumas.

—Estás tomando mucho... —le dijo él.

—Por el calor —explicó Russo.

Él también tomaba más que antes. “Son épocas”, pensó.

Una noche que se quedó a dormir en el complejo, tomaron una botella entera de Bols hablando de las máquinas. Les pareció más fácil. Decidieron:

—¿La arrancamos?

—No. ¡De día las arrancamos!

Pero cuando se despertaron la mañana siguiente se les había pasado el entusiasmo.

Fue un jueves, ya se había ido el verano. Llegó a la planta para llevarle el sueldo del tribunal a Russo, que tenía guardia. Había sol, casi no corría viento. Bajando por el camino roto pensó que había que elegir un día como aquél para arrancar las máquinas.

Russo dormía la siesta en una hamaca paraguaya bajo el parral ya medio deshojado de la guardia.

Mientras cebaba mate para despertarlo le dio el sobre del sueldo y dijo que en un día como ése había que arrancar el complejo.

—¡Hoy mismo! —Dijo Russo, se levantó y fueron caminando juntos a hacerla conexión en la calavera.

Mientras volvían dijo él que iban a ser las cuatro, que pronto empezaría a oscurecer. Quería averiguar si Russo estaba de verdad animado y pensó que si se echaba atrás, cortaría la luz y nunca más le volvería a hablar de arrancarla.

Pero cuando pasaron a la planta principal, mientras cerraban la puerta para que no los siguieran los perros, vio cómo Russo miraba la máquina y supo que ya no se echaría atrás.

Bajó la llave. Oyó el clic de la lámpara testigo. Russo, que pidió ocuparse de la línea y de la prensa de la matriz, ya estaba en el centro de la planta, mirando las palancas que daban paso a la colada y conectaban el mecanismo de la prensa automática. Parado, acariciaba las bochitas de goma de las palancas, como para que le trajeran suerte.

Él se ocupó de dar entrada. Abrió el bidón de la resina y lo vació en el embudo de la bomba, vigilando el manómetro que marcaba cero. Hizo girar la llave de la bomba. Cerca de sus pies, empezó a vibrar una plancha de aluminio encastrada en el cemento del piso. El manómetro seguía marcando cero. Corrió la palanca de los motores. Russo, lejos, gritó y se apretó las orejas con las manos; el ruido impresionaba más después de tantos años de silencio. Calculó que lo podrían sentir desde el arroyo, y desde el puente del ferrocarril.

Arriba giraban las poleas. Las correas de goma se movían más rápidas de lo que tenían pensado, y como temblaban y se sacudían el polvo y el hollín de años, el aire se llenó de un humo que era pedazos de goma seca de correa y hollín y tierra y polvo mezclados. La cortina de niebla asustaba aun más a los pájaros que no atinaron a encontrar la salida y se golpeaban contra los pocos vidrios sanos de las ventanas altas, cruzando, suicidas, entre las poleas del techo.

Veía la boca de Russo moverse, pero no lo escuchaba. Hizo señas. Alzó los brazos y los movió como tirando una pelota con las manos hacia la terminal de la línea. Russo dijo que sí con la cabeza, se calzó los guantes que siempre hubo en la caja de los operadores de la prensa y se los hizo ver, medio riéndose.

Él corrió la manija de la bomba y miró el manómetro, que marcó cinco, después subió hasta doce y volvió a colocarse justo en el siete. Russo, en medio de una nube de polvillo marrón, hablaba solo y se reía. Él le hizo un gesto para avisar que el manómetro marcaba justo. El otro debió haber entendido que juntando las yemas y llevándolas a sus labios para besarlas, quería decirle que todo estaba bien, y corrió una palanca.

Las poleas giraron más rápido. Las correas temblequearon y soltaron más polvo. Por la línea, bajo la cinta transportadora, circulaban los revertedores.

La máquina echaba calor. Veía a Russo soplar, allí también llegaba ese aire caliente con olor a leche podrida. Volvió a mirar el manómetro, que seguía en siete y se animó a correr hasta el puesto de Russo.

Russo movió las dos palancas de desvío, contó hasta diez con los dedos de los guantes tocando su tablero como si fuese un piano y apretó el botón de la prensa de la matriz. Una gran caja negra de hierro, que siempre les había parecido una parte fija de la línea, subió crujiendo hasta topar contra la viga alta de acero. Después quedó un instante quieta, temblando, y cayó pesada sobre la línea. Salió más aire caliente y un chorro de vapor que olía a acetona. Después, en la terminal, se abrieron las dos bocas de distribución, y en la del lado derecho apareció una pieza.

En el apuro por ir a verla hicieron todo al revés: primero interrumpieron la corriente, después apagaron las máquinas, recién después cerraron la manija de la bomba que seguía largando calor y al terminar Russo desconectó las llaves de la línea, la prensa y la matriz.

El aire estaba quieto. El polvo que bajaba despacio les hacía picar los ojos y empezaba a mezclarse con la transpiración de la piel. Los pocos pájaros que no había podido escapar se amontonaban en el marco de una ventana. Mirándolos, le pareció que temblaban del susto; también a él seguía durándole el temblor.

En la boca derecha de la terminal vieron la pieza. Echaba calor. Russo se le acercaba:

—¡Guarda que quema...! —Avisó.

Russo dijo:

—Hay que esperar un rato que fragüe y se despegue...

—No puede ser —dijo él y aclaró: —decían que fabricaban una por minuto, no iban a quedarse esperando que fragüe...

Russo se sacó los guantes, los dobló y volvió a guardarlos en la cajita del puesto del operador de prensa de la matriz.

Le pidió un cigarrillo. Prendieron, mirando. Cuando aflojó el calor, después de diez minutos, trataron de sacar la pieza. Se había pegado contra los bordes de la salida de la boca.

Discutieron un rato si se podía romper hasta que Russo tironeó de la parte que sobresalía y la sacó entera.

Entre los dos la llevaron a la guardia. Después pusieron cuatro clavos en la pared frente a la mesa, sacaron una foto de Perón con Evita que siempre

habían tenido allí y colgaron la pieza de los clavos, asegurándola con un alambre.

—Diez mil por mes, así, fabricaban... —Comentó Russo.

—Pero en color —dijo él: —había que agregarle pigmento a la resina... Los frascos plateados son de pigmento. ¡Eso faltó!

—Pero está bien... ¿No? —la miraba Russo. —Parece verdadera, ¡pero con este color...! —Un día me da la loca y la pinto con el soplete... —prometió Russo.

Aquella noche era su guardia. Tomaba mate y la miraba. Sin pigmento, parecía uno de esos conejos de azúcar, para tortas, o la flor y la corbata de cobre que le había visto hacer a un loco en Temperley, algo tan raro como una casa de papel, o un huevo de lata, la acarició; en un lugar se habían marcado las digitales de una mano, la suya. En otro se notaba la forma de los guantes de Russo. Sobre el borde, donde los de la planta de terminado pegaban o remachaban las famosas barritas de metal dorado, había un grumo en el plástico y viéndolo de cerca, notó que la resina había fraguado alrededor de una bolita de hilos enredados en una pluma; seguramente eran pedazos de algún nido de pájaros que habrían chupado las tomas de aire caliente al arrancar.

La pieza despedía ese olor picante que tienen las cosas de plástico demasiado nuevas.

Dejó el mate para colgar el cuadro de Perón y Evita. Lo ubicó a la derecha de la mesa, cerca del marco de la puerta del patio.

Estando allí, igual los podía ver desde su banco de la mesa. Eva, mirándolo a Perón vestido de gala, parecía clavarlos ojos sobre la pieza descolorida que ahora estaba ocupando el lugar que durante tanto tiempo había sido sólo para ellos dos.

Un domingo, tiempo antes de jubilarse, Russo lo esperaba en la puerta. Había pintado la pieza con tres manos de azul, la había secado, y la había vuelto a colgar. Por el reflejo de la lámpara de la guardia, ese color había cambiado todo. Brillaba mucho.

—La podés tener como espejo, cuando te afeitás —dijo y volvió a poner un pie sobre la silla, para ajustar la pinza de la bicicleta en su bocamanga.

Al rato de irse Russo, la guardia se había impregnado de olor a pintura, como una casa nueva.

Pasó un tren, ladró Roque, o Pastora. Después se hizo total silencio.

No era una noche fría, pero prendió el calentador, sospechando que iría a refrescar. Fue al patio y buscó oír ruidos del campo: ni pájaros de noche, ni chicharras; puro silencio se sentía.

Desde la puerta, apenas se escuchaba el soplado del gas de la llama del calentador.

Imaginó el enorme ruido de la planta, echando vapor y sacando piezas cada minuto por las dos bocas de salida. Miró en lo alto al cielo negrísimo, lleno de estrellas. Pensó que no había ruido, porque los bichos se encerraban escapándole al frío y porque no había viento.

Cuando no hay viento, en invierno, baja la helada.

“Dos días de helada mueren más viejos”, decía siempre la madre, que al fin murió en una noche de helada.

Miró a la guardia —no sentía frío— y vio a través de la ventana los reflejos azules de la pieza brillante. Hacía un tiempo había andado pensando que se iba a morir. Esa noche, no: estaba seguro que no.

Antes todos morían de síncope. Después nunca más se escuchó hablar de síncope. Se mueren todos por accidentes, de cáncer, o de infarto.

—Seguro, infarto, llaman ahora al síncope— pensó.

Los perros ya dormían en la casilla; tiró una rama seca de álamo contra el techo de zinc. Roque salió a ladrar.

—Este se va a morir primero —pensó al ver cuánto le costaba acomodar las patas de atrás y cómo se le ladeaba la cola al empezar un paso.

Prendió un Jockey. Cada día más caros; mejor, fumaría menos. Tendría que dejar de fumar y de tomar café para cuidar el corazón.

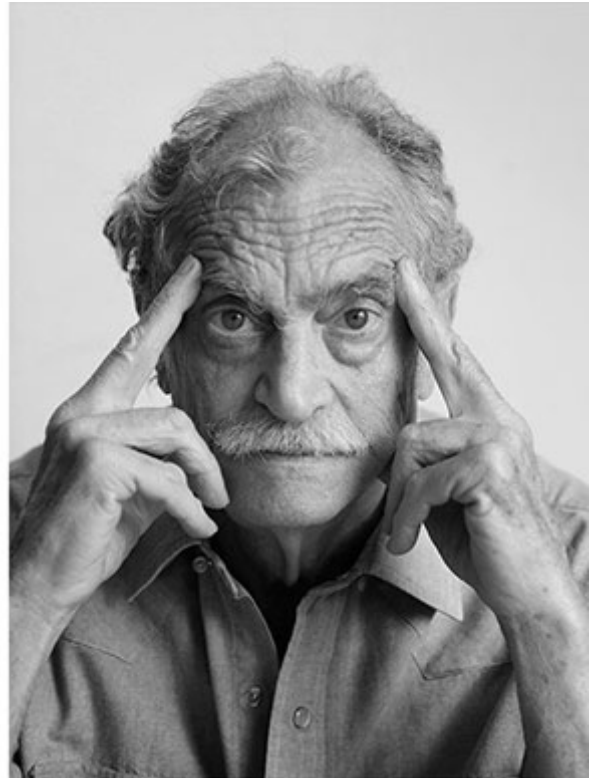
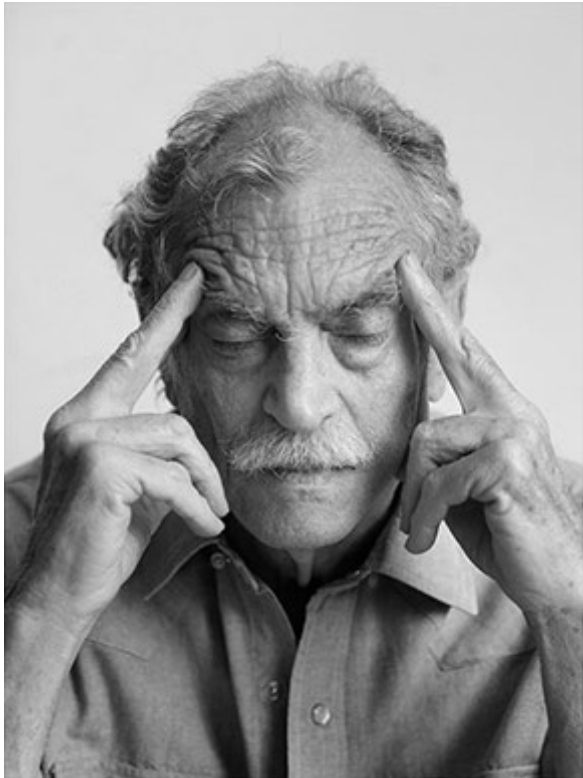
Puso agua nueva para el mate. Se tocó el pecho. Estaba firme, no dolía nada. Respiró; tosió. Largó el aliento. Algunos días sintió catarro. Esa noche, entraba y salía suave el aire.

El dolor de cintura venía desde antes, de la época de chofer. Seguía ahí, pero con el calentador detrás de la banqueta, se calmaba. Mientras armaba el mate, fumando, pasó otro tren. Los perros, ya no ladraron. La mitad izquierda de la cara, el brazo izquierdo y la mano de ese lado, estaban fríos. El costado derecho seguía entibiándose por la corriente de aire del calentador. Sin dejar la banqueta, estiró el cuerpo y trabó la ventana, que había estado entornada.

Cuando la última pitada quemó la cartulina del filtro, apagó el cigarrillo contra la yerba húmeda y lo tiró al rincón. Después cebó el último mate,

apoyó la cabeza sobre el diario de la mañana y se quedó dormido, como siempre, sin apagar la luz de guardia.

Era la única luz en más de veinte cuadras a la redonda. Sobre el blanco del diario, el blanco de su pelo y el gris blancuzco de las paredes de la guardia, flotaban los reflejos azules de la pintura. A medida que el humo del cigarrillo se disolvía perdiéndose por las hendiduras del techo y las paredes, el aire tibio que producía la llama del calentador se mezclaba con el perfume de la pintura y con los restos del olor a resina. Sentía todo eso, y cuando le aparecían relámpagos, —visiones o sueños—, volvía a soñar que en un lugar secreto de su cabeza —arriba— quedaban fijos para siempre, aunque en el sueño, o fuera del sueño, supiese que con el día, al despertar, de todas esas escenas recordaría sólo algunos reflejos: ganas, alegrías, miedos, una voz, un tacto áspero en las manos. Partes sueltas: sensaciones sin nombre.



FOGWILL (Quilmes, Argentina, 1941 - Buenos Aires, Argentina, 2010). Fue Sociólogo y profesor titular de la UBA. Dirigió la editorial Tierra Baldía. Publicó, entre otras novelas, *Los pichiciegos*, *Vivir afuera*, *En otro orden de cosas* y *Runa*. Publicó las colecciones de cuentos *Mis muertos punk*, *Música japonesa*, *Ejércitos imaginarios* y *Pájaros de la cabeza*. Reunió su narrativa breve en *Cuentos completos*. Póstumamente, fue publicada su *Poesía completa* y los libros *La gran ventana de los sueños*, *Nuestro modo de vida* y *La introducción*. Sus ensayos e intervenciones de prensa fueron publicados en *Los libros de la guerra*.

En 2003 obtuvo la Beca Guggenheim y en 2004 el Premio Nacional de Literatura.